

# Leer x leer

EDUCACIÓN PRIMARIA

Lecturas para compartir  
en voz alta



# Leer x leer

LIBRO 3 • ÚLTIMOS AÑOS DE LA ESCUELA PRIMARIA

Lecturas para compartir  
en voz alta



Libro de distribución gratuita. Prohibida su venta.

**Presidente**

Alberto Fernández

**Vicepresidenta**

Cristina Fernández de Kirchner

**Jefe de Gabinete de Ministros**

Juan Luis Manzur

**Ministro de Educación**

Jaime Perczyk

**Secretaria de Educación**

Silvina Gvirtz

**Jefe de Gabinete**

Daniel Pico

**Subsecretario de Educación Social y Cultural**

Alejandro Garay

**Plan Nacional de Lecturas**

Natalia Porta López

Los textos que integran este volumen han sido seleccionados por:

Mempo Giardinelli, María Teresa Andruetto, Cinthia Kuperman, Graciela Bialet, María Cristina Ramos, Oche Califa, Mario Méndez y Oscar Yaniselli.

**Ilustraciones:** Mónica Pironio

**Edición:** Teresita Valdetaro

**Diseño y diagramación:** Elizabeth Sánchez

**Gestión de derechos de autor:** Verónica Varela

**Corrección:** Florencia Capaccioli

## Presentación

---

A través del Plan Nacional de Lecturas, el Ministerio de Educación de la Nación pretende desarrollar políticas tendientes a asegurar el derecho a leer. La distribución de la colección Leer x Leer es una de sus acciones prioritarias, pensada para enriquecer los recorridos de lectura de todas las niñas y los niños de nuestro país.

En estos libros que se envían a todas las escuelas primarias de nuestro país encontrarán valiosos materiales de lectura reunidos para ser compartidos en voz alta en cada jornada escolar. Cuentos y poemas contemporáneos; historias clásicas argentinas y universales, algunas canciones, relatos de la tradición oral global y de nuestros pueblos originarios. Una recopilación de textos especialmente seleccionados para los últimos años de la escuela primaria.

Leer en voz alta diariamente es una práctica valiosa y potente porque ofrece muchas y variadas oportunidades de hacerse de palabras y formas del lenguaje distintas de las formas conversacionales. Además, favorece la familiarización con las reglas del juego de la literatura; da acceso a muchos títulos, incluso a obras fuera del alcance de lectura individual, y ayuda a construir un imaginario y una identidad cultural en común.

Es tarea de la escuela inventar ese tiempo cotidiano y procurar que resulte significativo, que sea verdadera experiencia, ocasión de construcción de sentidos en común. Para ello será preciso habilitar el diálogo, la escucha, el silencio, y complementarlo con momentos para la lectura autónoma. Se propone compartir estos textos con el propósito de disfrutar el acceso a la reflexión, el diálogo y el acto de leer. Las lecturas no son obligatorias, no siguen un calendario de efemérides ni es preciso leerlas en orden o con fines alusivos.

Ministerio de Educación de la Nación

Leer x leer : libro 3 : lecturas para compartir en voz alta / compilación de Mempo Giardinelli ; coordinación general de Natalia Porta López ; editado por Teresita Valdetaro ; ilustrado por Mónica Pironio. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Educación de la Nación, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-00-1478-6

1. Miscelánea. I. Giardinelli, Mempo, comp. II. Porta López, Natalia, coord. III. Valdetaro, Teresita, ed. IV. Pironio, Mónica, ilus. V. Título.  
CDD 863.9283

Esta antología es el tercer volumen de una colección que consta de tres tomos, para los distintos grados y ciclos de la escuela primaria. Toma su nombre de una serie de libros que el Ministerio de Educación de la Nación publicó en 2004 para las escuelas secundarias: *Leer x leer: Lecturas para estudiantes*. Recupera también su objetivo: que todos los días se viva un momento de lectura en voz alta en cada escuela argentina.

Los textos fueron elegidos por un equipo federal de profesionales con amplia experiencia y trayectoria en el campo de la literatura infantil y juvenil o en pedagogía de la lectura: María Teresa Andruetto, Mario Méndez, María Cristina Ramos, Graciela Bialet, Oche Califa, Cinthia Kuperman y Oscar Yaniselli, coordinados por Mempo Giardinelli. Como se advertirá desde el comienzo, los han organizado “por estantes”, como los de las bibliotecas, que ordenan las obras con determinados criterios para orientar a quien va a leer. Así, cada lector o lectora de este libro podrá iniciar su lectura tomando el texto del estante imaginario que despierte su interés.

Ojalá estos poemas y cuentos perduren en la memoria de las y los estudiantes, asociados a las voces de aquellas y aquellos docentes que, con generosidad, comparten cada día la felicidad de leer por leer.

# Contenidos

---

## Portal de palabras

---

<b>EL MUNDO</b> • Eduardo Galeano .....	13
<b>SI MIRAS MIS CODOS</b> • María Baranda .....	14
<b>EL CUENTISTA</b> • Saki .....	16
<b>CAMINA</b> • Eduardo Abel Gimenez .....	22
<b>CÓMO HACER UN PAN</b> • Julio Leite .....	24
<b>HONRAS (FRAGMENTO)</b> • Alicia Genovese .....	25
<b>LOS LAPACHOS HAN VUELTO A FLORECER</b> • Alfredo Veiravé .....	26
<b>LAS COSAS</b> • Roberta Iannamico .....	28
<b>PALABRAS PARCAS</b> • Luisa Valenzuela .....	29
<b>4 POEMAS BREVÍSIMOS</b> • Beatriz Vallejos .....	30
<b>EL ÁNGEL</b> • Diego Muñoz Valenzuela .....	31
<b>DECIR: HACER</b> • Octavio Paz .....	32
<b>3 POEMAS BREVES</b> • Mar Benegas .....	34
<b>ALEGATO FINAL</b> • Beatriz Ferro .....	35
<b>ORACIÓN PARA ESPERAR EL COLECTIVO/ NGELLIPUN</b>	
<b>ÜNGÜMAFIEL TI COLECTIVO</b> • Liliana Ancalao .....	36
<b>ANTIPOEMA</b> • Eduardo Fracchia .....	38
<b>2 POEMAS</b> • Susana Cabuchi .....	39
<b>PALÍNDROMOS</b> • Juan Filloy .....	40

## Las cosas del querer

---

<b>AMOR DE DRAGÓN</b> • Gustavo Roldán .....	43
<b>A LA ORILLA DEL RÍO</b> • Juan L. Ortiz .....	44
<b>RIMAS</b> • Gustavo Adolfo Bécquer .....	46
<b>EL RUISEÑOR Y LA ROSA</b> • Oscar Wilde .....	47

<b>EL AHOGADO AVARO</b> • Martín Blasco .....	<b>54</b>
<b>2 POEMAS</b> • David Wapner .....	<b>55</b>
<b>LOS REYES DE LA BARAJA</b> • Federico García Lorca .....	<b>56</b>
<b>LORENZO HORIZONTE</b> • Ángeles Durini .....	<b>57</b>
<b>MAREA DE MI CORAZÓN</b> • Diana Bellessi .....	<b>60</b>
<b>MÁS LINDA QUE NUNCA</b> • Norma Huidobro .....	<b>62</b>
<b>ELLA ABRE LA TARDE...</b> • Claudia Masin .....	<b>66</b>
<b>PUENTES</b> • Elsa Bornemann .....	<b>67</b>
<b>EL QUERIDO</b> • Juan Carlos Moisés .....	<b>68</b>

## Mundo animal

---

<b>LA HORMIGA Y LA CIGARRA</b> • Esopo / Babrio .....	<b>71</b>
<b>ANDROCLES Y EL LEÓN</b> • Esopo .....	<b>72</b>
<b>EL PEQUEÑO CABALLO QUE COMÍA NUBES AL DESAYUNO</b> • Triunfo Arciniegas .....	<b>74</b>
<b>GALLINAS</b> • Rafael Urretabizkaya .....	<b>76</b>
<b>ESTRELLAS</b> • Roberto Malatesta .....	<b>77</b>
<b>EL OTRO FIN</b> • Marcelo Birmajer .....	<b>78</b>
<b>LOS OJOS</b> • David Lagmanovich .....	<b>79</b>
<b>HAY OVEJAS Y OVEJAS</b> • Rosabetty Muñoz .....	<b>80</b>
<b>EL ÁGUILA Y EL CUERVO</b> • Alexander Pushkin .....	<b>82</b>

## Universos extraños

---

<b>LOS ANTEOJOS</b> • María José Ferrada .....	<b>85</b>
<b>ÚLTIMO PISO</b> • Pablo De Santis .....	<b>86</b>
<b>LA CURVA DEL DUENDE</b> • Jorge Accame .....	<b>88</b>

<b>DON CHICO QUE VUELA</b> • Eraclio Zepeda .....	<b>90</b>
<b>EL CAMINANTE NOCTURNO</b> • Nicolás Schuff .....	<b>94</b>
<b>MOCHO Y EL ESPANTAPÁJAROS</b> • Álvaro Yunque .....	<b>95</b>
<b>EL RECOLECTOR DE LO QUE SOBRA</b> • Luciano Saracino .....	<b>100</b>
<b>LA CONQUISTA</b> • Fernando Kosiak .....	<b>101</b>
<b>MAGIA</b> • Alejandro Dolina .....	<b>104</b>
<b>UN DECRETO INCOMPRENDIDO</b> • Liliana Bodoc .....	<b>106</b>
<b>LA FRAZADA ASESINA</b> • Pablo Giordano .....	<b>110</b>
<b>PUNTADAS</b> • Paula Bombara .....	<b>112</b>
<b>LA NOCHE</b> • Jorge W. Ábalos .....	<b>114</b>
<b>EL PICAPEDRERO</b> • Jules Renard .....	<b>118</b>
<b>SENNIN</b> • Ryonosuke Akutagawa .....	<b>119</b>
<b>PERDIENDO VELOCIDAD</b> • Samanta Schweblin .....	<b>124</b>
<b>EXISTE UN HOMBRE QUE TIENE LA COSTUMBRE DE PEGARME CON UN PARAGUAS EN LA CABEZA</b> • Fernando Sorrentino .....	<b>126</b>

## Todos los juegos, el juego

---

<b>EL SUEÑO DEL PIBE</b> • Silvina Rocha .....	<b>131</b>
<b>EL ÚLTIMO ENTRENADOR</b> • Juan Sasturain .....	<b>134</b>
<b>LA PESCA</b> • Albert Camus .....	<b>138</b>
<b>CRUZAR EL CANAL</b> • Griselda Gambaro .....	<b>139</b>
<b>LA TERRAZA DE DON PEDRO</b> • Osvaldo Pellín .....	<b>142</b>
<b>EL EXTRAÑO FÚTBOL DE LOS MAYAS</b> • Luis Gruss .....	<b>144</b>
<b>MIGUELITO, MI JUGADOR FAVORITO</b> • Guillermo Saavedra .....	<b>146</b>

## Clásicos y leyendas

---

<b>GULLIVER EN EL PAÍS DE LOS ENANOS</b> • Jonathan Swift .....	<b>149</b>
<b>EL VASO DE LECHE</b> • Manuel Rojas .....	<b>152</b>
<b>A LA UNA TE MIRÉ</b> • Canción popular .....	<b>160</b>
<b>LOS INDIANOS</b> • Laura Ávila .....	<b>161</b>
<b>EL ZORRO Y EL GALLO</b> • Cuento tradicional .....	<b>166</b>
<b>LOS GITANOS UNA VEZ FUERON PÁJAROS</b> • Jorge Nedich .....	<b>168</b>
<b>EL TIGRE Y EL ZORRO</b> • Cuento tradicional .....	<b>170</b>
<b>LOS ENANITOS Y EL ZAPATERO</b> • Hermanos Grimm .....	<b>172</b>
<b>EL POMBERO, VIGILANTE DE LAS SIESTAS</b> • Guillermo Barrantes ..	<b>174</b>
<b>PAÍ LUCHÍ: LOS CAMINOS</b> • Beatriz Actis .....	<b>176</b>
<b>¿POR QUÉ SOPLA EL VIENTO ZONDA?</b> • Oche Califa .....	<b>178</b>

<b>Índice de autoras y autores</b> .....	<b>183</b>
------------------------------------------	------------

<b>Índice total de autoras, autores y obras</b> .....	<b>185</b>
-------------------------------------------------------	------------

<b>Créditos legales</b> .....	<b>187</b>
-------------------------------	------------

# Portal de palabras

---

# EL MUNDO

Eduardo Galeano

Un hombre del pueblo de Negua, en la costa de Colombia, pudo subir al alto cielo. A la vuelta, contó.

Dijo que había contemplado, desde allá arriba, la vida humana. Y dijo que somos un mar de fueguitos.

*–El mundo es eso –reveló–. Un montón de gente, un mar de fueguitos.*

Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y gente de fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca, se enciende.

**Eduardo Galeano** (Uruguay, 1940-2015) es uno de los escritores más leídos de toda América Latina. Novelista, cuentista, ensayista, fue gran conocedor de la realidad continental. Autor de varios libros traducidos a decenas de idiomas. El más difundido es *Las venas abiertas de América Latina* (1971). También escribió, entre muchas otras obras: *Días de amor y de guerra*, *Memoria del fuego* y *El libro de los abrazos*.

# SI MIRAS MIS CODOS

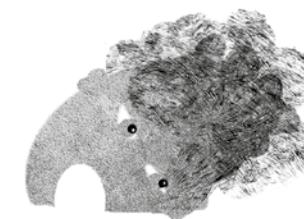
María Baranda

Cuando doblo mis brazos  
para contar un desfile de hormigas  
que marcha en el pasto,  
*mis codos,*

cuando juego en la tierra  
y escarbo un hoyo  
para esconder una estrella,  
*mis codos,*

cuando cuento la cuenta de las abejas  
y de lombrices o de libélulas  
o cuando juego canicas entre la yerba  
*mis codos,*

cuando grito y mis manos van a mi boca  
y mi voz es tan fuerte  
que espanta a las culebras  
*mis codos,*



cuando como en la mesa y subo mis brazos  
porque hay una historia dentro del plato,  
mamá me grita: ¡baja los codos!  
*mis codos,*

siempre aparecen de pronto,  
*mis codos,*  
como pequeños frutos redondos.



**María Baranda** es una reconocida poeta y traductora mexicana contemporánea, que recibió entre otros el Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta 1995 por su obra *Los memoriosos*. Otros de sus libros son *El mar insuficiente*, *Poesía escogida* (1989-2009), *Teoría de las niñas*, *Un misterio para dos* y *Máquinas imaginadas*. Este poema se publicó en *Hago de voz un cuerpo*, obra ilustrada por Gabriel Pacheco.

# EL CUENTISTA

Saki

Era una tarde calurosa y el interior del vagón estaba consecuentemente sofocante; faltaba casi una hora para llegar a Templecombe, la siguiente estación.

Los ocupantes del compartimento eran una niña pequeña, una niña aún más pequeña y un niño pequeño. Una tía que pertenecía a los niños ocupaba uno de los asientos de la punta; el asiento de la otra punta estaba ocupado por un hombre soltero que no formaba parte del grupo; pero las niñas pequeñas y el niño pequeño ocupaban decididamente todo el compartimento. Tanto la tía como los pequeños practicaban un tipo de conversación persistente y de corto alcance que hacía pensar en los esmeros de una mosca que no se desalienta por más que la rechacen. La mayor parte de las observaciones de la tía parecía comenzar con: “No” y casi todos los comentarios de los niños empezaban con “¿Por qué?”. El hombre soltero no emitía palabra.

–No, Cyril, no –exclamó la tía cuando el niño pequeño empezó a azotar los almohadones del asiento, levantando con cada golpe una nube de polvo.

–Ven a mirar por la ventanilla –agregó.

El niño se acercó a la ventanilla de mala gana.

–¿Por qué están sacando a esas ovejas de ese campo? –preguntó.

–Supongo que se las están llevando a otro campo donde hay más pasto –dijo la tía sin mucha convicción.

–Pero hay un montón de pasto en ese campo –protestó el niño–; ahí no hay nada más que pasto. Tía, ¡hay un montón de pasto en ese campo!

–A lo mejor, el pasto del otro campo es mejor –sugirió la tía neciamente.

–¿Por qué es mejor? –la pregunta llegó rápida e inevitable.

–¡Eh! ¡Miren esas vacas! –exclamó la tía. En casi todos los campos a lo largo del trayecto habían visto vacas o toros, pero la mujer habló como si estuviera llamando la atención sobre algo fuera de lo común.

–¿Por qué el pasto del otro campo es mejor? –insistió Cyril.

El soltero iba frunciendo el entrecejo. Era un hombre rígido y antipático, decidió la tía en su interior. Ella, por su parte, fue totalmente incapaz de llegar a alguna decisión satisfactoria sobre el pasto del otro campo.

La niña más pequeña encontró un entretenimiento que consistía en recitar “En el camino a Mandalay”. Solo sabía el primer verso, pero trató de sacar el mayor provecho posible de su limitado conocimiento. Lo repetía una y otra vez, con una voz soñolienta pero perfectamente decidida y audible; al soltero le pareció como si alguien hubiera desafiado a la niña a repetir la frase en voz alta dos mil veces sin parar.

Quienquiera que hubiera hecho el desafío parecía a punto de perderlo.

–Vengan para acá que les cuento un cuento –dijo la tía, cuando el hombre ya la había mirado a ella dos veces y una, al timbre de emergencia.

Los niños se dirigieron apáticos hacia el rincón del compartimento donde estaba la tía. Evidentemente, su reputación de narradora de cuentos no ocupaba un lugar muy alto en el ranking de los niños.

En un tono de voz bajo y confidencial, interrumpida a cada rato por las preguntas malhumoradas que sus oyentes le hacían en alta voz, empezó la historia poco original y deplorablemente carente de interés de una niña pequeña que era buena y que, como era buena, era amiga de todos y que fue finalmente salvada del ataque de un toro furioso por unos salvadores que admiraban la bondad de su carácter.

–¿No la hubieran salvado si no hubiera sido buena? –preguntó la mayor de las niñas pequeñas. Era exactamente la pregunta que el hombre hubiera querido hacer.

–Bueno, sí –tuvo que admitir la tía–, pero no creo que hubieran corrido tan rápido para ayudarla si ella no les hubiera agradado tanto.

–Es la historia más estúpida que escuché en mi vida –dijo enteramente convencida la mayor de las niñas pequeñas.

–Era tan estúpida, que yo no escuché más que la primera parte –dijo Cyril.

La niña más pequeña no hizo en ese momento ningún comentario sobre la historia, pero hacía rato que había recommenzado la repetición en voz baja de su verso favorito.

–Usted no parece tener mucho éxito como narradora de cuentos –dijo de repente el hombre soltero desde su rincón.

La tía se puso inmediatamente a la defensiva ante este ataque inesperado.

–Es algo muy difícil contar cuentos que los niños puedan entender y valorar a la vez –dijo muy ceremoniosa.

–No estoy de acuerdo –dijo el soltero.

–Tal vez quiera contarles un cuento usted –fue la réplica de la tía.

–Cuéntenos un cuento –pidió la mayor de las niñas pequeñas.

–Había una vez –comenzó el hombre– una niña pequeña llamada Bertha que era extraordinariamente buena.

El interés que se había suscitado momentáneamente en los niños empezó enseguida a decaer: todos los cuentos eran espantosamente parecidos, los contara quien los contara.

–Hacía todo lo que le ordenaban, decía siempre la verdad, no se ensuciaba la ropa, comía simples budines como si fueran tortas con dulce de leche, aprendía perfectamente sus lecciones y era educada en sus modales.

–¿Era linda? –preguntó la mayor de las niñas pequeñas.

–No tan linda como ustedes dos –dijo el hombre– pero era horriblemente buena.

Hubo una reacción favorable hacia el cuento, la palabra “horrible” asociada a la bondad era toda una novedad. Parecía introducir un viso de verdad que estaba ausente en los cuentos infantiles de la tía.

–Era tan buena –continuó el hombre– que ganó varias medallas por buen comportamiento y las llevaba siempre prendidas en su vestido. Tenía una medalla por obediencia, otra medalla por puntualidad y una tercera, por buena conducta. Eran grandes medallas de metal, que tintineaban una contra otra cuando caminaba. Ningún otro niño de la ciudad donde vivía tenía tantas medallas, por lo tanto todos sabían que debía de ser una niña super buena.

–Horriblemente buena –recordó Cyril.

–Todos hablaban de su bondad y el Príncipe de la comarca escuchó sobre ella y dijo que, como era tan buena, se le permitiría una vez a la semana pasear por su parque, que estaba justo en las afueras de la ciudad. Era un

hermoso parque y no se permitía a ningún niño entrar en él, de modo que era un gran honor para Bertha que se le permitiera ir allí.

–¿Había ovejas en el parque? –requirió Cyril.

–No –dijo el hombre soltero–, no había ovejas.

–¿Por qué no había ovejas? –fue la inevitable pregunta que surgió de tal respuesta.

La tía se permitió esbozar una sonrisa, que casi podría describirse como una mueca.

–No había ovejas en el parque –dijo el hombre– porque la madre del Príncipe había soñado una vez que su hijo iba a morir asesinado por una oveja o porque se le cayera encima un reloj de pie. Por eso, el Príncipe nunca tuvo ovejas en su parque ni relojes en su palacio.

La tía reprimió un gesto de admiración.

–¿Al Príncipe lo mató una oveja o se le cayó encima un reloj? –preguntó Cyril.

–Todavía vive, así que no podemos saber si el sueño se cumplió –dijo el hombre soltero despreocupadamente–; de todas maneras, no había ovejas en el parque, pero había muchísimos cerditos que corrían por todos lados.

–¿De qué color eran?

–Negros con las caras blancas, blancos con lunares negros, todos negros, grises con manchas blancas y algunos, todos blancos.

El narrador de cuentos hizo una pausa para permitir que penetrara en la imaginación de los niños una idea cabal de los tesoros del parque; después continuó:

–Bertha se apenó bastante cuando descubrió que no había flores en el parque. Había prometido a sus tías, con lágrimas en los ojos, que no cortaría ninguna de las flores del Príncipe y estaba decidida a cumplir su promesa, por lo tanto la hizo sentir muy tonta, como es lógico, descubrir que no había flores para cortar.

–¿Por qué no había flores?

–Porque los cerdos se las habían comido –dijo el soltero rápidamente –. Los jardineros le habían dicho al Príncipe que no se podía tener a la vez cerdos y flores, entonces él decidió tener cerdos y no flores.

Hubo un murmullo de aprobación provocado por la excelente decisión del Príncipe: ¡tanta gente hubiera decidido de modo contrario!

–Había muchas otras cosas encantadoras en el parque. Había estanques con peces dorados, azules y verdes, y árboles con hermosos papagayos que decían frases inteligentes en todo momento, y colibríes que vibraban con todas las melodías populares de moda. Bertha iba de un lado para otro; se divertía inmensamente y pensó: “Si yo no fuera tan extraordinariamente buena no me hubieran permitido venir a este hermoso parque y disfrutar de todas las cosas admirables que hay aquí”, y sus tres medallas tintineaban una contra otra mientras caminaba y la ayudaban a recordar lo súper buena que era realmente. Justo en ese momento, un lobo enorme entró merodeando en el parque, para ver si podía atrapar a un cerdo gordito para su cena.

–¿De qué color era? –preguntaron los niños, con un súbito resurgimiento de interés.

–Del color del barro, con la lengua negra y pálidos ojos grises que centelleaban con indecible ferocidad. Lo primero que vio en el parque fue a Bertha: su delantal blanco estaba tan inmaculadamente limpio que se lo podía ver desde muy lejos. Bertha vio al lobo, y vio que avanzaba sigilosamente hacia ella, y empezó a desear que nunca le hubieran permitido entrar a ese parque. Corrió tan rápido como pudo y el lobo fue tras ella a pasos agigantados. Bertha se las arregló para llegar hasta un matorral de arbustos de arrayanes y se escondió detrás de uno de los más tupidos. El lobo comenzó a husmear entre las ramas, con la negra lengua colgando fuera de su boca y los pálidos ojos grises lanzando feroces miradas de rabia. Bertha estaba terriblemente asustada y pensó: “Si no hubiera sido tan extraordinariamente buena, en este momento estaría a salvo en la ciudad”. Sin embargo, el perfume de los arrayanes era tan fuerte que el lobo no podía olfatear el rastro de Bertha y los arbustos eran tan tupidos que hubiera podido buscar entre ellos durante largo rato sin divisarla; por lo tanto pensó que lo mejor era marcharse de allí y capturar un pequeño cerdo. Bertha temblaba sobremanera porque tenía al lobo merodeando y husmeando tan cerca y, al temblar, la medalla de obediencia tintineó contra las medallas de puntualidad y buena conducta. El lobo justo se es-

taba alejando cuando oyó el sonido que hacían las medallas y se paró a escuchar; tintinearón otra vez en un arbusto bastante cerca de él. Se lanzó de un salto dentro del matorral, los pálidos ojos grises brillando feroces y triunfantes, arrastró a Bertha hacia afuera y la devoró hasta el último bocado. Todo lo que quedó de ella fueron sus zapatos, trocitos de ropa y las tres medallas por buen comportamiento.

–¿Murió alguno de los cerditos?

–No, todos se escaparon.

–El cuento empezó mal –dijo la más pequeña de las niñas pequeñas–, pero tuvo un hermoso final.

–Es el cuento más hermoso que escuché en mi vida –dijo la mayor de las niñas pequeñas completamente convencida.

–Es el único cuento hermoso que escuché en mi vida –dijo Cyril.

Hubo una opinión disidente por parte de la tía.

–¡Un cuento absolutamente inadecuado para mentes tan jóvenes! Usted ha socavado los resultados de años de una esmerada educación.

–Sea como fuere –dijo el hombre soltero juntando sus pertenencias para abandonar el vagón–, los mantuve tranquilos durante diez minutos, que es más de lo que usted fue capaz de hacer.

“¡Pobre mujer!”, pensó cuando bajó en el andén de la estación de Templecombe; “¡durante los próximos seis meses, por lo menos, esos niños van a acosarla en público pidiéndole que les cuente un cuento inadecuado!”.

**Saki** fue el seudónimo de Hector Hugh Munro (1870-1916), novelista, dramaturgo y cuentista británico que, además, trabajó como periodista en diversos periódicos de Londres. Entre sus novelas cabe mencionar *El insoportable Bassington* y *Al llegar Guillermo*, que es una parodia de *Alicia en el país de las maravillas*. Y entre sus libros de cuentos: *El tigre de la señora Packletide* y otros cuentos y *Cuentos de humor y de horror*. El que se incluye en este libro es uno de sus relatos más famosos. La traducción es de Teresita Valdetaro.

# CAMINA

Eduardo Abel Gimenez

Camina como si no quisiese llegar a ningún lado.  
Camina como si quisiese llegar por otro camino.  
Camina como si fuese cuesta arriba.  
Camina como si no supiera caminar.  
Camina como si estuviera solo.  
Camina como si estuviera sola.  
Camina como si fuese en dirección contraria.  
Camina como si fuese domingo.  
Camina como si fuese de noche.  
Camina como si fuese viejo.  
Camina como si fuese de otra ciudad.  
Camina como si fuese ciego.  
Camina como si las vidrieras fueran espejos.  
Camina como si todos los hombres se diesen vuelta para mirarla.  
Camina como si estuviera en el valle perdido de los dinosaurios.  
Camina como si estuviera lloviendo.  
Camina como si estuviera triste.  
Camina como si estuviera nadando.  
Camina como si estuviera desnudo.  
Camina como si estuviera riendo.  
Camina como si tuviese el viento a favor.  
Camina como si los sapos supieran volar.  
Camina como si quemase las naves.  
Camina como si llevara puesta una armadura.  
Camina como si viniese de ninguna parte.  
Camina como si no caminara.



**Eduardo Abel Gimenez** nació en Morón, provincia de Buenos Aires y es narrador, músico, especialista en juegos de ingenio, blogger, tallerista y editor. Codirigió el portal de literatura infantil *Imaginaria*. Autor de obras de ciencia ficción, entre ellas: *Un paseo por Camarjali*, *El viajero del tiempo llega al mundo del futuro*, *Quiero escapar de Brigitte*, *Vania y los planetas*, *La ciudad de las nubes*, *Mis días con el dragón*. Su libro *El bagrub y otros cuentos (i)lógicos* fue Destacado de Alija en 2014.

# CÓMO HACER UN PAN

Julio Leite

Muela los huesos  
hasta lograr  
la buena harina,  
use la levadura  
de su rabia,  
amase  
sobre madera de amigos,  
con abrazo amase  
hasta el cansancio,  
después haga fuego  
con ramitas de “ganamos”  
y en el horno del corazón  
que presten sus hermanos  
cocine esa esperanza  
a repartir.



**Julio Leite** (1957-2019) fue un poeta de Tierra del Fuego, nacido en Ushuaia, donde escribió una prolífica obra poética y fue un importante referente cultural de la Patagonia, tanto en la Argentina como en Chile. Entre otros libros, publicó *Cruda poesía fueguina*, *Bichitos de luz* y *otros poemarios*, *Piedrapalabra* y *Breve tratado sobre la lágrima*. Sus poemas figuran en todas las antologías fueguinas.

# HONRAS (FRAGMENTO)

Alicia Genovese

Un autito rojo, trajiste  
una Maseratti, decías  
y yo daba vueltas  
pedaleando la manzana.

*No es un regalo para nenas,*  
observaban las madres,  
pero yo era entonces  
la única hija,  
la que te miraba extasiada  
detrás del alambrado:  
casco y antiparras  
en la pista del autódromo,  
héroe de ciencia ficción  
entre los motores de la largada.

Un deseo transmitido  
en el encofrado del propio  
devolvía amor.

A lo lejos escuchaba  
el escándalo sonoro  
y salía a recibirte;  
trepada a tus hombros  
se abrían  
las puertas de la casa.

No era para nenas  
pero siempre  
tuve tu permiso.

[...]

**Alicia Genovese** nació en Lomas de Zamora (provincia de Buenos Aires). Es poeta y ensayista. Autora de los ensayos *La doble voz*, *Poetas argentinas contemporáneas* y *Leer poesía*, y de los poemarios *Química diurna*, *La hybris*, *La contingencia*, *La línea del desierto*, *El cielo posible*, *El mundo encima*, *El borde es un río* y *El río anterior*, entre muchos otros. En 2014 obtuvo el Premio Internacional de Poesía Sor Juana Ines de la Cruz por *La contingencia*.

# LOS LAPACHOS HAN VUELTO A FLORECER

Alfredo Veiravé

Los lapachos han vuelto a florecer en este mes de agosto  
como si fueran el eje de la historia, y la explosión de  
sus flores rosadas un movimiento circular de suaves rotaciones ¿qué  
piensan dentro de sus ramas (aparentemente imperturbables) sobre lo que  
pasó este otoño en los mares del sur bajo un manto de neblinas?  
Pero de pronto los lapachos florecieron y luego dejaron caer  
sus flores en el sueño de esa llovizna sin noticias,  
y los albatros quedaron sepultados en las Islas.  
Y los padres nos quedamos mirando en el aeropuerto  
cómo nuestros hijos subían a los aviones de transporte  
con armas y cascos y mochilas y fuertes  
borceguíes para el frío del sur abajo del planeta que se iba  
cantando la marcha de San Lorenzo pero a él no lo podíamos distinguir  
cuál era desde la terraza porque  
ya no era nuestro hijo sino un soldado que iba hacia la guerra  
y a mí se me cruzaron todas las palabras

rotas

tartamudas

y todavía siento que en aquella madrugada  
cuando los aviones se perdieron en el cielo a las seis de la mañana  
supe que ya no podía escribir rabiosamente  
la palabra civilización con be larga, por lo menos.  
Y como si nada hubiera ocurrido, en agosto los lapachos han vuelto  
a florecer  
sobre nuestros corazones con armas de papel “igual que los sobrevivientes  
que vuelven de la guerra”.



**Alfredo Veiravé** nació en Gualeguay, Entre Ríos, en 1928, pero vivió casi toda su vida adulta en Resistencia, Chaco, donde falleció en 1991. Ensayista, profesor universitario y crítico literario, fue sobre todo un gran poeta. En 1982 recibió el Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía. Fue autor de libros destinados a la escuela, como *Literatura Hispanoamericana* y *Argentina y Lengua y Literatura*. Entre sus obras poéticas, de exquisita observación y melancólico transcurrir, hay que mencionar: *La máquina del tiempo* y *Laboratorio central*. Este poema fue tomado del libro *Radar en la tormenta* (1985), disponible en: [www.materialdelectura.unam.mx/images/stories/pdf5/alfredo-veirave-121.pdf](http://www.materialdelectura.unam.mx/images/stories/pdf5/alfredo-veirave-121.pdf)

## LAS COSAS

Roberta Iannamico

Siempre con las cosas  
la ropa  
los platos  
los huevos duros  
el agua de la canilla  
los juguetes tirados  
lo caliente  
lo frío  
lo suave  
lo pesado  
las cosas que entran  
en una mano  
eso es lo que tengo  
para armar un mundo.



**Roberta Iannamico** nació en Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires, y vive en Villa Ventana. Poeta, cantante y pedagoga, es autora, entre otros títulos, de *Mamushkas*, *El collar de fideos*, *Nariz de higo*, *Tendal* y *Celeste perfecto* y codirige la Editorial Maravilla de poesía.

## PALABRAS PARCAS

Luisa Valenzuela

Abelardo Arlistán, astuto abogado argentino, asesino agudo, apuesto, ágil aerobista acicalado. Atento. Amable. Amigo asiduo, afectuoso, acechante. Ambicioso. Amante ardiente, arrecho. Autoritario. Abrazos asfixiantes, ansiosos, asustados. Aluvión apagado, artefacto ablandado, apocado. Agravado. Altamente agresivo, al acecho. Abelardo Arlistán. Arma al alcance, arremete artero, ataca arrabiado, asesina. Atrapado. Absuelto: autodefensa. ¡Ay!

**Luisa Valenzuela** nació en Buenos Aires y es una de las más potentes escritoras argentinas contemporáneas. Vivió muchos años en Estados Unidos y en México, donde dictó seminarios y talleres en diferentes universidades. También periodista, fue traducida a varias lenguas. Entre sus libros de cuentos: *Aquí pasan cosas raras* y *Cambio de armas*. Entre sus novelas más importantes: *Cola de lagartija* y *Novela negra con argentinos*. Su obra más reciente: *Circo de tres pistas*.

## 4 POEMAS BREVÍSIMOS

Beatriz Vallejos

### La imagen

Se despereza la luz  
y funda la memoria.

### El grito

De orilla a orilla  
como si no hubiese nadie.

### Tarjeta de humo

Apantallan  
Aguardan  
De una nada  
Un algo

### La garza

En el arrozal  
una garza  
sola

y una garza  
sola

y una garza  
sola.

En el arrozal  
una garza.

**Beatriz Vallejos** (1922-2007) fue una poeta y artista plástica santafesina. Entre sus libros, cabe citar *Detrás del cerco de flores*, *María un corderito tenía*, *El collar de arena*, *Horario corrido*, *Del cielo humano* y *El cántaro*.

## EL ÁNGEL

Diego Muñoz Valenzuela

Un ángel que realiza prácticas de vuelo ilegales en plena urbe es detenido y juzgado por infringir las leyes de los caminos aéreos, provocar desorden público y no señalar debidamente.

Ante tamaña acusación, el ángel no puede defenderse. En la cárcel medita sobre el significado de la libertad y decide buscar una ocupación menos riesgosa.



**Diego Muñoz Valenzuela** es un destacado escritor chileno contemporáneo que cultiva diversos géneros, principalmente el microrrelato y la ciencia ficción. Publicó, entre otros, *Nada ha terminado*, *Todo el amor en sus ojos*, *Flores para un cyborg*, *Ángeles y verdugos* y *Las nuevas hadas*. Cofundador de la revista *Obsidiana*, preside la organización Letras de Chile.

# DECIR: HACER

Octavio Paz

Entre lo que veo y digo,  
entre lo que digo y callo,  
entre lo que callo y sueño,  
entre lo que sueño y olvido  
la poesía.  
Se desliza entre el sí y el no:  
dice  
lo que callo,  
calla  
lo que digo,  
sueña  
lo que olvido.  
No es un decir:  
es un hacer.  
Es un hacer  
que es un decir.  
La poesía se dice y se oye:  
es real.  
Y apenas digo  
es real,  
se disipa.  
¿Así es más real?  
Idea palpable,  
palabra  
impalpable:  
la poesía  
va y viene

entre lo que es  
y lo que no es.  
Teje reflejos  
y los desteje.  
La poesía  
siembra ojos en las páginas  
siembra palabras en los ojos.  
Los ojos hablan  
las palabras miran,  
las miradas piensan.  
Oír  
los pensamientos,  
ver  
lo que decimos,  
tocar  
el cuerpo  
de la idea.  
Los ojos  
se cierran.  
Las palabras se abren.

**Octavio Paz** (México, 1914-1998) fue uno de los más influyentes intelectuales latinoamericanos del siglo veinte. Poeta, ensayista, dramaturgo y diplomático, recibió el Premio Cervantes en 1981 y el Premio Nobel de Literatura en 1990. Considerado uno de los más grandes poetas hispanos de todos los tiempos, *El laberinto de la soledad* y *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* son dos de sus obras cumbres.

## 3 POEMAS BREVES

Mar Benegas

### El pan

La niña, tan generosa,  
tiene palabras de trigo:  
son consuelo que alimenta  
compartido con amigos.  
A veces sucede el pan,  
y es así, como te digo.

### La niña elegida

¿Sabe la niña elegida  
que nació en una cuna  
de suerte vestida?

### La niña tabú

Hay una niña escondida  
que todos pasan, nadie mira.

Hay una niña tabú,  
nadie la nombra  
¿lo vas a hacer tú?

## ALEGATO FINAL

Beatriz Ferro

Aquí, hablo, digo, manifiesto,  
anuncio, expreso, declaro, subrayo,  
estimo, aseguro, razono, profiero,  
informo, pronuncio, anoto, aporto, reitero,  
afirmo, aduzco, refiero, notifico,  
revelo, recalco, expongo, narro, señalo,  
advierdo, observo, sostengo, asevero,  
reafirmo, resalto, porfío, indico,  
repito, denoto, enfatizo, apunto, preciso,  
prevengo, insisto, planteo, formulo, itero,  
significo, menciono, desvelo, ratifico,  
relato, reclamo, mantengo, contesto,  
replico, respondo, certifico, discurro,  
denuncio, destaco, juro, comunico,  
clamo, puntualizo, protesto, marco,  
cuento, confieso, desembucho, bato, canto,  
chamuyo, enuncio, remarco, arguyo,  
espeto, concluyo, argumento, infiero,  
proclamo, denuncio, aclaro, suscribo, difundo,  
resumo, divulgo, confirmo, publico y alego  
que yo no fui.

**Beatriz Ferro** (s/d-2012) nació y falleció en Buenos Aires. Fue una escritora, periodista, ilustradora y editora de enorme relieve en la historia de los libros destinados a la infancia. Autora, entre otras obras, de *Aquesí y aquenó*, *Zapatos caminadores*, *Versos de bakelita*, y *El dramático caso de las señoras iguales*.

**Mar Benegas** (1975) Escritora, editora y poeta española. Dirige las Jornadas de Animación a la Lectura, Escritura y Observación (JALEO) para la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Valencia, España. Ha publicado, entre otros: *44 poemas para leer con niños*, *Versos como una casa* y *Las niñas o cómo suceden las cosas*, de donde provienen estos poemas.

# ORACIÓN PARA ESPERAR EL COLECTIVO

Liliana Ancalao

Señor de los desamparados  
que esperan el colectivo  
no permitas que se apague esta  
[llamita  
defendida a puro sol sobre  
[la escarcha

que el colectivo venga pronto  
pues la espera  
amontona cenizas en la frente  
y tengo que apalearas y hacer señas  
y asomar los ojos a la ruta  
aunque las venas duden  
tironeando

señor de los desamparados  
que no pase de largo  
como si yo no fuera capaz de andar  
[descalza  
como si yo no fuera propensa a  
[la ternura

como si fuera una chapa  
un poste nadie nada  
y que no venga lleno señor  
porque se salen con la suya  
entonces patas y empujones  
en un boleto me suicidan la sonrisa  
y me resigno animal al matadero

que no demore señor hoy hace frío  
y no llegan los sueños hasta el alma  
en el filo de este riesgo no me culpes  
si abandono un segundo la trinchera  
y alcanzo a maldecir  
la madrugada

**Liliana Ancalao** es una poeta mapuche tehuelche, que trabaja en la recuperación del mapuzungun, que es la lengua de su pueblo, a través de relatos y poesías. La traducción es de **Víctor Cifuentes** y se tomó de *La memoria iluminada: poesía mapuche contemporánea*, edición de Jaime Luis Huenún (CEDMA Ediciones de la Diputación de Málaga, 2007).

# NGELLIPUN ÜNGÜMAFIEL TI COLECTIVO

En mapuzungun

Üngüm colectivolechi pu  
ütrüfkünuye ñi señor  
chongümelkünukilnge fachi püchü  
[lewlw  
ré antümu ingkánengel llengá wenté  
[tranglíñ

matú kúpápe ti colectivo  
ta üngümün lle  
wirkólkey trufkén tólmew ngatí  
fey mülí tañi kupáfneafielmaye  
[maychüleal  
ka lüyükünumekeal chi rüpi mew  
epúrume zuámfule wüme ti pu  
[pilkómollfüñ

wüñówitrawnewün  
ütrüfkünuye ñi señor  
felén rupákinolpe  
topákenolu reké ta iñché tañi tritráng  
[namúnküyawal  
ayüwmakenolu reké ta iñché tañi  
[küme piwkéngéal

kiñe ronóngelu reké  
kiñe üngkó iñínorume chémnorume

meñólen kúpákinolpe señor  
kizú ñi züngú mütén inánekelleyngün  
[ngatí  
feymay namúnmayew rültrékawün  
ka kiñe wifká langümüymanew ñi  
[ayén

fey tutéwnarün trüylítuwe pülé  
yeniéngéchi kullíñ  
alüñmakinolpe señor fachántü ta  
[wütrenjí  
fey may chi pu pewmá nga ám mew  
[ta puwláy

ka fachi itró küñüwun mew  
[ngeñíñmakünukeli  
püchüñma élkünufili chi rüngán  
fey pepí kafküngüchatukünufili  
chi epéwün

# ANTIPOEMA

Eduardo Fracchia

Suele ocurrir  
a veces  
el mundo se nos cae,  
entonces,  
desesperados, lo inventamos de nuevo.

**Eduardo Antonio Fracchia** (1945-1999). Escritor, poeta, pensador y filósofo chaqueño. Fue profesor en la Universidad Nacional del Nordeste. En el año 1976 obtuvo el Primer Premio Nacional de Poesía, en Mendoza, por su libro *La rosa hecha escudo*. En 1998 participó del Encuentro Nacional de Pensadores realizado en Buenos Aires. Entre sus libros se destacan el ensayo *Huesos secos: apuntes para una filosofía de la resistencia* y el libro de poemas *Antipoesías*.

# 2 POEMAS

Susana Cabuchi

## CANTO

En la calle de agosto  
un pájaro pequeño  
se moría.

Ah, si hubiéramos  
cuidado de él  
a esta hora  
de pleno verano  
estaría  
cantando  
para nosotros.

**Susana Cabuchi**, notoria poeta cordobesa, ha dedicado parte de su obra a su cultura familiar árabe. Mucha de su poesía está traducida a ese idioma, y también al italiano, al francés y al portugués. Ha publicado: *El corazón de las manzanas*, *Álbum familiar*, *Detrás de las máscaras*, *Poética: 1965-2010*, *El viajero*, *El corazón de las manzanas 1978-2018*. *El dulce país y otros poemas* forma parte de las colecciones del Plan de lectura de Córdoba. Los poemas que leen aquí pertenecen al libro *Patio solo* (Alción Editora, Córdoba, 1986).

## CEREMONIA

– Piden la lluvia.  
– Que llueva  
depende de los vientos.

Los vientos  
no escuchan a los hombres:  
juegan.

# PALÍNDROMOS\*

Juan Filloy

Somos o no somos

\_\_\_\_\_

A tal pelado, dale plata

Asirnos a la sonrisa

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

La ruta nos aportó otro paso natural

Acaso hubo búhos acá

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

Ateo por Arabia iba raro poeta

Solo di sol a los ídolos

\_\_\_\_\_

\_\_\_\_\_

No di mi decoro, cedí mi don

Amo la pacífica paloma

\_\_\_\_\_

\* Se llama *palíndromo* a la palabra o expresión que es igual si se lee de izquierda a derecha que de derecha a izquierda. Es un vocablo que viene del griego *palin dromein*, que significa “volver a ir atrás”. Si en lugar de letras fueran números, se llamarían capicúa.

**Juan Filloy** (1894–2000) fue uno de los más importantes escritores de la Argentina del siglo veinte. Nació y murió en Córdoba. Su obra es extensa, reconocida mundialmente y traducida a varias lenguas. Todos sus libros llevan títulos de siete letras. Entre los más leídos: *Estafen*, *Op Oloop*, *La Potra*. Y también *Karcino*, que es una colección de cientos de palíndromos.

# Las cosas del querer

---

# AMOR DE DRAGÓN

Gustavo Roldán

Cuando los dragones se aman se desatan los maremotos, los volcanes lanzan un fuego endemoniado y los huracanes largan una furia que hace pensar que ha llegado el fin del mundo. Por eso a veces, para amarse sin molestar a nadie, vuelan hasta el cielo más alto, donde las estrellas casi están al alcance de la mano.

Y los dragones creen que el mundo queda en calma pero se equivocan. Entonces caen rayos y centellas, el cielo parece desplomarse con truenos aterradores, las estrellas fugaces y los cometas de largas colas luminosas corren de un lado para el otro sembrando el pavor, y los tornados enfurecidos se tragan medio mundo.

O la luna o el sol parecen borrarse lentamente en el cielo y todos dicen que hay un eclipse, dando minuciosas explicaciones de cómo la tierra se coloca entre el sol y la luna o la luna delante del sol y etcétera etcétera.

Vanas explicaciones. Las dicen los que nunca miran bien. Si mirasen bien verían claramente la figura de dos dragones que se aman y que van tapando la luz de los astros según se acerquen o se alejen.

Cada vez que alguien piense que está llegando el fin del mundo solo tiene que abrir los ojos de mirar bien. Los ojos grandes de mirar lejos. Y no creer en tonteras. Pero eso no es nada fácil.

**Gustavo Roldán** (1935-2012) nació en el Chaco y creció en el monte, en Fortín Lavalle. Llegó a ser uno de los más importantes escritores de literatura para niños. Por su libro *Como si el ruido pudiera molestar* recibió el Tercer Premio Nacional de Literatura (1992) y por *Todos los juegos el juego*, el Segundo Premio Nacional de Literatura (1995). En 2002 fue honrado con el Premio Pregonero de Honor. Su vasta obra incluye libros como *El monte era una fiesta*, *Historia del pajarito remendado*, *El carnaval de los sapos*, *Dragón*, *La leyenda del bicho colorado*, *Cuentos del zorro*, *El vuelo del sapo*, *Y entonces llegó el lobo* e *Historias del piojo*.

# A LA ORILLA DEL RÍO

Juan L. Ortiz

A la orilla del río  
un niño solo  
con su perro.  
A la orilla del río  
dos soledades  
tímidas  
que se abrazan.  
¿Qué mar oscuro,  
qué mar oscuro,  
los rodea,  
cuando el agua es de cielo  
que llega danzando  
hasta las gramillas?  
A la orilla del río  
dos vidas solas  
que se abrazan.  
Solos, solos, quedaron  
cerca del rancho.  
La madre fue por algo.  
El mundo era una crecida  
nocturna.  
¿Por qué el hambre y las piedras  
y las palabras duras?  
Y había enredaderas  
que se miraban,  
y sombras de sauces,  
que se iban,

y ramas que quedaban...  
Solos de pronto, solos,  
ante la extraña noche  
que subía y los rodeaba:  
del vago, del profundo  
terror igual,  
surgió el desesperado  
anhelo de un calor  
que los flotara.  
A la orilla del río  
dos soledades puras  
confundidas  
sobre una isla efímera  
de amor desesperado.  
El animal temblaba.  
¿De qué alegría  
temblaba?  
El niño casi lloraba.  
¿De qué alegría  
casi lloraba?  
A la orilla del río  
un niño solo  
con su perro.



**Juan L. Ortiz** (Entre Ríos, 1896-1978) es considerado uno de los más grandes poetas argentinos y, sin dudas, el que mayor influencia ejerce todavía. Su poesía completa en tres volúmenes lleva el título *Bajo el aura del sauce*, e incluye *El junco y la corriente*, *La orilla que se abisma* y *El Gualeguay*, poemas hasta entonces inéditos. Fue publicada por la Universidad Nacional del Litoral.

# RIMAS

Gustavo Adolfo Bécquer

## X

Los invisibles átomos del aire  
en derredor palpitan y se inflaman;  
el cielo se deshace en rayos de oro;  
la tierra se estremece alborozada;  
oigo flotando en olas de armonía  
rumor de besos y batir de alas;  
mis párpados se cierran... ¿Qué sucede?  
– ¡Es el amor que pasa!

## XIV

Alguna vez la encuentro por el mundo  
y pasa junto a mí;  
y pasa sonriéndose y yo digo  
¿Cómo puede reír?  
Luego asoma a mi labio otra sonrisa  
máscara del dolor,  
y entonces pienso: –Acaso ella se ríe,  
como me río yo.

**Gustavo Adolfo Bécquer** (1836-1870) fue uno de los más populares representantes del Romanticismo español. Vivió una vida llena de vicisitudes, de amores tormentosos, de pobreza. Sus *Rimas* aparecen con numeración romana en todas las ediciones, de acuerdo a lo establecido por los amigos de Bécquer (Ramón Rodríguez Correa, Narciso Campillo y Augusto Ferrán) en la primera edición del libro, póstumo, publicado en 1871.

# EL RUISEÑOR Y LA ROSA

Oscar Wilde

–Dijo que bailarían conmigo si le llevaba una rosa roja –se lamentaba el joven estudiante–, pero no hay una sola rosa roja en todo mi jardín.

Desde su nido de la encina, lo oyó el ruiseñor. Miró por entre las hojas asombrado.

– ¡No hay ni una rosa roja en todo mi jardín! –gritaba el estudiante.

Y sus bellos ojos se llenaron de llanto.

– ¡Ah, de qué cosa más insignificante depende la felicidad! He leído cuanto han escrito los sabios; poseo todos los secretos de la filosofía y encuentro mi vida destrozada por carecer de una rosa roja.

–He aquí, por fin, el verdadero enamorado –dijo el ruiseñor–. Le he cantado todas las noches, aun sin conocerlo; todas las noches les cuento su historia a las estrellas, y ahora lo veo. Su cabellera es oscura como la flor del jacinto y sus labios rojos como la rosa que desea; pero la pasión lo ha puesto pálido como el marfil y el dolor ha sellado su frente.

–El príncipe da un baile mañana por la noche –murmuraba el joven estudiante– y mi amada asistirá a la fiesta. Si le llevo una rosa roja, bailará conmigo hasta el amanecer. Si le llevo una rosa roja, la tendré en mis brazos, reclinará su cabeza sobre mi hombro y su mano estrechará la mía. Pero no hay rosas rojas en mi jardín. Por lo tanto, tendré que estar solo y no me hará ningún caso. No se fijará en mí y se destrozará mi corazón.

–He aquí el verdadero enamorado –dijo el ruiseñor–. Sufre todo lo que yo canto: todo lo que es alegría para mí es pena para él. Realmente el amor es algo maravilloso: es más bello que las esmeraldas y más raro que los finos ópalos. Perlas y rubíes no pueden pagarlo porque no se halla expuesto

en el mercado. No puede uno comprarlo al vendedor ni ponerlo en una balanza para adquirirlo a peso de oro.

– Los músicos estarán en su estrado – decía el joven estudiante –. Tocarán sus instrumentos de cuerda y mi adorada bailará a los sonos del arpa y del violín. Bailará tan vaporosamente que su pie no tocará el suelo, y los cortesanos con sus alegres atavíos la rodearán solícitos; pero conmigo no bailará, porque no tengo rosas rojas que darle.

Y dejándose caer en el césped, se cubría la cara con las manos y lloraba.

– ¿Por qué llora? – preguntó la lagartija verde, correteando cerca de él, con la cola levantada.

– Sí, ¿por qué? – decía una mariposa que revoloteaba persiguiendo un rayo de sol.

– Eso digo yo, ¿por qué? – murmuró una margarita a su vecina, con una vocecilla tenue.

– Lloro por una rosa roja.

– ¿Por una rosa roja? ¡Qué tontería!

Y la lagartija, que era algo cínica, se echó a reír con todas sus ganas.

Pero el ruiseñor, que comprendía el secreto de la pena del estudiante, permaneció silencioso en la encina, reflexionando sobre el misterio del amor.

De pronto desplegó sus alas oscuras y emprendió el vuelo.

Pasó por el bosque como una sombra, y como una sombra atravesó el jardín.

En el centro del prado se levantaba un hermoso rosal, y al verlo, voló hacia él y se posó sobre una ramita.

– Dame una rosa roja – le gritó – y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el rosal meneó la cabeza.

– Mis rosas son blancas – contestó –, blancas como la espuma del mar, más blancas que la nieve de la montaña. Ve en busca del hermano mío que crece alrededor del viejo reloj de sol y quizá él te dé lo que quieres.

Entonces el ruiseñor voló al rosal que crecía en torno del viejo reloj de sol.

– Dame una rosa roja – le gritó – y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el rosal meneó la cabeza.

– Mis rosas son amarillas – respondió –, tan amarillas como los cabellos de las sirenas que se sientan sobre un tronco de árbol, más amarillas



que el narciso que florece en los prados antes de que llegue el segador con la hoz. Ve en busca de mi hermano, el que crece debajo de la ventana del estudiante, y quizá el te dé lo que quieres.

Entonces el ruiseñor voló al rosal que crecía debajo de la ventana del estudiante.

– Dame una rosa roja – le gritó – y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el arbusto meneó la cabeza.

– Mis rosas son rojas – respondió –, tan rojas como las patas de las palomas, más rojas que los grandes abanicos de coral que el océano mece en sus abismos; pero el invierno ha helado mis venas, la escarcha ha marchitado mis botones, el huracán ha partido mis ramas y no tendré más rosas este año.

– No necesito más que una rosa roja – gritó el ruiseñor –, una sola rosa roja. ¿No hay ningún medio para que yo la consiga?

– Hay un medio – respondió el rosal –, pero es tan terrible que no me atrevo a decírtelo.

– Dímelo – contestó el ruiseñor –. No soy miedoso.

– Si necesitas una rosa roja – dijo el rosal –, tienes que hacerla con notas de música al claro de luna y teñirla con sangre de tu propio corazón.

Cantarás para mí con el pecho apoyado en mis espinas. Cantarás para mí durante toda la noche y las espinas te atravesarán el corazón: la sangre de tu vida correrá por mis venas y se convertirá en sangre mía.

–La muerte es un buen precio por una rosa roja –replicó el ruiseñor–, y todo el mundo ama la vida. Es grato posarse en el bosque verdeante y mirar al sol en su carro de oro y a la luna en su carro de perlas. Suave es el aroma de los nobles espinos. Dulces son las campanillas que se esconden en el valle y los brezos que cubren la colina. Sin embargo, el amor es mejor que la vida. ¿Y qué es el corazón de un pájaro comparado con el de un hombre?

Entonces desplegó sus alas oscuras y emprendió el vuelo. Pasó por el jardín como una sombra y como una sombra cruzó el bosque.

El joven estudiante permanecía tendido sobre el césped allí donde el ruiseñor lo dejó y las lágrimas no se habían secado aún en sus bellos ojos.

–Sé feliz –le gritó el ruiseñor–, sé feliz; tendrás tu rosa roja. La crearé con notas de música al claro de luna y la teñiré con la sangre de mi propio corazón. Lo único que te pido, en cambio, es que seas un verdadero enamorado, porque el amor es más sabio que la filosofía, aunque esta sea sabia; más fuerte que el poder, por fuerte que este lo sea. Sus alas son color de fuego y su cuerpo color de llama; sus labios son dulces como la miel y su hálito es como el incienso.

El estudiante levantó los ojos del césped y prestó atención; pero no pudo comprender lo que le decía el ruiseñor, pues solo sabía las cosas que están escritas en los libros.

Pero la encina lo comprendió y se puso triste, porque amaba mucho al ruiseñor que había construido su nido en sus ramas.

–Cántame la última canción –murmuró–. ¡Me quedaré tan triste cuando te vayas!

Entonces el ruiseñor cantó para la encina, y su voz era como el agua que ríe en una fuente argentina.

Al terminar la canción, el estudiante se levantó, sacando al mismo tiempo su cuaderno de notas y su lápiz.

“El ruiseñor –se decía paseándose por la alameda–, el ruiseñor posee una belleza innegable, ¿pero siente? Me temo que no. Después de todo, es como muchos artistas: puro estilo, exento de sinceridad. No se sacrifica

por los demás. No piensa más que en la música y en el arte; como todo el mundo sabe, es egoísta. Ciertamente, no puede negarse que su garganta tiene notas bellísimas. ¡Qué lástima que todo eso no tenga sentido alguno, que no persiga ningún fin práctico!”

Y volviendo a su habitación, se acostó sobre su jergoncillo y se puso a pensar en su adorada.

Al poco rato se quedó dormido.

Y cuando la luna brillaba en los cielos, el ruiseñor voló al rosal y colocó su pecho contra las espinas.

Y toda la noche cantó con el pecho apoyado sobre las espinas, y la fría luna de cristal se detuvo y estuvo escuchando toda la noche.

Cantó durante toda la noche, y las espinas penetraron cada vez más en su pecho, y la sangre de su vida fluía de su pecho.

Al principio cantó el nacimiento del amor en el corazón de un joven y de una muchacha, y sobre la rama más alta del rosal floreció una rosa maravillosa, pétalo tras pétalo, canción tras canción.

Primero era pálida como la bruma que flota sobre el río, pálida como los pies de la mañana y argentada como las alas de la aurora.

La rosa que florecía sobre la rama más alta del rosal parecía la sombra de una rosa en un espejo de plata, la sombra de la rosa en un lago.

Pero el rosal gritó al ruiseñor que se apretase más contra las espinas.

–Apriétate más, ruiseñorcito –le decía–, o llegará el día antes de que la rosa esté terminada.

Entonces el ruiseñor se apretó más contra las espinas y su canto fluyó más sonoro, porque cantaba el nacimiento de la pasión en el alma de un hombre y de una virgen.

Y un delicado rubor apareció sobre los pétalos de la rosa, lo mismo que enrojece la cara de un enamorado que besa los labios de su prometida.

Pero las espinas no habían llegado aún al corazón del ruiseñor; por eso el corazón de la rosa seguía blanco: porque solo la sangre de un ruiseñor puede colorear el corazón de una rosa.

Y el rosal gritó al ruiseñor que se apretase más contra las espinas.

–Apriétate más, ruiseñorcito –le decía–, o llegará el día antes de que la rosa esté terminada.

Entonces el ruiseñor se apretó aún más contra las espinas, y las espinas tocaron su corazón y él sintió en su interior un cruel tormento de dolor.

Cuanto más acerbo era su dolor, más impetuoso salía su canto, porque cantaba el amor sublimado por la muerte, el amor que no termina en la tumba.

Y la rosa maravillosa enrojeció como las rosas de Bengala. Purpúreo era el color de los pétalos y purpúreo como un rubí era su corazón.

Pero la voz del ruiseñor desfalleció. Sus breves alas empezaron a batir y una nube se extendió sobre sus ojos.

Su canto se fue debilitando cada vez más. Sintió que algo se le ahogaba en la garganta.

Entonces su canto tuvo un último destello. La blanca luna lo oyó y olvidándose de la aurora se detuvo en el cielo.

La rosa roja lo oyó; tembló toda ella de arrobamiento y abrió sus pétalos al aire frío del alba.

El eco lo condujo hacia su caverna purpúrea de las colinas, despertando de sus sueños a los rebaños dormidos.

El canto flotó entre los cañaverales del río, que llevaron su mensaje al mar.

–Mira, mira –gritó el rosal–, ya está terminada la rosa.

Pero el ruiseñor no respondió; yacía muerto sobre las altas hierbas, con el corazón traspasado de espinas.

A mediodía el estudiante abrió su ventana y miró hacia afuera.

–¡Qué extraña buena suerte! –exclamó–. ¡He aquí una rosa roja! No he visto rosa semejante en toda vida. Es tan bella que estoy seguro de que debe tener en latín un nombre muy enrevesado.

E inclinándose, la tomó en sus manos.

Inmediatamente se puso el sombrero y corrió a casa del profesor, llevando en su mano la rosa.

La hija del profesor estaba sentada a la puerta. Devanaba seda azul sobre un carrete, con un perrito echado a sus pies.

–Dijiste que bailarías conmigo si te traía una rosa roja –le dijo el estudiante–. He aquí la rosa más roja del mundo. Esta noche la prenderás cerca de tu corazón, y cuando bailemos juntos, ella te dirá cuánto te quiero.

Pero la joven frunció las cejas.



–Temo que esta rosa no armonice bien con mi vestido –respondió–. Además, el sobrino del chambelán me ha enviado varias joyas de verdad, y ya se sabe que las joyas cuestan más que las flores.

–¡Oh, qué ingrata eres! –dijo el estudiante lleno de cólera.

Y tiró la rosa al arroyo.

Un pesado carro la aplastó.

–¡Ingrato! –dijo la joven–. Te diré que te portas como un grosero; y después de todo, ¿qué eres? Un simple estudiante. ¡Bah! No creo que puedas tener nunca hebillas de plata en los zapatos como las del sobrino del chambelán.

Y levantándose de su silla, se metió en su casa.

“¡Qué tontería es el amor! –se decía el estudiante a su regreso–. No es ni la mitad de útil que la lógica, porque no puede probar nada; habla siempre de cosas que no sucederán y hace creer a la gente cosas que no son ciertas. Realmente, no es nada práctico, y como en nuestra época todo estriba en ser práctico, voy a volver a la filosofía y al estudio de la metafísica”.

Y dicho esto, el estudiante, una vez en su habitación, abrió un gran libro polvoriento y se puso a leer.

**Oscar Wilde** (1854-1900) De origen irlandés, es uno de los más importantes escritores británicos, también dramaturgo, poeta, novelista y crítico literario. Sus obras ingeniosas, punzantes, lo convirtieron en una celebridad, no solo en su país sino también en Francia. Su vida personal fue tormentosa, y fue acusado y encarcelado por ser homosexual. Entre sus obras más memorables figuran *El retrato de Dorian Gray*, *La importancia de llamarse Ernesto* y *El fantasma de Canterville*. La traducción la hemos tomado de:

<https://ciudadseva.com/texto/el-ruisenor-y-la-rosa/>

# EL AHOGADO AVARO

Martín Blasco

El hombre más rico del pueblo había salido a dar un paseo por entre sus pertenencias, es decir, un paseo por el pueblo (porque todo el pueblo era de él). Y con mucha mala suerte, el hombre resbaló y cayó en el río. La corriente lo arrastraba. El hombre no sabía nadar y comenzó a ahogarse. Los que estaban cerca de la orilla, corrieron a ayudarlo.

– ¡Danos tu mano y te sacaremos del río! –le gritaban–. ¡Danos tu mano!

Pero el hombre no hacía ningún movimiento hacia ellos. Si seguía así, iba a ahogarse. Los vecinos insistían.

– ¡Danos tu mano, hombre! ¡Vas a ahogarte si no!

Entonces el pequeño Nasrudín entendió lo que estaba pasando.

– ¡No saben lo avaro que es este hombre? ¡No va a “darles” nunca nada!

Se acercó a la orilla y dijo:

– ¡Toma mi mano! ¡Toma mi mano!

Y entonces sí, el hombre rico “tomó” la mano de Nasrudín y pudo ser rescatado.

**Martín Blasco** nació en Buenos Aires. Estudió dirección y guion de cine y televisión. Como escritor, ha publicado varias novelas para jóvenes, entre ellas *La oscuridad de los colores*, *En la línea recta*, *Todas las tardes de sol*, *El bastón de plata*, *La estación de los espejos* y *Los extrañamientos*, por las que ha recibido diferentes distinciones literarias.

# 2 POEMAS

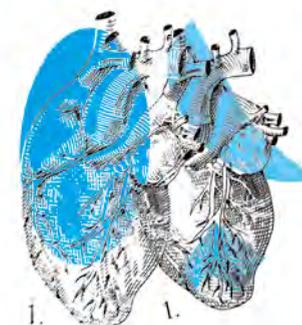
David Wapner

## ¿Latía?

La tía una vez contó:

“latía una vez algo  
que no era un corazón”.

Lo que la tía ignoraba era  
que lo que latía era  
el recuerdo  
de un corazón.



## La música

Ansía una vez oír  
la música de sus zapatos.

Por eso,  
siempre lleva un pie descalzo.  
Y siempre un zapato  
pegado a la oreja.

¡Como si así pudiera escuchar  
los ronquidos de la suela!

**David Wapner** nació en Buenos Aires, pero reside en Beersheba, Israel. Es poeta, narrador, traductor, músico y titiritero. En 1980 fundó, con otros poetas y músicos, *Gutural*, banda de música-teatro que ofreció decenas de espectáculos y formó parte del movimiento *Música-siempre*. Publicó, entre otros libros, *Algunos sucesos de la Vida* y *Obra del Mago Juan Chin Pérez*, *Los piojemas del piojo Peddy*, *Pajarraigos*, *El otro Gardel* y *Cabía una vez*, de donde se extrajeron estos poemas.

# LOS REYES DE LA BARAJA

Federico García Lorca

Si tu madre quiere un rey,  
la baraja tiene cuatro:  
rey de oros, rey de copas,  
rey de espadas, rey de bastos.

Corre que te pillo,  
corre que te agarro,  
mira que te lleno  
la cara de barro.

Del olivo  
me retiro,  
del esparto  
yo me aparto,  
del sarmiento  
me arrepiento  
de haberte querido tanto.

**Federico García Lorca** fue uno de los más importantes poetas de nuestra lengua, nacido en España en 1898 y fusilado en 1936, al inicio de la Guerra Civil. También dramaturgo y prosista, vivió algunos años en la Argentina y su muerte duele aún a la poesía universal. En su obra destacan *Doña Rosita la soltera*, *Bodas de sangre*, *Romancero gitano*, *Yerma* y *Poeta en Nueva York*.

# LORENZO HORIZONTE

Ángeles Durini

Lorenzo Horizonte tenía el pelo enrulado como si llevara víboras en la cabeza. Es que era un gran matemático. Le gustaban los cálculos: treintay-dosmillonescuatrocientosmilveinticuatro por ochocientosveintemillones trecientostreintayocho más cuarentamiluno dividido... y así podía seguir llenando pizarrones.

Pero no era feliz.

Un gong de tristeza le golpeaba el alma por las mañanas: “no soy feliz, no soy feliz”.

Luego el gong se sumó también a las noches y a las tardes, hasta dejar el alma de Lorenzo convertida en fracciones. Y cuando empezó a recibir ese golpe constantemente, decidió consultarlo con su médico para descubrir la raíz.

–Mire, doctor –dijo Lorenzo–, tengo un golpe continuo en el alma y me da miedo que se me rompa.

–Ajá –contestó el médico– ¿y cómo suena ese golpe?

–Hace un ruido amargo, doctor –replicó Lorenzo con tristeza.

–¿Lo probó?

–No, no puedo probarlo doctor, pero me hace sentir muy pesado.

–Pero usted es flaco.

–Sí, pero me siento gordo.

–Mjm, no ha probado el golpe y dice que es amargo, se siente gordo pero es flaco. Dígame –el doctor escribía en una hoja blanca la historia clínica de Lorenzo– ¿qué cosas de las que mira lo ponen contento?

–¡Un pizarrón lleno de números todos hechos por mí! Se lo voy a explicar de forma simple: escribir uno más uno y saber que es dos, dos más dos y sumar cuatro, cuatro por tres y...



–Está bien, está bien. Evidentemente hay algo que anda mal. Urgente, le indico unas vacaciones con mucho paisaje.

–¡Pero no puedo! ¡Mi trabajo, mis números!

–Bórrelos, señor Lorenzo. Y por favor, hágame caso.

Como el gong seguía y ya no solo golpeaba su alma, sino también su cabeza, sus miembros, en fin, todo el cuerpo, Lorenzo decidió obedecer al médico.

Entonces, además de los números, se le empezaron a multiplicar otros sueños.

¿En qué se parece el mar a un pizarrón lleno de números? En que el mar se mueve y los números también.

Y se fue al mar.

Alquiló una casa junto a la playa y pasó el primer día mirando las olas. Pero al segundo día no le fue suficiente con mirarlas: se las puso a contar.

–Una ola más otra ola más otra ola por cinco olas que vienen desde el horizonte menos tres que desaparecieron en la orilla...

Y empezó a escribir cuentas en la arena. Se sentía un creador de tanto paisaje de número, mientras calculaba los movimientos del mar.

Pero el gong de tristeza le seguía poceando el alma.

Probó entonces contar noctilucas en el mar nocturno. En las noches sin luna, era difícil sumar los brillos sobre el borde de las olas, aunque era interesante; pero después, restarle las olas opacas de noches con luna, era más difícil todavía; por lo tanto, para Lorenzo, interesante al cuadrado. Aunque no para ese momento, no había cuenta ni bisectriz que le lograra tapar el pozo que se le iba produciendo por el golpe.

Observaba los ángulos de las estrellas, llegó a calcular la superficie del sol. Ni los caracoles con sus circunferencias, ni las piedras paralelepípedas lograron siquiera medir el peso específico de una tristeza que iba creciendo cada vez más. Llegó al colmo de discutir ecuaciones matemáticas con los berberechos, llamar a una roca “señorita Monomio” (era la roca donde se sentaba por las tardes, a tomar mate y a contar el tiempo).

Toda la arena era un pizarrón gigante que el viento se encargaba de borrar.

Esa mañana soplaba fuerte. Lorenzo había bajado a la playa con campera. Mientras dibujaba los números, ella apareció de lejos, con un vestido azul.

(Ella también fue un encargo del viento).

A Lorenzo se le empezaron a mezclar las curvas de los cosenos apenas la vio. El gong dentro del alma se le paralizó al instante.

Ella, todavía lejos, se sentó sobre “señorita Monomio” y sacó una flauta de su bolso. Se puso a tocar. Las tangentes de Lorenzo se hicieron trietas. Aquel sonido le destruyó el gong definitivamente. Estaba sin cuentas pendientes en la cabeza.

Y poco a poco, poco a poco, como un reptil enamorado, se le fue acercando.

**Angeles Durini** nació en Uruguay, pero vive desde siempre en la provincia de Buenos Aires. Estudió el Profesorado de Lengua y Literatura en el Instituto Summa, con especialidad en Literatura Infantil y Juvenil. Publicó entre otros los libros *¿Quién le tiene miedo a Demetrio Latov?*, *De la tierra a Kongurt*, *Embrujos*, *Pies alados* y *Detrás de los cristales*.

# MAREA DE MI CORAZÓN

Diana Bellessi

Marea de mi corazón  
déjame ir  
en las ligustrinas  
como un insecto o como la  
misma ligustrina en el rumor  
en el rasante  
vuelo de las  
golondrinas alrededor  
de los aleros en la música  
minimal donde se hunde  
mi vecino mientras tapiza  
con golpecitos los respaldos  
de las sillas en el sol  
rasgado por la brisa  
no ser lo otro  
lo que mira. Desligarme  
del ser hacia aquel  
estar mayestático de  
la dicha. Alfombra  
de orquídeas diminutas



sobre el pasto florecen  
antes que la máquina  
cortadora de césped  
las arrase ¿aprendieron?  
Corolas violáceas  
enjoyadas que emergen  
en cinco días de sus tallos  
¿aprendieron la brevedad?  
de la vida sin ser  
lo otro que del origen  
nos aparta



**Diana Bellessi** nació en Zavalla, provincia de Santa Fe, y es una de las más importantes poetas argentinas contemporáneas. También traductora y ensayista, recibió importantes reconocimientos como la beca Guggenheim, y por su trayectoria en las artes el de la Fundación Antorchas y del Fondo Nacional de las Artes, entre otros. Entre sus muchos libros pueden mencionarse *Tener lo que se tiene*, *Poesía reunida*, *La pequeña voz del mundo*, *Pasos de baile* y *Fuerte como la muerte es el amor*.

# MÁS LINDA QUE NUNCA

Norma Huidobro

Es la última hora de clase y la maestra de sexto grado escribe un cuestionario en el pizarrón. Los chicos copian, hablan, se ríen, pelean, comen galletitas. Nicolás es uno de los pocos que escriben sin hablar; no se ríe, no grita, solo escribe. Mira el pizarrón y luego la hoja y otra vez el pizarrón y cada tanto, y de reojo, a Luciana.

Luciana copia, se ríe, habla con sus compañeras, come caramelos, se suelta el pelo que cae sobre sus hombros pesado y brillante, se lo vuelve a recoger, se da vuelta, le saca el lápiz a Mariano, se ríe, busca la mirada cómplice de las chicas, se da vuelta otra vez y mira a Mariano, le clava los ojos, lo controla, lo domina. Eso quisiera hacer con Nicolás y eso hará a partir del sábado. Por ahora él está ahí fingiendo ignorarla, pero mirándola de reojo. Ella lo descubrió, aunque él no se dio cuenta. “Se hace el interesante”, piensa. “Peor para él, no le voy a llevar el apunte en toda la semana, y el sábado, ya va a ver lo que le espera”.

La maestra terminó de copiar el cuestionario en el pizarrón y ordenó:  
–Traigan todas las respuestas para mañana. ¡Sin falta!

Paula copió la última pregunta y comenzó a guardar sus útiles. Antes de que sonara el timbre, se miró a escondidas en el espejo que llevaba en un bolsillo de la mochila. “Fea”, se dijo. “Fea, fea”. Después se acomodó un mechón de pelo enrulado detrás de la oreja y miró hacia su derecha. Nicolás seguía copiando y mirando disimuladamente a Luciana. Por un segundo, Paula se imaginó con la hermosa cabellera de Luciana. Se veía sentada junto a Nicolás, sacándose la hebilla que le sujetaba el pelo y dejándolo caer sobre los brazos de él.

Sonó el timbre y todos salieron del aula.

“Me gusta tu risa de campanitas”, le había dicho un día Nicolás y ella se emocionó tanto que pensó que se moriría ahí mismo. Pero no se murió, solo empezó a sentir calor, sobre todo en la cara, y también un temblor en las piernas, pero no se murió como había pensado. Al contrario, ese día se sintió distinta y cada vez que se reía pensaba en las campanitas y en Nicolás y se olvidaba de todo, especialmente de su cara reflejada en el espejo, que nunca le gustaba. No le gustaba su pelo lleno de rulos y alborotado, no le gustaban sus ojos demasiado chicos, ni la nariz demasiado grande, ni la boca, ni las orejas, ni nada. Pero a él le gustaba su risa... “risa de campanitas”.

Claro que la risa no era suficiente para que Nicolás se enamorara de ella. Para eso había que tener la cara de Luciana; su pelo largo, suave y brillante; los ojos de Luciana, enormes, oscuros, con una cortina de pestañas negras que ella sube y baja mareando a quien la mira. Todos los chicos del grado estaban enamorados de Luciana, todos hacían lo que ella quería. “El único que no le hace caso es Nicolás”, piensa Paula. “Hasta ahora...”

Nico-Nicolás, hoy te vi mirando de reojo a Luciana, escribe Paula en su diario. Y ella se dio cuenta, tonto. Ahora yo sé lo que va a pasar. Te va a atrapar. Lucianaraña prepara su red.

Faltan tres días para el baile que organizaron los de séptimo; tres días para que Nicolás caiga rendido a sus pies. Había valido la pena hacerlo sufrir. Desde el lunes que la mira de reojo. Ella se dio cuenta enseguida. Como si quisiera hablarle y no se animara. Siempre la miró con timidez; al principio se entendía porque Nicolás era nuevo y no conocía a nadie. Pero después... y ahora... “Ahora lo hace a propósito”, piensa Luciana. “Se hace el interesante”. Entonces ella se puso un plazo para atraparlo y empezó a darle celos con Mariano, el mejor amigo de Nicolás; por eso él la mira de reojo. “Está celoso”, se repite Luciana. “Mejor, mucho mejor”. Según sus planes, todo debía seguir así hasta el baile del sábado. Esa noche, ella iba a bailar con él. Luciana y Nicolás. La chica más linda con el chico más lindo. Celos hasta el viernes. Sábado: noche de triunfo. Ella iba a llegar al baile más linda que nunca, se iba a acercar a él y lo iba a llevar a bailar. Y todos mirándolos con la boca abierta y muertos de envidia.

–¿Y, Paula? ¿Te decidiste?

–Sí, ma. La mini de jean con la remera rosa.

Paula se mira en el espejo grande, el que su madre tiene en el dormitorio. La mini le gusta, la remera también. Listo, así está bien. Pero...

–No sé qué hacer con el pelo, ma.

–Ya te dije, dejalo suelto. Suelto –remarcó la madre—. ¿Por qué no aprendés a disfrutar de tus rulos?

El baile se hace en el gimnasio de la escuela. Paula llega a las ocho en punto y sus compañeras ya la esperaban en la puerta. Están todas, menos una. Van directamente al gimnasio, el baile va a empezar. Paula busca a Nicolás con la mirada, pero no lo ve. ¿Llegaría con Luciana? ¿Se habrían puesto de acuerdo? Ella misma la escuchó cuando le contaba a Victoria que lo hacía sufrir a propósito, pero nada más que hasta el sábado, porque esa noche iba a bailar únicamente con él. Paula entendió por qué coqueteaba tanto con Mariano. Y Nico–Nicolás cayó como un tonto, por eso la miraba de reajo. Y esta noche van a bailar juntos y Lucianaraña va a ser la reina, como siempre. “Me gusta tu risa de campanitas”. Tonto, tonto.

La música estalla y desparrama alegría. Las chicas y los chicos bailan todos juntos, se ríen, saltan, golpean el piso, estiran los brazos. Paula y sus compañeras de sexto bailan acompañando la música con gritos y carcajadas. Ahora llega Luciana. Baja la escalera y todos la miran. Decir hermosa es poco. El pelo le brilla furioso, los ojos son más grandes. Baja la escalera buscando disimuladamente a Nicolás. Pero Nico no está. Entonces Luciana llega hasta el grupo de las chicas y las saluda con un beso y Paula huele un perfume exquisito. Luciana baila con ellas y cada tanto mira la escalera. Agita su pelo de un lado a otro, lo deja caer sobre la cara y después lo echa hacia atrás, siempre bailando y controlando la escalera.

Paula mira deslumbrada la cabellera de Luciana y piensa en la suya. ¿Qué habrá querido decir su madre con eso de disfrutar de los rulos? Ojalá pudiera disfrutar de un pelo como el de Luciana y no de esos tirabuzones que le llegan hasta los hombros y que por más que los estire con el peine, siempre terminan enroscándose como un resorte. “¿Por qué no aprendés a disfrutar de tus rulos?”, había dicho su madre, y ella se había sacado la

hebilla que los sujetaba en la nuca y los había dejado libres, libres y ahora se estaba arrepintiendo. Pero ya era tarde, no podía volver a recogerlos, no había llevado la hebilla.

De golpe subió el volumen de la música y el ritmo se hizo más loco; comenzaron los juegos de luces con cientos de puntitos luminosos destellando en las cabezas, en el techo, en las paredes. Todos bailaban y reían a carcajadas. Paula sentía que sus rulos subían y bajaban, sueltos, libres de la hebilla por primera vez y le causó gracia y se rio más y más. En eso, advirtió que Luciana había dejado de bailar; estaba apoyada en la pared, mirando fijamente hacia la escalera. Una lluvia de lucecitas caía sobre su pelo. Hilos de seda, su pelo. Tela de araña. Y ahí llegaba la presa, su presa. Lucianaraña había desplegado sus redes inmensas y lo aguardaba serena porque sabía que él iría directamente hacia ella. Paula siguió bailando, con sus rulos agitándose al compás de la música y se rio con más ganas. Nicolás se detuvo un instante al pie de la escalera y se quedó mirando. Lucianaraña aguardaba, inmóvil en el centro de su red. Nicolás caminó lento hacia el fondo del gimnasio, esquivando los manotazos de los chicos. Caminaba y sonreía. Se sentía feliz. La había visto, ahí estaba ella, más linda que nunca. Hoy las cosas iban a ser diferentes. Hoy se iba a animar y le iba a decir todo eso que tenía guardado desde hacía rato y no se animaba a decirle. Hoy, sí. Por eso, llegó hasta ella y le dijo:

–Tus rulos se parecen a tu risa. Son mil campanitas sonando todas juntas.

**Norma Huidobro** nació en Lanús, provincia de Buenos Aires. Es profesora en Letras, graduada en la Universidad de Buenos Aires. Ejerció en colegios secundarios para adultos y coordinó talleres literarios. En la actualidad, además de escribir, se dedica a la edición de libros infantiles y juveniles. Ha ganado varios premios literarios y ha publicado cuentos y novelas para niños, jóvenes y adultos, como *Octubre un crimen*, *El pan de la serpiente*, *La mujer del sombrero azul*, *La casa de la viuda* y *El lugar perdido*, entre otros.

## ELLA ABRE LA TARDE...

Claudia Masin

Ella abre la tarde  
la abre como si abriera un libro  
que contiene una historia  
poblada de duendes  
y con el mismo gozoso asombro se sumerge  
pronunciando un nombre  
un solo nombre  
todo el tiempo.

**Claudia Masin** nació en Resistencia, provincia del Chaco. Es escritora y psicoanalista. Vive desde 1990 en Buenos Aires, donde coordina talleres de escritura. Es docente de la carrera de Artes de la Escritura de la Universidad Nacional de las Artes. Publicó nueve libros de poesía, entre los que se destacan *La vista* (Premio Casa de América de España 2002), *Abrigo*, *La plenitud*, *El verano*, *La cura* y *Lo intacto* (Premio Fondo Nacional de las Artes Argentina 2017); dos antologías: *El secreto* (1997-2007) y *La materia sensible*, y sus poemas reunidos en *La desobediencia* (1997-2017).

## PUNTES

Elsa Bornemann

Yo dibujo puentes  
para que me encuentres.

Un puente de tela,  
con mis acuarelas...

Un puente colgante,  
con tiza brillante...

Puentes de madera,  
con lápiz de cera...

Puentes levadizos,  
plateados, cobrizos...

Puentes irrompibles,  
de piedra, invisibles...

Y tú... ¡Quién creyera!  
¡No los ves siquiera!

Hago cien, diez, uno...  
¡No cruzas ninguno!

Más... como te quiero...  
dibujo y espero.

¡Bellos, bellos puentes  
para que me encuentres!

**Elsa Bornemann** (1952-2013) fue una de las más relevantes escritoras argentinas para niños, jóvenes y adultos. Profesora en Letras (UBA), fue docente en todos los niveles, pero su gloria la alcanzó como narradora, poeta, guionista y traductora. Recibió innumerables premios por sus libros y su trayectoria, y fue la primera escritora argentina que integró, en 1976, la Lista de Honor de IBBY por su libro *Un elefante ocupa mucho espacio*. Escribió obras indispensables como *Tinke tinke*, *El cumpleaños de Lisandro*, *La edad del pavo*, *No somos irrompibles*, *Socorro*, *Lobo Rojo* y *Caperucita Feroz* y *El espejo distraído*.

# EL QUERIDO

Juan Carlos Moisés

Según el último censo  
nacional,  
mi pueblito, el querido,  
el natal, tiene más o menos la misma  
cantidad de habitantes  
que cuarenta años atrás;  
eso porque no contaron árboles,  
sueños, pajaritos, nubes, aguaceros,  
todo lo que respira  
y queda para siempre.

**Juan Carlos Moisés** es un poeta, narrador y dramaturgo patagónico muy reconocido. Nació en Sarmiento (Chubut) el 4 de agosto de 1954. Entre sus obras se destacan: *Animal Teórico* (2004), *Esta Boca es nuestra* (2009) y *El jugador de fútbol* (2015). También publicó un ensayo sobre poesía, *Una lucha desigual con las palabras* (2016), y los libros de cuentos *La velocidad de la infancia* (2010, 2018) y *Baile del artista renco* (2012). Es autor de varias obras de teatro, entre ellas: *Desesperando* (2008) y *Pintura viva, El tragaluz y La oscuridad* (2013).

## Mundo animal

---

# LA HORMIGA Y LA CIGARRA

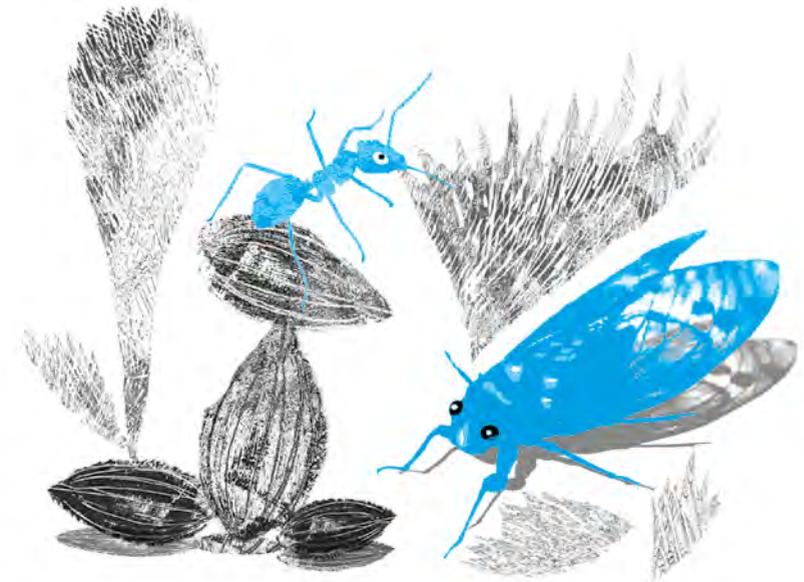
Esopo / Babrio

En el invierno una hormiga sacaba a airear de su hormiguero el grano que había amontonado durante el verano. Una cigarra hambrienta le suplicaba que le diese algo de comida para seguir viviendo.

–¿Qué hacías tú el verano pasado? –preguntó la hormiga.

–No estuve haraganeando –dijo la cigarra–, sino ocupada todo el tiempo en cantar. La hormiga sonrió, guardó el grano y dijo:

–Pues baila en invierno, ya que en verano estuviste ocupada cantando.



Aunque esta fábula se atribuye a **Esopo** (aprox. 600 a. C. Mesembria, actual Bulgaria–aprox. 564 a. C. Delfos, Grecia), la versión que reproducimos pertenece a **Valerius Babrio**, que vivió en Siria en el siglo I d. C. y versificó las fábulas de su antecesor (Barcelona, Gredos, 2006).

# ANDROCLES Y EL LEÓN

Esopo

Esto sucedió hace más de dos mil años. Androcles era un esclavo que, como todo esclavo, solo ansiaba escapar, porque su destino, como el de todos los esclavos, era terminar luchando a vida o muerte contra los leones, en presencia del emperador.

Y así, un día que tuvo la menor posibilidad, Androcles consiguió huir y corrió lo más veloz que pudo hasta hundirse en un bosque cercano. Allí primero bebió agua de un arroyo y descansó, y después se alimentó con frutos naturales y se largó a caminar. Y caminó y caminó sin rumbo fijo, hasta que llegó adonde yacía un enorme león, que inesperadamente y gimiendo, le suplicó:

–Por favor, te ruego que me ayudes porque tropecé con un espino y una púa se me enterró en la garra y me tiene desde hace horas sangrando y muy adolorido.

Androcles se acercó de lo más confiado, lo examinó y hábilmente extrajo la espina de la pata del león. Y enseguida, con paciencia y mucho cuidado, lavó y curó la herida.

El león, aliviado y agradecido, lo invitó a su cueva y compartió con él sus alimentos. Y así convivieron mientras los dos recuperaban fuerzas y salud.

Pero luego de algunos días, Androcles y el león fueron encontrados por los soldados del emperador, quienes los apresaron y llevaron ante el monarca. Androcles fue condenado a luchar contra los leones en el circo, tal como se hacía en aquellos tiempos.

Y así fue lanzado a la arena, donde debió enfrentarse con uno de los leones que habían soltado para cumplir con el ritual. El león, naturalmen-



te, empezó a rugir y a dar vueltas preparándose para el asalto a su víctima. Pero a medida que se acercaba a Androcles, primero dudó y de pronto lo reconoció y se lanzó sobre él, pero para lamerlo cariñosamente y jugar, hasta que lo tumbó y rodaron los dos por el piso, de lo más contentos por el reencuentro. Después, se instaló en su regazo a todo lo largo como hacen las mascotas más fieles. El emperador, asombradísimo, llamó a sus consejeros, quienes lo enteraron de todo. Y enseguida, conmovido, perdonó la vida al esclavo Androcles y mandó liberar al león en el bosque, su hábitat natural.

**Esopo** es considerado el padre de la fábula, aunque ellas tienen origen en recopilaciones populares de la Grecia antigua. En general, son relatos graciosos que muestran un conflicto entre animales que viven cada uno a su modo y se cierran con una evaluación del comportamiento elegido y muchas veces, con una enseñanza moral. Esta historia de *Androcles* es una versión libre de **Mempo Giardinelli**.

# EL PEQUEÑO CABALLO QUE COMÍA NUBES AL DESAYUNO

Triunfo Arciniegas

A este caballo le gustó brincar desde chiquito.

Nació con aquella afición en un campo de tréboles a finales de junio. Pronto dio un brinco tras otro, acercándose al horizonte. Su pobre madre dio un grito de asombro y nunca más lo vio.

Se perdió brincando aquel caballo blanco.

La lluvia y el viento lavaron y secaron su cuerpo, brillante como la lluvia, suave como el viento. Siempre fue pequeño. Tenía una manchita gris en la oreja izquierda.

Este inquieto caballo de ojos negros, que no creció mucho, saltaba piedras, cercas de alambre, árboles de todo tamaño. No se quedaba quieto ni para comer.

Al fin aprendió a saltar montañas, pequeños montes, colinas y al fin montañas respetables, hasta que alcanzó su dorada meta, el sueño de su vida: morder una nube.

El viento arrastró la nube mordisqueada. Parecía una muchacha con el vestido desgarrado. Como si la hubieran perseguido los perros.

Le gustó la nube, le gustó muchísimo, se saboreaba el pequeño caballo en la mesa del viento. Se quedó toda la tarde tendido en el prado, entre los tréboles y las margaritas, feliz y satisfecho, entre las libélulas que venían a zumbarle en las orejas porque eran sus amigas. Me comeré toda una nube, se dijo.

Y así fue: sus saltos mejoraron prodigiosamente. No había nube que se le escapara, por mucho viento que hiciera. Se hizo más saltarín y más

veloz que nadie, que nunca. Se acostumbró a desayunar con nube. Vivía pendiente, como el perro que espera el cartero detrás de un árbol para morderle el trasero.

Se volvió exigente: se lanzaba a la nube más bella, más luminosa, más difícil. Nunca fallaba.

Ahora lo difícil era caer, su cuerpo de libélula y algodón demoraba una eternidad en caer. Ciertamente los huesos se le llenaban de nube. Lograba mantenerse en el aire como un colibrí. Llegó el caso que saltaba en la mañana, temprano, y caía en la noche, en lo oscuro, a veces al otro día.

Pero no se daba cuenta: vivía extasiado, imaginando la próxima nube. Aquella parecía un pájaro, aquella una oveja asustada, aquella una flor. Y aquella, una estrella. Así vivía.

Le gustó dormir junto a la luna. Se ovillaba y se dormía, nadie se daba cuenta. No molestaba. Se volvió aún más blanco, luminoso, casi transparente. La mancha de la oreja se le borró.

Se hizo tan liviano que el viento lo arrastraba, que de pronto se le veía saltar de nube en nube, tan blanca y luminosa, mientras el viento lo arrastraba.

No se le volvió a ver.

Se volvió nube.

**Triunfo Arciniegas** nació en Málaga, Colombia. Es traductor, director de teatro infantil e ilustrador. Ha publicado obras de teatro, libros para niños, cuentos y novelas, entre otros *Caperucita roja* y otras historias perversas, *Los besos de María*, *La verdadera historia del gato con botas*, *El león que escribía cartas de amor*, *Letras robadas*, *La sirena de agua dulce*, *El último viaje de Lupita López* y *Mujeres muertas de amor*.

## GALLINAS

Rafael Urretabizkaya

Pensar que alguna vez volaron  
que fueron ellas las novias del cielo  
quién las viera ahora  
meta y meta todo el día rebuscando comida  
esclavas de su dieta apenas si recuerdan donde dormir.

Está muy claro,  
se han impuesto no descansar nunca  
tienen terror de recobrar la memoria.



**Rafael Urretabizkaya** nació en Dolores, provincia de Buenos Aires y vive en San Martín de los Andes, Neuquén. Es maestro rural y ha trabajado en comunidades rurales. Autor, entre otros, de los libros de poemas *Informe sobre aves y otras cosas que vuelan*, *Circo*, *Ñawpa Mini* y *Carlito el carnicero*; la novela *En la ruina* y la obra de títeres *Vairoleto, pechito libertario*.

## ESTRELLAS

Roberto Malatesta

Mi perro y yo miramos las estrellas  
y somos casi hermanos.  
Yo soy el que más sabe  
de los dos, las estrellas  
no notarán la diferencia.  
Desde esta posición  
quien pretende saber  
es como aquel que salta  
y por ello se cree cerca del cielo.  
Mi perro y yo miramos las estrellas,  
ninguno de los dos  
llegará más allá de sus narices.  
No obstante, qué bueno bajo el rocío,  
contemplar las estrellas es tan bello  
y simple, que mi perro y yo, hermanados,  
sabiendo casi nada  
lo comprendemos todo.

**Roberto Malatesta** nació en la ciudad de Santa Fe. Es contador público nacional y poeta. Obtuvo, entre otros, el tercer premio Poeta en Nueva York (1997) y el José Pedroni (obra inédita, 2009). Entre sus libros de poemas podemos mencionar *De las cosas blancas*, *La prueba de la soledad*, *Las vacas y otros poemas*, *Flores bajo la lluvia*, *No importa el frío*, *Cuadernos del no hacer nada* y *La nada que nos viste*.

## EL OTRO FIN

Marcelo Birmajer

Un chimpancé, para alertar a sus cachorros contra la avaricia, les contaba el cuento de La Gallina de los Huevos de Oro.

–Uno de los nuestros –contaba el viejo chimpancé a la luz de la luna–, poseía una gallina que daba huevos de oro. Todos los días la gallina depositaba en su mano un redondo y luminoso huevo de oro. Pero aquel chimpancé dueño de la gallina era avaro y ambicioso, y no pudiendo esperar por su huevo diario, despanzurró a la gallina, esperando encontrar en su interior un tesoro. ¿Y qué encontró? Nada. Las entrañas de una gallina común y corriente. Y la gallina así sacrificada ya no le dio huevos de oro ni huevo alguno. A eso nos lleva la avaricia y la ambición.

–Oh –dijo el mayor de sus cachorros–. Ofendes la inteligencia de nuestra especie. ¿Realmente crees que aquel chimpancé despanzurró a la gallina para encontrar un tesoro? ¿Cuánto oro puede haber en el interior de una gallina? No mucho. Ni siquiera tanto como el que ya había juntado diariamente y seguiría juntando. No. No la mató por ambición ni por avaricia. La mató por curiosidad. Quería saber qué extraño truco provocaba ese fenómeno, de dónde provenía la magia. Abrió la gallina para descubrir el misterio. ¿Y, para un cerebro inquieto, no vale la resolución de un enigma un huevo de oro diario?

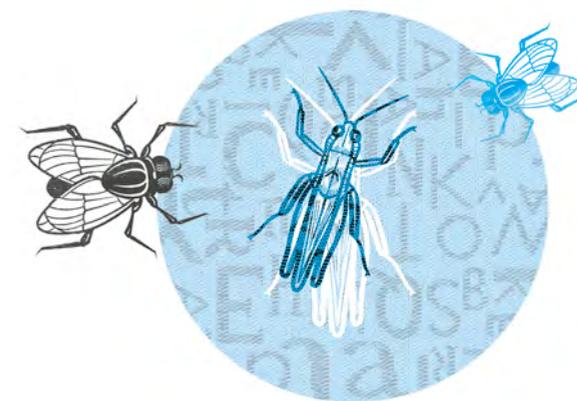
El viejo chimpancé calló, y permaneció en silencio el resto de la noche, escuchando a sus cachorros y quitándose los piojos. Desde esa noche, solo los humanos cuentan la vieja historia de la gallina de los huevos de oro.

**Marcelo Birmajer** es un escritor y guionista argentino, nacido en 1966. Sus obras abarcan distintos géneros, como el cuento, la novela, el ensayo y el guion. Ha recibido premios, menciones y becas, y entre sus obras más representativas pueden mencionarse *El alma al diablo*, *Los caballeros de la Rama*, *Hechizos de amor* y *Mitos y recuerdos*.

## LOS OJOS

David Lagmanovich

Estoy harta de sus críticas. Lo que más irrita a mis compañeros de excursión es la mirada que me atribuyen: murmuran que observo todo en derredor, que no dejo de percibir ningún movimiento de ellos, que no se me puede sorprender, que mi nerviosismo es extremo y que todo me entra por los ojos, esos ojos que ellos sienten como una amenaza que les impide toda intimidad. No los culpo: yo también, a veces, querría tener otros ojos. Pero todas las moscas somos así.



**David Lagmanovich** (Argentina, 1927–2010) fue escritor, crítico literario, investigador y docente en universidades de Argentina, Estados Unidos y Alemania. Uno de los mayores estudiosos del microrrelato, publicó, entre otros, *El microrrelato. Teoría e historia*, *La otra mirada. Antología del microrrelato hispánico*, y como narrador, *La hormiga escritora* y *Los cuatro elementos*.

# HAY OVEJAS Y OVEJAS

Rosabetty Muñoz

Las que comen de cualquier pastizal  
y duermen con una sonrisa de satisfacción  
en los potreros.

Las que caminan ciegamente  
por los caminos acostumbrados.

Las que beben despreocupadas  
en los arroyos.

Las que no trepan por pendientes peligrosas.

Esas van a dar lana abundante  
en las esquilas  
y serán sabrosas invitadas  
en las fiestas de fin de año.



Hay también  
las que tuercen las patas  
buscando campos de margaritas  
y se quedan horas y horas  
contemplando los barrancos.

Esas balan toda la gran noche de su vida  
encogidas de miedo.

Y hay, por fin,  
las malas ovejas descarriadas.

Para ellas y por ellas  
son las escondidas raíces  
y los mejores y más deliciosos pastos.



**Rosabetty Muñoz** es una poeta y docente chilena, en cuya escritura se aprecia el sincretismo entre el mundo católico y las creencias indígenas. Publicó, entre otros, *Canto de una oveja del rebaño*, *En lugar de morir*, *Hijos*, *Polvo de huesos*, *Sombras en El Rosselot*, *En nombre de ninguna*, *Técnicas para cegar a los peces* y *Ligia*. En el año 2000 recibió el Premio Pablo Neruda por el conjunto de su obra.

# EL ÁGUILA Y EL CUERVO

Alexander Pushkin

Una vez el águila le preguntó al cuervo:

–Dime, pájaro, ¿por qué vives trescientos años bajo la luz del sol, mientras que yo vivo solamente treinta y tres?

–Porque tú bebes sangre fresca –dijo el cuervo–, mientras que yo me alimento de carroña.

El águila reflexionó un instante.

–Entonces voy a probar eso yo también.

Tras esto, el águila y el cuervo emprendieron vuelo. Ya en el aire, divisaron un caballo hecho polvo, descendieron y se posaron sobre él.

El cuervo se pone a picotear y a comentar lo sabroso que le parece. El águila prueba un bocado, luego agita las alas y le dice al cuervo:

–No, camarada cuervo, antes que pasar trescientos años comiendo carroña prefiero emborracharme una sola vez con sangre fresca y, después, que sea lo que Dios quiera.

**Alexander Pushkin** (1799-1837) fue poeta, dramaturgo y novelista y se lo considera uno de los fundadores de la narrativa rusa moderna. Encuadrado en el movimiento romántico, su obra refleja la nueva sociedad que surgía en la Rusia de la primera mitad del siglo XIX. Su poesía y su prosa ejercieron una enorme influencia sobre varias generaciones de escritores rusos. *El prisionero del Cáucaso*, *Boris Godunov*, *La hija del capitán*, *Eugenio Oneguín*, *Los zíngaros*, y el poema *Cuento de la princesa muerta*, son algunas de sus obras.

## Universos extraños

---

# LOS ANTEOJOS

María José Ferrada

Los anteojos son dos círculos de vidrio que se ponen enfrente de los ojos. Las personas miran a través de ellos y ven las cosas diferentes.

Una gota de agua puede ser –mirada con anteojos y muy de cerca– un pequeño lago que tiene dentro un pez transparente.

Una montaña –mirada con anteojos y muy de lejos– puede ser un grano de arena de la playa que queda al final de las ciudades.

Las cosas se ven diferentes a través de esos círculos.

Por eso es bueno tener un par encima del arbusto que crece al lado de la cama (que mirado sin anteojos se ve como mesa de noche).

**María José Ferrada** nació y vive en Chile. Es licenciada en Comunicación Social, estudió Lingüística aplicada a la traducción en la Universidad de Santiago y realizó un máster en Estudios Asiáticos en la Universidad de Barcelona. Entre sus obras destacan *Un mundo raro* y *El baile diminuto*. Trabaja como periodista y es profesora del Instituto Chileno-Japonés de Cultura. Este poema pertenece a su libro *El lenguaje de las cosas*.

# ÚLTIMO PISO

Pablo De Santis

El hombre, cansado, sube al ascensor. Es una vieja jaula de hierro. El ascensorista viste un uniforme rojo. Aunque lo ha cuidado tanto como ha podido, se notan los remiendos, la tela gastada, el brillo perdido de los botones.

–Último piso –indica el pasajero. El ascensorista se había adelantado a sus palabras, y ya había hecho arrancar el ascensor.

–¿Cómo andan las cosas allá afuera? ¿Llueve? –pregunta el ascensorista.

El pasajero mira su impermeable, como si ya no le perteneciera del todo.

–Sí, llovió en algún momento del día.

–Extraño la lluvia.

–¿Hace mucho que trabaja aquí?

–Desde siempre.

–¿No es un trabajo aburrido?

–No tanto. Hablo con los pasajeros. Me cuentan sus vidas. Es como si viviera un poco yo también.

–El viaje es corto. No hay tiempo para hablar mucho.

–Con una frase, o una palabra, a veces basta. Otros se quedan callados, y también eso es suficiente para mí.

Los dos hombres guardan silencio por algunos segundos. Apenas se oye el zumbido del ascensor.

–Déjeme un recuerdo, si no es una impertinencia.

El hombre busca en los bolsillos. Encuentra un reloj al que se le ha roto la correa de cuero.

–Gracias. Lo conservaré, aunque no miro nunca la hora.

El pasajero siente alivio por haberse sacado el reloj de encima.



–Estamos por llegar –dice el ascensorista–. Ah, le aviso, el timbre no funciona. Verá una puerta grande, de bronce. Golpee hasta que le abran. No se desanime si tiene que esperar. Siempre terminan por abrir.

El ascensor deja atrás las últimas nubes y se detiene.

**Pablo De Santis** nació en Buenos Aires. Es licenciado en Letras, y ha trabajado como periodista y guionista de historietas. Escribió varias novelas para adolescentes, entre ellas: *Desde el ojo del pez*, *La sombra del dinosaurio*, *Enciclopedia en la hoguera*, *Páginas mezcladas*, *Lucas Lenz y el Museo del Universo*, *Lucas Lenz y la mano del emperador*, *Las plantas carnívoras* y *El inventor de juegos*.

# LA CURVA DEL DUENDE

Jorge Accame

El hombre viajaba desde la ciudad de San Salvador hacia Libertador. Había tomado un camino desierto que atraviesa el largo bosque de eucaliptos. Su auto era viejo y la rueda de auxilio estaba pinchada. Pensó que tendría que hacerla arreglar sin falta en la ciudad y se estremeció.

El sol estaba ocultándose, pero todavía algunos rayos se filtraban entre los troncos. El hombre apretó levemente el acelerador. Empezaba a sentir un poco de miedo. Se dio cuenta de que en pocos kilómetros más estaría llegando a la cuesta y se acordó de tres conocidos suyos que se habían desbarrancado en una curva. Palpó el bolsillo de su camisa; sacó el paquete de cigarrillos y se le cayeron unos cuantos. Consiguió recuperar algunos del piso. Buscó en el asiento, entre sus piernas y encontró los restantes. Se metió uno en la boca, lo mordió y miró el bosque. Ya casi había oscurecido por completo: solo se veían charcos de luz brumosa al pie de los árboles. El motor del auto tartamudeó avisándole que empezaba a subir la cuesta. El hombre puso la tercera, después estiró la mano hacia el tablero y buscó el encendedor. Prendió el cigarrillo. Al guardar el encendedor le pareció notar algo distinto a su costado. Miró el tablero, estiró el cuello para relajarse, observó la palanca de cambios y sus ojos bajaron. Del asiento contiguo colgaban dos pies.

Al hombre se le pararon los pelos de la cabeza por el terror. Había dos pies gorditos y pequeños, que apenas rozaban la alfombra de goma y se balanceaban alternados hacia adelante y hacia atrás. Estaban calzados en ojotas de cuero y medias de lana. Unos pantalones de barragán cubrían las piernas.

Recordó otra vez a los amigos que se habían accidentado y prefirió no contemplar a su acompañante. Trató de mantener la calma, clavando la mirada al frente, atento a no desbarrancarse. Ni él ni el duende dijeron nada. Pasaron la curva a mediana velocidad, sin contratiempos.



Al cabo de trescientos o cuatrocientos metros, el hombre echó una ojeada al asiento de al lado, como un rápido pellizco, y le pareció ver que los pies ya no estaban allí. Volvió la mirada y comprobó que no había nadie. Decidió estacionarse en la banquina para reponerse del susto. Los frenos chirriaron. El hombre quedó por unos instantes apoyado en el volante, jadeando. Luego prendió la luz interior; se dio vuelta, revisó el asiento de atrás. Otra vez el de adelante. Nada. Solo encontró al costado uno de los cigarrillos que se le habían caído antes. Estaba aplastado, como si alguien se hubiera sentado encima.

**Jorge Accame** es un escritor y dramaturgo argentino, reconocido tanto por sus obras de teatro como por sus cuentos y novelas para niños y jóvenes. Entre sus muchas obras: *Venecia, ¿Quién pidió un vaso de agua?*, *Ángeles y diablos*, y *Los meteoritos odiaban a los dinosaurios*.

# DON CHICO QUE VUELA

Eraclio Zepeda

Te paras al borde del abismo y ves al pueblo vecino, enfrente, en el cerro que se empina entre tus ojos, subiendo entre nubes bajas y neblinas altas: adivinas los ires y venires de su gente, sus oficios, sus destinos. Sabes que en la línea recta está muy cerca. Si caminaras al aire, en un puente de hamaca, suspendido entre los cerros, podrías llegar como el pensamiento, en un instante.

Y sin embargo el camino real, el camino verdadero, te desploma hasta los pies del cerro, bajando por vericuetos difíciles, entre barrancas y cascadas, entre piedras y caídas, hasta llegar al fondo de la quebrada donde corre espumeando el gran caudal del río que debes cruzar a fuerza, para iniciar el ascenso metro tras metro.

Muchas horas después llegas cansado, lleno de sudor y lodo y volteas la cabeza para ver tu propio pueblo a distancia, como antes viste la plaza en la que estás ahora.

Ahí es donde le das la razón a don Pacífico Muñoz, don Chico, quien no soporta estas distancias que tú has caminado y dice que ir a pie es inútil y a caballo tontería, que para estas tierras volar es indispensable.

Hace años que le escuchaste los primeros proyectos de vuelo y contravuelo. Fue cuando sentado, como tú ahora, al borde del abismo viendo al otro pueblo, dijo dándose un manotazo en las rodillas.

–Si no es tanto lo encogido de estas tierras sino lo arrugado. Montañas y montañas acrecentando las distancias. Si a este estado lo plancharan le ganábamos a Chihuahua... ¡Y ya vuelto llano a caminar más rápido! Pero así como estamos, solo vueltos pájaros para volar quisiéramos.

Y así fue como la locura del vuelo se le fue colocando entre oreja y oreja a don Chico, como un sombrero de ensueño.

Volar fue la única pasión que le impulsaba en el día, a otro día, a otros meses, para seguir viviendo un año y otro año más. Si no fuera por el ansia del vuelo habría muerto de tristeza desde hace mucho tiempo, como tú me comentaste el otro día.

Don Chico subía, tú lo viste muchas veces, al cerro más alto para contemplar las distantes montañas azules y perdidas entre el vaho que viene de la selva. Allí sentado en la piedra donde escribió su nombre, tú escuchaste muchas veces a don Chico:

–La tierra desde el aire está al alcance de la mano. Los caminos son más fáciles al vuelo. Qué cerca están los mercados y las plazas a ojo de pájaro. Los valles y los ríos y las cañadas y cañones, los campos sembrados, los ganados en potreros lejanos, las ciudades nuevas y las viejas construcciones perdidas en la selva y al fondo el mar.

Don Chico inventaba una prodigiosa geografía expuesta a los ojos en vuelo, ávidos ojos tratando de reconocer ranchos y rancherías, vados y ríos, caminos, pueblos, lagos y montañas vistas desde arriba, desde el sueño, desde el aire de un sueño.

Don Chico regresa al pueblo, con la boca seca, abrasada por la fiebre de la aventura que le espesa la lengua, le ves llegar a la plaza y tomar de la fuente agua con las manos, enjuagarse, refrescarse la cara y declarar muy serio:

–Señoras y señores, voy a volar...

Recordarás cómo todos subimos y bajamos la cabeza para decirle que sí, que cómo no, que claro don Chico que vuela, y por dentro sentiste la risa alborotando el pecho y la barriga y tú aguantándote.

Don Chico entró a su casa, cogió una gallina, la pesó minuciosamente, anotó la lectura de la báscula, midió la distancia que va de punta a punta de las alas, anotó eso también, acarició a la gallina y la regresó al corral.

Inventó un complicado cálculo para conocer la secreta relación existente entre el peso del animal y el tamaño de las alas que permite vencer la gravedad y levantar el vuelo.

Don Chico dudó un instante si era adecuado tomar una gallina para tal experimento. Una paloma de vuelo largo habría sido mejor. Pero en su corral no había palomas.

Habiendo encontrado la fórmula que explica la relación entre el peso de la gallina y el tamaño de sus alas, se pesó él mismo, anotó la lectura y, aplicando la fórmula descubierta, calculó el tamaño de las alas que habría de construirse para poder volar. Apuntó la cifra en su libreta, se frotó las manos y se fue al parque.

El problema era ahora el diseño de las alas. Pensó que el mejor material era el carrizo, ligero y fuerte. Se detuvo un momento para dibujar con un palito sobre la tierra el esquema de su estructura. Satisfecho lo borró con el pie izquierdo y grabado en la memoria lo llevó a su casa.

Para recubrir la estructura nada mejor que el tejido del petate, la dúctil alfombra de palma.

Una vez que hubo construido las alas, descubrió molesto que eran pesadas para sus fuerzas. Recordó la relación entre las alas y el peso de la gallina y no se atrevió a modificarla.

Se suscribió a una revista sueca donde aparecían lecciones de gimnasia y dedicó algunos años a esta dura disciplina. Satisfecho sintió cómo aumentaban sus bíceps, crecían sus tríceps, se endurecían sus músculos abdominales, se marcaban nítidamente los dorsales y una potencia sentía nacer don Chico desde el centro de su cuerpo.

En el año sexto de su experimento movía con destreza las alas. Con sus brazos aleteaba movimientos llenos de gracia, en un simulacro de vuelo, no de gallina torpe sino de agilísima paloma.

En el pueblo había un orgullo compartido. Don Chico prometió volar antes de las fiestas patrias y se le invitaba a los patios a simular el arte complejo del vuelo. Acudía siempre hasta que descubrió que tales convivios no eran nacidos de la admiración a su técnica sino tan solo el interés de producir ventarrones en el patio que barrieran de hojas y basura todo el poso.

Unos días antes de las fiestas patrias alguien levantó la cabeza. No se sabe si fue Ramón o Martín o Jesús el primero que lo vio. Lo que sí se sabe que al instante todo el pueblo levantó la cabeza y vimos a don Chico arriba del campanario con las alas puestas, iniciando cauteloso el aleteo que habría de conducirlo a la gloria. Detenía a veces el movimiento. Se mojaba con saliva el dedo y comprobaba la dirección del viento, abría de par en par las alas y descansaba la cabeza sobre el hombro, semejante a nuestro

viejo escudo nacional. De pronto reinició el aleteo, arresortó la pierna derecha contra el muro del campanario para tomar impulso, apuntó el pie izquierdo hacia “El porvenir”, que tal era el nombre de la cantina que está enfrente de la iglesia y se dispuso a iniciar la epopeya. Alguien le preguntó tocándole la punta del ala izquierda:

–¿Va usted a volar, don Chico?

–Seguro –respondió.

–¿Y... llegará lejos, don Chico?

–Lejísimo.

–¿Y de altura, don Chico?

–Altísimo.

–¿Al cielo llegará, don Chico?

–Al cielo mismo.

La cara de aquel que preguntaba se iluminó:

–Por vida suya, don Chico, llévele al cielo este queso a mi mamá, que se murió con el antojo.

Don Chico aceptó con ligereza el queso, buscando deshacerse del impertinente sin considerar el error que habría cometido. No se sabe si fue Ramón o Martín o Jesús, el primero que hizo el encargo al otro mundo. Lo que sí se sabe es que al instante todo el pueblo subió al campanario y don Chico siguió aceptando quesos y chorizos, dulces y aguardiente, tostadas y jamones para llevar al cielo.

Cuando don Chico resorteó la pierna derecha, siguiendo la dirección al porvenir, abrió el espectáculo grandioso de sus alas. El pueblo escuchó el estruendo de carrizos rompiéndose y petates rasgándose en el aire y quesos rodando por la calle.

Cuando el silencio volvió, alguien dijo:

–Lo mató el sobrepeso. Si no fuera por los encarguitos, don Chico vuela.

**Eraclio Zepeda** (1937–2015) nació en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México. Fue uno de los mayores narradores contemporáneos de su país. También poeta, periodista y dirigente político. Algunas de sus obras son *Benzulul*, *El tiempo y el agua*, *Asela*, *Trejito*, *Asalto nocturno*, *Horas de vuelo* y *Andando el tiempo*. De este último libro se ha tomado el texto que publicamos.

# EL CAMINANTE NOCTURNO

Nicolás Schuff

El 8 de mayo de 2018, en Argentina, Pedro Levi salió a caminar, como todas las noches desde hacía años. Pero esa vez le ocurrió algo que nunca le había pasado: lo detuvo la policía. Querían saber qué hacía y adónde iba. Él dijo que no iba a ningún lado, solo caminaba. Ellos dijeron que nadie caminaba de noche porque sí. Él dijo que caminaba de noche para no tener miedo de caminar de noche. Que lo hacía porque tenía piernas y porque era gratis. Que caminar lo ayudaba a pensar y a no pensar. Que no le servía para nada y que eso le resultaba muy útil. Los policías lo tomaron por un viejo loco y lo dejaron seguir.

**Nicolás Schuff** nació y vive en Buenos Aires, donde coordina talleres de escritura para chicos y chicas. Algunos de sus libros fueron traducidos al inglés, al griego y al ruso y, entre otros títulos, publicó *El pájaro bigote*, *Los equilibristas*, *Así queda demostrado*, *Mis tíos gigantes* y *Las interrupciones*. Este texto pertenece al libro objeto *Efemérides secretas*.

# MOCHO Y EL ESPANTAPÁJAROS

Álvaro Yunque

–¿Me querés acompañar a la chacra de mi tía? –dice Tula –. Mamá me manda llevarle esta torta. Yo tengo miedo al espantapájaros que hay a la salida del pueblo.

–¡Puf! –hace Mocho, y se yergue, satisfecho de que Tula, ¡tan limpia, tan suave, tan modosa!, le haga este pedido, confíe en su valor y en su fuerza, apoye en él su debilidad femenina.

–¿Me acompañás? –insiste ella.

–¡Vamos!

Comienzan a andar uno al lado del otro. Son de la misma edad, diez años, pero Mocho es bastante más alto, y parece de más edad con su corpachón vigoroso de muchacho crecido al sol y al aire libre, con su cabeza de pelos enmarañados, negros y duros, con su cara morena y como amasada a golpes. No en vano la delicada y dulce Tula busca su apoyo. El muchacho exhibe fortaleza y coraje, ¡vaya!, ¿no lo ha visto ella misma enredarse a puñetazos con chicos mayores o correr a pedradas a perros grandes?

Caminan y conversan. Él:

–¿Por qué le tenés miedo al espantapájaros? No es nada más que un espantapájaros. Y vos no sos un pájaro. ¿O te creés que sos un gorrión?

–Ya sé que no soy un gorrión, pero abuela dice que de noche el espantapájaros se pone a caminar, y yo pienso que si vuelvo tarde, sola, y me encuentro el espantapájaros por el camino... ¡Ay! Con solo pensarlo, mirá, se me pone carne de gallina, me enfrió. Tocá.

Mocho no se lo hace repetir. Toca la piel aterciopelada del brazo de su amiga, y habla. Habla seguro de sí:

–¡Son macanas eso que dice tu abuela! Yo he pasado de noche por el camino y el espantapájaros estaba allí como si fuese de día.

–¿Habrás pasado una noche de luna?



–He pasado en noches de luna y en noches de tormenta. El espantapájaros no se mueve de su sitio.

–¿Noches de tormenta? ¡Qué valiente!

Mocho sonrío, gozoso. Tula cree lo que él afirma. Y dice:

–¡Para eso soy hombre! Los hombres somos valientes.

Continúan andando. De vez en vez, ella lo mira de reojo. Y vuelve a hablar:

–Yendo a tu lado no tengo miedo de pasar por allí frente al espantapájaros.

Él calla. Una ola de satisfacción le sube desde el pecho al rostro y se lo colorea. Saber que esta muchacha tan linda, tan suave, tan graciosa, confía en él, le da mayor seguridad todavía. Calla, mete las manos en los bolsillos, pisa más fuerte.

Ella insiste:

–¿Y si saliera el espantapájaros a atajarnos en el camino?

–¡Bah! –hace él y se encoge de hombros, despreciativo: no toma en cuenta una suposición tan descabellada.

–Sí, ya sé que no saldrá, al fin ahora es de día. Pero... ¿si saliera?...

–¡Lo rompo todo! ¡No le dejo una hilacha! –afirma él, y continúa andando. Lo dice con tanta firmeza que Tula sonrío, contagiada de la seguridad de su amigo.

–¿Qué torta llevás allí? –pregunta él, y las pupilas le relucen de gula.

–Una torta de dulce de membrillo para mi tía, la de la chacra. Hoy es su cumpleaños.

–A ver, dejame tomar el olor... ¡Ah, qué rica ha de ser!

–Sí, es rica. Yo te daría un pedazo, pero... si mamá sabe...

–¿Y cómo puede saberlo?

–Muy fácil: que mi tía, mañana, cuando la vea, le diga: a tu torta le faltaba un pedazo.

–Es cierto.

–Mamá hizo otra torta para nosotros. Esta noche, cuando me den mi pedazo, en el postre de la comida, no lo comeré. Te lo guardaré para vos.

–Guardame la mitad –concede él, un poco caballero.

–No, te lo guardaré todo.

–No, la mitad.

–Bueno, la mitad –accede la chica, y agrega –: También le puedo pedir a mamá un pedazo para vos. Le puedo decir que me acompañaste. ¿Qué te parece?

–Me parece mejor. Así con tu medio pedazo y mi pedazo, yo me como un pedazo y medio.

Tula no responde, aunque en verdad, Mocho no ha interpretado su pensamiento. Ella pensaba que pidiendo para él, este se conformaría con su pedazo. En fin... Doblan el camino.

–¡Allí está! –exclama ella, se toma de la mano de Mocho, aminora el paso.

–¿Y qué? –dice él, despectivamente–. ¡Vas conmigo!

Llegan delante del espantapájaros. Un sombrero de paja medio caído y, sobre la cruz de palo de sus hombros, colgantes harapos de lo que fuera un saco de hombre. Mocho lo enfrenta, burlón y valiente:

–¡Hola, espantapájaros! ¿Qué decís? ¿Cómo te va?

Recoge unas piedras y le tira. Acierta con una y le bambolea el sombrero. No se conforma con esa demostración de valentía. No oyendo a Tula que le balbucea:

– ¡No, Mocho, no hagas eso! Mirá que de noche se puede vengar... ¡No, Mocho!...

El muchacho, de un brinco, salta el alambrado, se acerca al espantapájaros y le quita el sombrero. Ríe a carcajadas. Se topa con él y continúa andando, regocijado de su hazaña cuanto del temor con que su trémula compañera, pálida y temblorosa, lo sigue.

Mocho se da vuelta y, saludando, grita:

– ¡Chau, espantapájaros! ¡Tanto gusto de saludarlo con su sombrero, señor espantapájaros! – Y le tira el sombrero que cae entre los trigos de su custodia. A la vuelta, después de haber dejado el obsequio en manos de la tía, más satisfechos, porque esta los ha invitado con masas y sándwiches, Mocho vuelve a enfrentarse con el espantapájaros:

– ¡Adiós, che! Te has quedado sin cabeza. Te voy a poner el sombrero.

Vuelve a saltar el alambrado, recoge el sombrero y lo hunde en el palo que sirve de cuello al espantapájaros. Antes de doblar el camino, se vuelve para burlarlo:

– ¡Adiós, espantapájaros! ¡Seguí asustando a gorriones, que a mí no me asustás!

– ¡Pero a mí me asusta! – agrega la chica, y se toma de su mano. Llegan a las casas del pueblo.

– Hasta mañana, Mocho valiente.

– Hasta mañana, y ya sabés...

– ¿Qué, Mocho?

– ¿Te olvidaste lo del pedazo y medio de torta?... ¡Me quedé con unas ganas de probarla!

Por la noche, una noche sin luna, con oscuros nubarrones que rezonan truenos, Mocho sale al camino. Va a buscar al espantapájaros. Va a probarle que, si de día no le tuvo miedo, de noche tampoco se lo tiene. ¡Y eso que no es noche de luna! Se burlará de él, le quitará el sombrero de paja, le desgarrará el saco. Porque el espantapájaros estará allí, en el sitio de siempre, inmóvil e inofensivo, solo sirviendo para asustar a tontos gorriones o débiles niñas como Tula... Pero ¿qué? ¿Quién viene allí por el camino? ¿Es el espantapájaros? ¡No puede ser! ¡Y es el espantapájaros, sí! Lentamente, con sus harapos al viento, con su sombrero de paja agita-

do, allí viene, por el camino, y en dirección contraria a la suya. Mocho se detiene, sorprendido y temeroso. Siente que un frío de hielo le paraliza las piernas, que la piel se le eriza, que los cabellos se le ponen de punta. Intenta gritar, y no puede. La voz se le corta.

¿Pero entonces era verdad lo que decía la abuela de Tula? ¿Es verdad que el espantapájaros sale de noche a andar por los caminos? ¡No puede ser! ¿Cómo creer en tal cosa? Y sin embargo, allí está, en el camino, andando como un hombre y dirigiéndose hacia él, quizás dispuesto a vengarse de sus burlas y de sus pedradas. Ya se acerca, se acerca... Mocho no resiste más. Da vuelta y, temblando de miedo, echa a correr. Pero corre torpemente, sus piernas temblorosas han perdido el vigor y la agilidad habituales. Y oye detrás suyo los pasos del espantapájaros que lo persigue. Los oye más cerca, ¡más cerca todavía!, ya parece que lo tiene junto a él, no puede más...

Pide auxilio. ¿A quién pedirlo sino a la madre? Intenta dar un salto, y grita:

– ¡Mamá, mamá! – Siente que ha caído. Porque Mocho acaba de rodar de la cama donde estaba soñando. Se hace la luz. A su lado está la madre, afligida:

– ¿Qué te pasa, querido?

Mocho la mira con ojos espantados. Va a decirle que el espantapájaros lo corría, pero calla. ¿Cómo decir tal cosa? Calla y se aprieta contra su pecho, sollozante. La madre lo consuela y acaricia:

– Estabas soñando. Una pesadilla, seguramente. Eso te pasa por comer mucho y a cada rato. No es nada. Acostate, querido. Yo te acompañaré.

Lo tiende en la cama, lo arropa. Y se instala a su lado. Mocho se siente seguro, cierra los ojos, se duerme. Pero a la mañana siguiente, día de sol radiante y magnífico, pasando por delante del espantapájaros inmóvil, sigue derecho, lo contempla de reojo. No se le ocurre burlarlo ni tirarle piedras.

**Álvaro Yunque** (1889-1982) fue el seudónimo del escritor argentino Arístides Gandolfi Herrero. Nació y vivió en Buenos Aires y se distinguió por la sensibilidad para captar el espíritu popular y sus costumbres. Como poeta, trató preferentemente el tema de los valores ciudadanos y como cuentista gustaba de los textos breves, la paradoja, la fábula y la ética pública. Fue uno de los intelectuales más populares de la Argentina de hace algunas décadas. Algunas de sus obras: *Versos de la calle*, *Poemas gringos*, *Los animales hablan* y *Barcos de papel*.

# EL RECOLECTOR DE LO QUE SOBRA

Luciano Saracino

Camina la calle a esa hora en que nadie las camina, y las verás.

En cada luz encendida, hay algo que sobra. Algo que no debería estar ahí. Algo que ensordece de silencio.

Él lo sabe, y por eso recorre. No podrías verlo ni aunque pasara a través tuyo, pero aun así recorre.

No tiene nombre. No tiene un lugar al que ir una vez que el sol nace. Casi como si existiera tan solo durante ese par de horas en que nadie camina las calles de ninguna ciudad.

Usa un sombrero altísimo que tampoco nunca nadie llegó a ver y que tiene un nombre que ya era un nombre antiguo cuando alguien lo escribió por única vez, en Sumeria. Guarda en el interior de aquel sombrero las cosas que sobran. Las que no deberían estar. Las que ensordecen de silencio.

Ruega porque pase por tu calle, si te sobra algo esta noche. Deja tu ventana encendida para que te vea de lejos.

Y agradece si se lleva lo que tiene que llevarse.

Aunque nunca lo veas.

Aunque nunca sepas adónde va ni qué hará con eso que se lleva cuando el sol despeina las antenas y sientas que ya nada te sobra y te puedas volver a dormir.

**Luciano Saracino** nació en la Ciudad de Buenos Aires. Es guionista, escritor y docente. Autor de libros infantiles, novelas, historietas, novelas gráficas y ensayos sobre cine. Llevó a la televisión la vida de Héctor Germán Oesterheld en la serie *Germán, últimas viñetas*.

# LA CONQUISTA

Fernando Kosiak

La planta carnívora siente placer milésimas de segundo antes de cerrar sus fauces sobre la mosca. La hiena se regodea al atacar el animal herido. El extraterrestre no duda en conquistar nuestro planeta.

Cuando los aliens llegaron en sus cientos de naves espaciales, plateadas y cuadradas, los humanos los esperábamos.

Desde que la gran baldosa se había detenido sobre la Casa Blanca dos meses atrás, sabíamos que nada bueno se podía esperar. No hubo intentos de comunicación por parte de los extranjeros, aunque de parte de nosotros se intentó todo lo posible: desde mensajes, a través de todo tipo de tecnología, hasta pequeños disparos de gente que no sabía cómo reaccionar, se enviaron a la nave. Nada. Pronto las plantas y el césped que rodeaban el edificio comenzaron a morir a causa de la sombra de la nave. El presidente había sido evacuado por túneles subterráneos, con demasiada urgencia, segundos después de la detención de la nave. Por dos meses no se movieron. No sabíamos, siquiera, si la nave estaba tripulada.

A los dos meses los informes televisivos que hacían una monótona revisión de las pasadas semanas se vieron interrumpidos por móviles que transmitían en vivo cómo las naves espaciales llegaban a Washington.

Quizás alguien me pueda explicar, algún día, por qué los alienígenas tienen esa fascinación con la Casa Blanca. En las películas sobre extraterrestres no hay uno que no se detenga sobre ese edificio. Parecen turistas. La premisa oculta sería: “Señor alien, si quiere dominar nuestro planeta no se olvide que tiene que situar su nave sobre la White House y, si puede, destruirla. Si el barrio no le gusta pruebe con la Torre Eiffel”. En las novelas de Wells, en cambio, los vecinos planetarios llegaban a Inglaterra, y si uno viajaba en el tiempo lo hacía sin salir de Londres. En fin.

Llegaron más naves. No hacía falta que las escondieran o que las camuflaran. Minutos más tarde hablaron por primera vez: “No venimos por paz, sino por conquistas”. Simple. Cortito y al pie. Después de dos meses se despacharon con el mensaje (aunque en el fondo nosotros ya lo sabíamos): no podíamos esperar nada bueno. El mensaje no soportaba malas traducciones, no tenía dobles sentidos ni se lo podía interpretar erróneamente. Acto seguido (finalmente) hicieron volar la Casa Blanca, que desde hacía dos meses había sido evacuada porque trabajar ahí era un riesgo y porque el presidente fue mandando agentes especiales, por los mismos túneles por los que lo habían evacuado, a sacar del edificio las cosas de valor. La histeria colectiva comenzó y la gente corría desahogada por las calles, aunque las naves estaban perfectamente quietas.

Al día siguiente se movían entre nosotros. Sin ser feos, incomodaban. Subías al colectivo para ir al trabajo y los tenías sentados ahí, en el asiento reservado para las embarazadas o para las viejas. En los ómnibus duraron poco porque los molestaban los ruidos de los frenos, los chirridos del aparato donde los pasajeros insertaban sus tarjetas o la cumbia que alguien, del compacto grupo del fondo (nos sentábamos lo más lejos posible de estas criaturas), reproducía con su celular.

Comenzaron a manejar autos y fueron el centro de cualquier embotellamiento.

De más está decir que, después de la destrucción de la casa de gobierno yanqui, les lanzaron a las naves una serie de misiles y bombas. Obvio que no les pasó nada. Les disparaban cuando iban manejando sus coches y ellos ni se mosqueaban. Les acercaban gente con todas las enfermedades posibles (habían leído a Wells o al menos habían visto la película con Tom Cruise) y nada los afectaba.

Después de un mes desde la llegada de las demás naves que formaban como una especie de gran cielo embaldosado, comenzó la conquista. Los grandes cuadrados plateados partieron desde Washington (no se habían movido desde su arribo) a distintas ciudades del mundo (las mismas de siempre: Tokio, París, El Cairo, Río de Janeiro) y desde allí comenzaron su ataque. Hay que reconocerles que fueron originales. Seguro que cualquier otro invasor nos disparaba rayos de fuego, nos contaminaba el agua

o nos fumigaba el aire. Ellos no, ellos eligieron la tierra. Las transmisiones televisivas solo pudieron mostrar el inicio de la ofensiva porque después se pudrió todo. Si hay algo que hay que rescatar de los europeos, cuando conquistaron América, es que, más allá de que nos saquearon íntegros, no se zarparon tanto como estos muchachitos.

Convirtieron, en un parpadear, a toda la tierra del mundo en agua, al mismo tiempo y al unísono inequívoco. Los edificios se fueron a pique. Los animales nadaron un rato, pero al final el cansancio les ganó y las aguas se los tragaron. Muchos humanos murieron, pero los que teníamos a mano una ayuda para flotar nos aferramos a cualquier cosa. A mí me salvó una biblioteca que casi se hundió por el peso de los libros. Arrojé los volúmenes al agua y ocupé el espacio vacío. Usando un diccionario como remo comencé a pasear entre las aguas pobladas de árboles que flotaban a medias, cargados de pájaros que descansaban entre sus vuelos desorientados. Cuando veía algo para comer juntaba y guardaba. El problema, aunque irónico, era que no había agua para beber. De donde antes había estado el supermercado, pude rescatar unos paquetes de galletitas y dos botellas de Coca Cola que apenas asomaban el cuello. Mucha gente pasaba remando sobre muebles, puertas e, incluso, sobre pequeñas embarcaciones. Dos días después me rescató un yate cargado de personas que hablaban diferentes idiomas. De las naves extraterrestres no tuvimos noticias hasta una semana después. Vimos pasar una volando sobre nuestro barco y horas más tarde sucedió la última etapa de su plan maquiavélico (aunque seguro ellos tenían otro adjetivo no tan terrícol).

El color blanco avanzaba hacia nosotros desde el horizonte. El yate se detuvo. El agua se cristalizó. El blanco siguió avanzando más allá del yate, hacia nuevos horizontes. El mundo ahora se congeló. Quizás escribo como un escape al aburrimiento del encierro. No me gusta lo que dijo un gallego, hoy, en el salón de fiestas: “La tierra es ahora un gran frízer”.

**Fernando Kosiak** nació en Libertador San Martín, Entre Ríos, y vive en Paraná, donde trabaja como docente, periodista, fotógrafo y editor. Publicó los libros de cuentos *Soy tu monstruo*, *Sentido raro*, *Tuit*, *El crimen es una fiesta*, así como libros de poesía y la obra teatral *La bondad de los extraños*, ganadora del Premio Fray Mocho 2016.

# MAGIA

Alejandro Dolina

El mago Rizzuto no conocía ningún truco. Su número era bien sencillo: golpeaba su galera con una varita azul y luego esperaba que apareciera una paloma.

Naturalmente, la total ausencia de dobles fondos, de mangas hospitalarias y de juegos de manos conducía siempre al mismo resultado desalentador. La paloma no aparecía.

Rizzuto solía presentarse en teatros humildes y en festivales de barrio, de donde casi siempre lo echaban a patadas.

La verdad es que el hombre creía en la magia, en la verdadera magia. Y en cada actuación, en cada golpe de su varita azul estaba la fervorosa esperanza de un milagro. Él no se contentaba con las técnicas del engaño. Quería que su paloma apareciera redondamente.

Durante largo tiempo lo acompañaron la desilusión y los silbidos. Otro cualquiera hubiera abandonado la lucha. Pero Rizzuto confiaba.

Una noche se presentó en el club Fénix. Otros magos lo habían precedido. Cuando le llegó el turno, dio su clásico golpe con la varita azul. Y desde el fondo de la galera salió una paloma, una paloma blanca que voló hacia una ventana y se perdió en la noche.

Apenas si lo aplaudieron.

Las muchedumbres prefieren un arte hecho de trampas aparatosas a los milagros puros.

Rizzuto no volvió a los escenarios. Tal vez siga haciendo aparecer palomas en forma particular.



**Alejandro Dolina** nació en Morse, provincia de Buenos Aires. Es escritor, músico, actor y conductor de radio y televisión. Es una figura cultural ampliamente reconocida dentro y fuera del país, por sus obras literarias y su clásico programa radial *La venganza será terrible*. Algunos de sus libros más populares: *Crónicas del ángel gris*; *Bar del Infierno* y *El libro del fantasma*, de donde se tomó este cuento.

# UN DECRETO INCOMPRENDIDO

Liliana Bodoc

**Les aseguro, damas y caballeros, que el cumplimiento de MI DECRETO conseguirá que los habitantes de este pueblo retornen el camino de la virtud y la buena conducta. Cúmplase hoy, mañana y siempre.**

Un fervoroso aplauso, que arrancó en el “Cúmplase” y terminó varios minutos después, emocionó visiblemente al orador. Se trataba del señor Severo Cuasimorto. Hombre flaquísimo y altísimo, verdoso y anguloso, que estrenaba, con un muy singular decreto, su recién adquirido cargo de “Custodio de la Perfección”.

En realidad, el mencionado cargo no existía antes de que Severo Cuasimorto lo asumiera ni sobrevivió cuando lo abandonó. Cuasimorto y su cargo fueron una sola cosa, un cuerpo y su espíritu.

La primera y única tarea del señor Cuasimorto era eliminar los errores de los ciudadanos, castigar las equivocaciones, ¡y aniquilar la vergonzosa imperfección!

Tras pasar días y noches en su despacho, sorbiendo café amargo y comiendo galletas de limón, Severo Cuasimorto emergió triunfante. Sostenía, adelante y arriba, un papel escrito de su puño y letra. El decreto que maquinó en largas horas de inspiración era definitivamente ingenioso. Y puso pálido a un pueblo entero.

**Toda vez que un habitante, de cualquier edad, sexo u oficio, cometa un error, desacierto o burrada, inexactitud o traspie, tropezón o caída, con intención o sin ella, recibirá un OBJETO en su domicilio antes de cumplirse las veinticuatro horas...**

OBJETO fue la palabra que eligió Severo Cuasimorto para su decreto y esto, en efecto, era lo que recibían los culpables. Esféricos o cúbicos, huecos o macizos, claros, oscuros, pesados o livianos, porosos, transparentes, pequeños o enormes.

La relación que existía entre la forma del objeto y el error cometido fue una cosa que Severo se llevó consigo a la tumba.

En cambio expresó, a toda voz, las ventajas del escarmiento:

- 1. Toda vez que uno de nuestros OBJETOS ALECCIONADORES sea llevado a un domicilio, será visto por todos los vecinos y esto, sin duda alguna, acarreará vergüenza al imperfecto en cuestión.**
- 2. Los OBJETOS, obligatoriamente colocados en un sitio visible de la casa, serán recuerdos constantes de los errores cometidos que aportarán la necesaria cuota de arrepentimiento al citado imperfecto.**

¡Todos fueron problemas!

Los buenos vecinos pelearon entre sí. La gente andaba cabizbaja y arisca. Caras demacradas, mesas sin apetito y noches con pesadillas. Lo peor de todo fue que entre tanto desaliento y tanta vergüenza, los errores se hicieron más frecuentes.

Los OBJETOS de Cuasimorto llegaron a la casa del niño que se equivocó en la tabla del nueve; a lo de la muchacha que dijo una mentira; a lo del empleado que se quedó dormido y llegó tarde al trabajo.

Y bien, cierto día un anónimo señor quiso transportar una bolsa con garbanzos. De pronto la bolsa se rompió y los granos empezaron a dispararse por todas partes. El señor miró ansiosamente a su alrededor, lo primero que vio fue un error grande y hueco. Sin pensarlo dos veces, vació allí dentro la bolsa de garbanzos y quedó muy satisfecho.

En susurros se lo contó a su esposa, esta a su hija, la hija a su marido y el marido al cadete de la farmacia. De este modo, en poco tiempo, todo el mundo comenzó a verles a sus errores el lado útil.

Uno se atrevió a pintarlos como adornos navideños.

¡Peor aún! La gente se prestaba errores.

–¿Tendrías un error que pueda servirme para colgar sombreros?

–Préstame ese error para atizar el fuego.

El escándalo llegó a rebelión cuando los vecinos juntaron todos los errores y construyeron juegos para los niños en la plaza del pueblo.

Severo Cuasimorto trató de controlar la rebelión, pero cuando comprendió que era imposible, desconsolado y herido, decidió partir de allí sin dejar huellas.

Lo hizo una mañana muy temprano. Llevaba solo una pequeña maleta donde guardaba el decreto y algunas galletas de limón. En la mano libre, llevaba una madera larga y angosta.

Un ciudadano madrugador lo vio irse.

–Adiós, Cuasimorto. ¿Qué es esa enorme madera que llevas contigo?

–El único error que cometí en mi vida.

– ¿Y cuál fue ese error, Severo Cuasimorto?

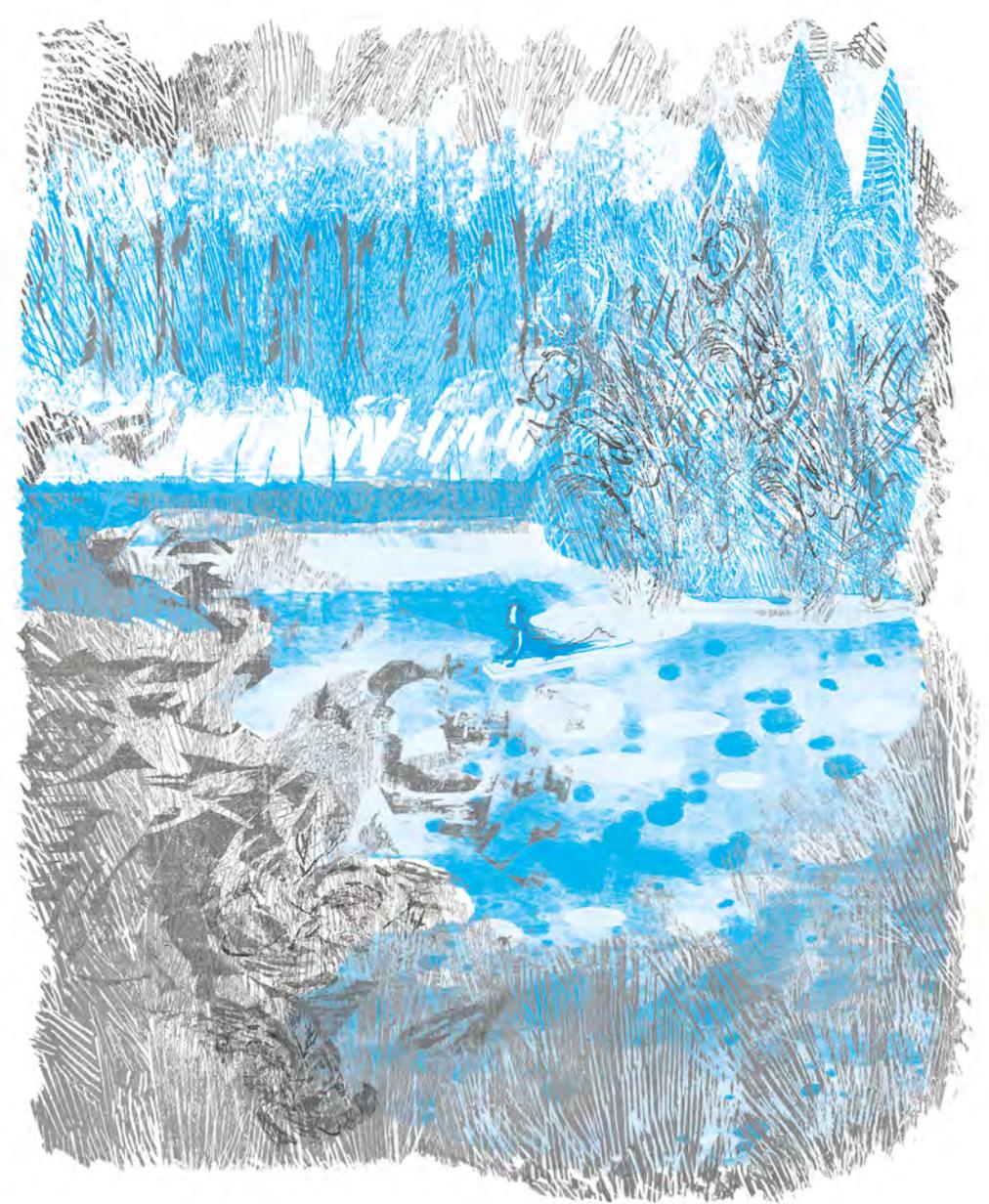
–Confiar en este pueblo de imperfectos incurables.

Unas horas después, Severo Cuasimorto salía del bosque que rodeaba al pueblo cuando encontró que el río estaba desbordado. El puentecillo que comunicaba las dos orillas estaba cubierto, impidiendo el paso de los que querían llegar o, como en su caso, querían irse muy lejos.

Pasaban las horas, y Cuasimorto, altísimo y flaquísimo, verdoso y anguloso, empezaba a tener frío, hambre. Y hasta un poco de miedo, porque el bosque no se parecía en nada a su oficina cuadrada y oscura. Cuasimorto miró una y otra vez el Objeto Aleccionador que se había enviado a sí mismo hasta que al fin se decidió. ¡Digamos lo que es cierto...! Le tomó mucho tiempo decidirse, pero al fin lo hizo.

Tomó la tabla, se tendió sobre ella boca abajo y, ayudándose con los brazos, atravesó el río hasta la otra orilla.

Le gustara o no, el señor Severo Cuasimorto tuvo que aceptar que gracias a su error, más un poco de imaginación, más la ropa empapada, pudo seguir avanzando en el camino.



**Liliana Bodoc** nació en Santa Fe en 1958, vivió en Mendoza desde los cinco años y falleció en 2018. Cursó la licenciatura en Literatura Moderna en la Universidad Nacional de Cuyo, y ejerció la docencia. Su primera novela, *Los días del Venado* (2000) obtuvo una impresionante variedad de distinciones, entre ellas integrar la Lista de Honor del Premio Andersen 2000. Desde entonces su prestigio literario no dejó de crecer.

# LA FRAZADA ASESINA

Pablo Giordano

Detrás de la puerta de la habitación, la frazada esperó agazapada como un arquero a punto de atajar un penal. Cuando lo vio entrar, atacó. A los nueve años Fede no peleaba bien. La frazada lo envolvió y lo revolcó por el piso. Como la asfixia es el método de las frazadas para matar, Fede intentó mantener la nariz afuera de la colcha. Logró zafarse y la frazada quedó abollada en un rincón, como si nunca hubiese cobrado vida. Él no pudo ni gritar del miedo. Su mamá no le creyó cuando corrió a contarle.

–Fue tu imaginación –le dijo su papá–. A veces el cerebro nos confunde porque no piensa bien cuando le faltan vitaminas.

A la semana, en el baño de un parque de diversiones, la frazada sorprendió a Fede por atrás, lo envolvió sin importar que estuviera haciendo pis, y lo tumbó al piso frío. Intentó asfixiarlo de nuevo. Él apenas respiraba. No pudo desenrollarla de su cuello. Caminó hasta el inodoro con la colcha colgada, la enterró con una sopapa y tiró la cadena. Jamás supo cómo la frazada llegó hasta el parque. No les contó a sus padres esta vez, sintió que se volvía loco y se imaginó encerrado en un manicomio.

No pasó un año cuando la vio venir por la esquina. Él llevaba las bolsas de las compras y se paralizó. La frazada pasó a su lado y lo miró como si nada. Fede agarró un fierro de una obra en construcción, por las dudas volviera. La frazada tenía algunas manchas, quizá de cuando anduvo por las alcantarillas, pero no lo atacó, se notaba que andaba preocupada con otras cosas.

Ese verano, en un ascenso lento de la montaña rusa, Fede llegó a lo más alto y la vio detrás de unos árboles cercanos. La frazada lo amenazó con un gesto. Se veía muy pequeña desde tan alto, pero sintió miedo igual. Cuando terminó la vuelta y se bajó no dijo nada, temblaba. Esa tarde no se quedó solo ni un rato.

Cuando volvió de las vacaciones, la frazada lo atacó a la salida del primer día de clases, en la esquina. En el piso parecían un gusano electrocutado. En el revoltijo, Fede abrió la cartuchera y con la tijera le hizo varios tajos. La manta se levantó y corrió como pudo, o eso le pareció ver antes de desmayarse. Al hospital, los padres llegaron por la noche, para el alta. Fede contó toda la historia, pero siguieron sin creerle. Le dijeron que tenía que ir a otro médico urgente porque esos revolcones que se daba podrían ser epilepsia o algo parecido. Con el tratamiento médico no volvió a ver a aquella colcha nunca más. O eso pensé.

Ayer Fede cumplió dieciséis años. En un instante de la fiesta me llamó desde el fondo del patio.

–Vos que sos el único que siempre me creyó –dijo–. Ayer acompañé a mi tío a ver un auto que quería comprar y vi a la frazada en el subte. Estaba muy maltratada, toda remendada, como enferma. Me acerqué y me vio de reojo pero no se dio vuelta. Daba lástima. Además de los cortes, el viento de los trenes la hacía tambalear y si se caía, alguno le iba a pasar por encima, la iba a destrozar. ¡Qué fácil hubiese sido empujarla!

–¿Y qué hiciste?

–Mirá allá, en la cucha del Tobi. ¿Ves ese trapo?

–¿Es ella?

–Parece inofensiva ¿no? Está muy vieja.

–¿Ese trapo que ahora muerde y revuelca?

–Sí. Lo ama, le encanta ese trapo.

**Pablo Giordano** es un escritor nacido en Las Varillas, provincia de Córdoba. Publicó, entre otros, el libro de poesía *La Felicidad es un Gordini*, los cuentos de *Los muertos* y la novela *Chozas*. Escribe también una columna en la revista *Polosecki* de Córdoba. Este cuento pertenece a su libro *Enserio*.

# PUNTADAS

Paula Bombara

Lo que tenía, desde aquel momento que parecía lejano pero no lo era tanto, era miedo. Un miedo visceral a ser invisible para ella, a ser una mota de polvo depositada en su hombro, en ese lugar por el que, sin ni siquiera mirar, pasaba cada tanto la mano quitando arrugas y molestias.

Tal vez si le muestro que puedo ocuparme de mis cosas..., pensó mientras enhebraba la aguja y tomaba la media agujereada. Se esforzó en que el hilo sujetara prolijamente la tela, mientras el miedo le sujetaba los intestinos al cuerpo, apretándolos.

Miró de reojo para chequear que la espalda seguía allí, atareada. Desde esa perspectiva ella parecía más alta. Últimamente tendía a curvar la espalda cuando estaban de pie, para que se sintiera alta. No tenía idea de si se había dado cuenta. Eso, no tener idea de lo que le pasaba por la mente, también se debía a que lo único que decía tenía forma de reproche. Le dolían incluso los que dirigía al tiempo.

No quería ser alguien de su pasado, ser viento que ya no eriza la piel, que ya no agita los cabellos.

¿Cómo hacer para sacar la mirada de ella de esa última foto de su hermano que ni siquiera era necesario imprimir?

Se concentró en hacer desaparecer el agujero. De algún modo incomprendible, la angustia aumentaba a medida que el hueco dejaba de existir. Se dijo que, de cualquier modo, la costura marcaría que ahí había habido un descuido, un desgaste.

Ser el silencio que ella llenaría con la voz de los recuerdos. Ser el contorno difuso sobre el que asomaría el rostro de otro. Ser apenas un soporte. Frases que aparecían y quedaban también ahí, sujetas a la media arreglada.

Ahora, exactamente cuando termina de dar la última puntada, intentando hacer el nudo, la aguja penetra en su dedo e, involuntariamente, grita.



Ella se da vuelta y mira. Una triste sonrisa asoma, una atención concentrada en el puntito rojo que tiene ahora en el dedo. Se acerca y, con dulzura, le da un beso.

El roce de los labios desata una ola de alivio que le inunda el cuerpo. Y la abraza. La abraza hasta que ella llora, hasta que lloran. La abraza hasta que dejan de llorar, hasta que, con las manos, se secan las lágrimas. Hasta que logran decirse lo mucho que se quieren y lo mucho que lo extrañan.

**Paula Bombara** es una bioquímica y escritora argentina, ganadora, entre otros, del Premio El Barco de Vapor por *Una casa de secretos*. Además de escribir cuentos y novelas para niños y jóvenes, se ha dedicado a la divulgación científica, como creadora y directora de la colección *¿Querés saber?*, de la Editorial Eudeba. Entre sus obras: *El mar y la serpiente*, *La chica pájaro* y *Lo que guarda un caracol*.

# LA NOCHE

Jorge W. Ábalos

A Coshmi le gusta vagamontear. Siente que el bosque ese en el que vive es parte de sí. No: él es parte del bosque, como lo son también su mamá y su hermana, y el rancho y todas las casas de palo a pique que se esparcen como escondidas bajo los grandes algarrobos. Como lo son los cactus, y los pájaros y los árboles mismos, uno a uno, y las iguanas y los conejos y las hormigas...

Coshmi conoce bien ese bosque y reconoce a sus habitantes, los que andan de día aunque no siempre se los ve, y también aquellos que luego del crepúsculo –cuando el monte parece dormir– se deslizan en las sombras emitiendo, en el gran silencio, sus pequeños ruidos.

La noche, en la que el bosque tiene otro olor y una distinta vida. Coshmi sabe todo eso porque en la mañanita descubre el rastro sutil del zorro; esa huella, que denuncia sus esquives, esguinces y pausa detenida de pie delantero alzado, le dice de la desconfianza de “El Daño”. Identifica la pisada más segura del gato montés y la casi prepotente del león. Los vestigios le cuentan los dramas nocturnos: restos de corzuelas, de liebres, de vizcachas... los confusos rayones en el suelo y los revolcones testimonian la resistencia inútil.

Coshmi sonrío al reconocer en la memoria del suelo las andadas infructuosas de un puma viejo que trota noche tras noche buscando presas que le son cada vez más difíciles; él lo identifica por sus huellas grandes y por la mano izquierda a la que le faltan dos dedos, seguramente dejados en una trampa de acero –tendida artera en su senda– de la que arrancó, mutilándose para ganar la libertad y su vida. Coshmi nunca lo ha visto al puma ese, pero bien se lo imagina largo y charcón, cubierta su cabeza de cicatrices en las que, cuando no han quedado peladuras definitivas, los mechones blancos han sustituido a los originales luego de la encarnadura.

Coshmi suele rastrearlo para curiosear sus trayectos nocturnos, y sabe de sus vacilaciones, de sus fracasos de cazador cuyo territorio se restringe cada vez más y de su resignarse con restos de presa ajena o la humillante captura de despreciables roedores; o de su regreso hambreado, a la guarida. Coshmi siente mezcla de lástima y de una casi ternura por la vieja fiera; él sabe que un día cercano su pisada no se imprimirá más... pero, entre tanto, no quisiera cruzársele a su paso... ¡Eso sí que no!

Coshmi conoce bien el reguero que marca el deslizarse de las serpientes. Identifica el de la yarárá por su marcha lateral en la que se resbala un poco sobre la huella, y sabe si ha pasado perseguida o persiguiendo; el rastro de las culebras que ondulan en el suelo como si nadaran; y reconoce la huella de la lutu-machaguay, que es una larga banda sin movimientos laterales; le parece ver a la negra serpiente comedora de víboras deslizarse como un silencioso fantasma nocturno con la parte anterior de su cuerpo erguida, horizontal su cabeza e inquieta la lengua buscadora. Coshmi determina la dirección de la marcha de cualquier serpiente con solo examinar en la cinta que deja su paso, las piedritas y otros elementos del suelo ligeramente desplazados hacia adelante por el frotar del largo vientre.

En lo más espeso del bosque, una manada de pecaríes del collar ha dejado la rastrillada grosera de sus pezuñas; las ramas de las plantas laterales del sendero muestran los destrozos del paso a ojos casi cerrados de los torpes y pesados mamíferos. Coshmi hace un gesto de aprensión, no le gustan los chanchos salvajes; él ha visto perros con el vientre abierto como a navaja por los largos colmillos del sacha-cuchi.

No todas las señales que revela el suelo son así de patentes. Cuando Coshmi se arrodilla y mira con cuidado, puede ver innumerables signos de la vida a ras del piso. Indican cómo el bosque vive también en lo minúsculo. Allí, en el follaje caído y en el polvo suelto se imprime el testimonio de una actividad que a lo largo del día y de la noche tiene relevo, pero no pausa. Las hormigas... él no podría entender el bosque sin las hormigas: chiquititas hasta casi no vérselas, medianas, grandes; negras, marrones, amarillas y hasta casi blancas. Las hormigas, que están, que andan por todas partes cortando, trozando las hojas, acarreándolas incansables; moliendo los troncos caídos; disgregando los cadáveres de los animales... haciendo nada de todo

residuo orgánico. Aunque a veces lo pican, él no tiene antipatía por las hormigas. ¿Qué sería del bosque –se pregunta– sin estas basureras? ¿Quién lo limpiaría? Pero... a veces descubre en las mañanas evidencias del paso de las hormigas legionarias, extranjeras que vienen quién sabe de dónde; caravana que ennegrece el suelo de obsesionados insectos sin ojos; vagabundos impenitentes que se desplazan acarreado sus hijos y sus huevos, cuya ceguera es largamente compensada por extraordinarios sensores que captan con precisión diabólica cualquier señal de vida animal. En su marcha se derraman hacia arriba sobre los árboles como una inmensa gota de miel; invaden cuevas, se infiltran por hendiduras, penetran y saquean los hormigueros de sus congéneres solitarias devorando hasta sus crías y dejando tras de sí la muerte, la desolación.

Cuando por la mañana Coshmi ve los vestigios de la franja de terreno devastado por el paso de las legionarias, siente en la piel de la nuca los tirones del escalofrío. Coshmi mira en dirección hacia la que ha seguido la miriada de los terribles viajeros, fija la vista en la lejanía. No le importa lo que hay al otro lado del horizonte, él pertenece al bosque ese y no quiere otra cosa; aunque a veces...

Coshmi vuelve los ojos hacia el piso y ve el sendero brillante que imprime el paso de las babosas y de los caracoles, las rastrilladas sutiles de las arañas cuevículas que cazan en la superficie a fuerza de paya y diente, llevando sus hambrientos hijos sobre el lomo; y el escorpión con su cola cargada de veneno, que busca carnosos grillos o inocentes cochinillas de la humedad entre el mantillo.

En la noche, ya en su cama, Coshmi suele oír el cascado, sorprendente grito de los búhos, cuyo vuelo aplumado y silencioso se quiebra en grito estridente. Y los chillidos tanteadores de los cegatones murciélagos. También suele oír el lejano, plañidero grito del kakuy, quien se pasa las horas de la oscuridad llorando la ausencia del sol; y el araracucu cercano, cuyo persistente llamado a la hembra resulta casi impúdico entre tantos amores confidenciales de la noche.

Coshmi sabe también de flores que desatan su corola en las sombras para recibir la visita fecundante de silenciosos insectos, mensajeros nocturnos de amor, portadores de vida.



A veces Coshmi piensa que preferiría ser un personaje de la cálida y húmeda noche del bosque, esa noche tentadora, llena de misterios... pero cuando recuerda que hay otros seres nocturnos, entes como las almas en pena que deambulan en las tinieblas emitiendo sus doloridos, desolados gritos, él se alegra de ser un vulgar habitante de las horas de luz.

Cuando cierra los ojos, ya para dormirse, Coshmi siente aún el latido del bosque en el ruidito que producen los caspi-cuchoj de antenas como largos bigotes, que perforan incansables las ramas que cubren el techo, para poner sus huevos. Coshmi se duerme, arrullado por el chiqui... chiqui... chiqui... y sueña que es uno de esos cortapalo que va moliendo la madera por un túnel que no se acaba...

**Jorge Washington Ábalos** (1915-1979) nació en La Plata, pero casi toda su vida transcurrió en el norte del país. Fue docente rural en Santiago del Estero y profesor en las universidades nacionales de Tucumán y Córdoba. Realizó estudios en Brasil y los Estados Unidos. Científico entomólogo, fue el primer escorpionólogo de la Argentina, y se dedicó a estudiar las enfermedades y animales peligrosos de la región. Toda esta experiencia de vida logró proyectarla en su obra literaria: su novela *Shunko* y títulos como *Norte pencoso*, *Animales*, *leyendas* y *coplas*, *Coplero popular* y *La cazadora negra* le granjearon un sólido prestigio.

# EL PICAPEDRERO

Jules Renard

–Perdone, amigo, ¿cuánto tiempo se tarda en ir de Corbigny a Saint-Révérien?

El picapedrero levanta la cabeza y apoyándose en su maza, me observa a través de sus pequeños anteojos, pero no responde.

Repito la pregunta.

Sigue sin responder.

–Debe ser sordomudo –pienso y sigo mi camino.

Cuando más o menos he recorrido unos cien metros, de pronto oigo la voz del picapedrero, que me llama y agita su maza con vehemencia para llamar mi atención. Regreso y me dice:

–Necesitará dos horas.

–¿Ah, sí? ¿Y por qué no me lo dijo antes?

–Señor –me explica el picapedrero–, usted me preguntó cuánto tiempo tardaría en ir de Corbigny a Saint-Révérien.

–Así es.

–Pues tiene usted una muy mala forma de preguntar a la gente. Pues para ir de un lugar a otro se necesita lo que se necesita. Eso depende del paso. ¿Conozco yo a qué velocidad camina usted? Pues no, y por eso lo he dejado marcharse y lo he visto caminar un trecho. Entonces saqué cuentas y ahora ya lo sé y puedo informarle: necesitará dos horas.

**Jules Renard** (1864-1910) fue un escritor, poeta, dramaturgo y crítico literario francés. Miembro de la famosa Academia Goncourt, su primer volumen de relatos fue *Crimen en el pueblo*, al que siguió otro libro de cuentos llenos de ironía: *Sonrisas forzadas*. También escribió poemas, obras de teatro y novelas en las que destacaba su aguda observación de las costumbres y el carácter del pueblo francés. *Pelo de zanahoria* e *Historias naturales* son algunos de sus libros más conocidos. Aunque murió muy joven, llegó a ser una celebridad literaria.

# SENNIN\*

Ryunosuke Akutagawa

Un hombre que quería emplearse como sirviente llegó una vez a la ciudad de Osaka. No sé su verdadero nombre, lo conocían por el nombre de sirviente, Gonsuké, pues él era, después de todo, un sirviente para cualquier trabajo.

Este hombre –que nosotros llamaremos Gonsuké– fue a una agencia de *Colocaciones para cualquier trabajo*, y dijo al empleado que estaba fumando su larga pipa de bambú:

–Por favor, señor Empleado, yo desearía ser un *sennin*. ¿Tendría usted la gentileza de buscar una familia que me enseñara el secreto de serlo, mientras trabajo como sirviente?

El empleado, atónito, quedó sin habla durante un rato, por el ambicioso pedido de su cliente.

–¿No me oyó usted, señor Empleado? –dijo Gonsuké–. Yo deseo ser un *sennin*. ¿Quisiera usted buscar una familia que me tome de sirviente y me revele el secreto?

–Lamentamos desilusionarlo –musitó el empleado, volviendo a fumar su olvidada pipa–, pero ni una sola vez en nuestra larga carrera comercial hemos tenido que buscar un empleo para aspirantes al grado de *sennin*. Si usted fuera a otra agencia, quizá...

Gonsuké se le acercó más, rozándolo con sus presuntuosas rodillas, de pantalón azul, y empezó a argüir de esta manera:

–Ya, ya, señor, eso no es muy correcto. ¿Acaso no dice el cartel *Colocaciones para cualquier trabajo*? Puesto que promete cualquier trabajo, usted

—  
\* Según la tradición japonesa, *sennin* es una palabra que deriva del chino medieval y refiere a una persona inmortal, que también puede ser mago, ermitaño y capaz de volar. Se supone que vive en el corazón de una montaña.

debe conseguir cualquier trabajo que le pidamos. Usted está mintiendo intencionalmente, si no lo cumple.

Frente a un argumento tan razonable, el empleado no censuró el explosivo enojo:

–Puedo asegurarle, señor Forastero, que no hay ningún engaño. Todo es correcto –se apresuró a alegar el empleado–, pero si usted insiste en su extraño pedido, le rogaré que se dé otra vuelta por aquí mañana. Trataremos de conseguir lo que nos pide.

Para desentenderse, el empleado hizo esa promesa y logró, momentáneamente por lo menos, que Gonsuké se fuera. No es necesario decir, sin embargo, que no tenía la posibilidad de conseguir una casa donde pudieran enseñar a un sirviente los secretos para ser un *sennin*. De modo que, al deshacerse del visitante, el empleado acudió a la casa de un médico vecino.

Le contó la historia del extraño cliente y le preguntó ansiosamente:

–Doctor, ¿qué familia cree usted que podría hacer de este muchacho un *sennin*, con rapidez?

Aparentemente, la pregunta desconcertó al doctor. Quedó pensando un rato, con los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando vagamente un gran pino del jardín. Fue la mujer del doctor, una mujer muy astuta, conocida como la Vieja Zorra, quien contestó por él al oír la historia del empleado.

–Nada más simple. Envíelo aquí. En un par de años lo haremos *sennin*.

–¿Lo hará usted realmente, señora? ¡Sería maravilloso! No sé cómo agradecerle su amable oferta. Pero le confieso que me di cuenta desde el comienzo que algo relaciona a un doctor con un *sennin*.

El empleado, que felizmente ignoraba los designios de la mujer, agradeció una y otra vez, y se alejó con gran júbilo.

Nuestro doctor lo siguió con la vista; parecía muy contrariado; luego, volviéndose hacia la mujer, le regañó malhumorado:

–Tonta, ¿te has dado cuenta de la tontería que has hecho y dicho? ¿Qué harías si el tipo empezara a quejarse algún día de que no le hemos enseñado ni una pizca de tu bendita promesa después de tantos años?

La mujer, lejos de pedirle perdón, se volvió hacia él y graznó:

–Estúpido. Mejor no te metas. Un atolondrado tan estúpidamente tonto como tú, apenas podría arañar lo suficiente en este mundo de te comeré o me comerás, para mantener alma y cuerpo unidos.

Esta frase hizo callar a su marido.

A la mañana siguiente, como había sido acordado, el empleado llevó a su rústico cliente a la casa del doctor. Como había sido criado en el campo, Gonsuké se presentó aquel día ceremoniosamente vestido con *haori*\*\* y *hakama*\*\*\*, quizá en honor de tan importante ocasión. Gonsuké aparentemente no se diferenciaba en manera alguna del campesino corriente: fue una pequeña sorpresa para el doctor, que esperaba ver algo inusitado en la apariencia del aspirante a *sennin*. El doctor lo miró con curiosidad, como a un animal exótico traído de la lejana India, y luego dijo:

–Me dijeron que usted desea ser un *sennin*, y yo tengo mucha curiosidad por saber quién le ha metido esa idea en la cabeza.

–Bien, señor, no es mucho lo que puedo decirle –replicó Gonsuké–. Realmente fue muy simple: cuando vine por primera vez a esta ciudad y miré el gran castillo, pensé de esta manera: que hasta nuestro gran gobernante Taiko, que vive allá, debe morir algún día; que usted puede vivir suntuosamente, pero aun así volverá al polvo como el resto de nosotros. En resumidas cuentas, que toda nuestra vida es un sueño pasajero... justamente lo que sentía en ese instante.

–Entonces –prontamente la Vieja Zorra se introdujo en la conversación–, ¿haría usted cualquier cosa con tal de ser un *sennin*?

–Sí, señora, con tal de serlo.

–Muy bien. Entonces usted vivirá aquí y trabajará para nosotros durante veinte años a partir de hoy y, al término del plazo, será el feliz poseedor del secreto.

–¿Es verdad, señora? Le quedaré muy agradecido.

–Pero –añadió ella–, de aquí a veinte años usted no recibirá de nosotros ni un centavo de sueldo. ¿De acuerdo?

---

\*\* *Haori*: chaqueta tradicional, de forma similar a un kimono, que cae a la altura de la cadera.

\*\*\* *Hakama*: pantalón largo con pliegues, símbolo de estatus.

–Sí, señora. Gracias, señora. Estoy de acuerdo en todo.

De esta manera empezaron a transcurrir los veinte años que pasó Gonsuké al servicio del doctor. Gonsuké acarreaba agua del pozo, cortaba la leña, preparaba las comidas y hacía todo el fregado y el barrido. Pero esto no era todo, tenía que seguir al doctor en sus visitas, cargando en sus espaldas el gran botiquín. Ni siquiera por todo este trabajo Gonsuké pidió un solo centavo. En verdad, en todo el Japón, no se hubiera encontrado mejor sirviente por menos sueldo.

Pasaron por fin los veinte años y Gonsuké, vestido otra vez ceremoniosamente con su almidonado *haori* como la primera vez que lo vieron, se presentó ante los dueños de casa.

Les expresó su agradecimiento por todas las bondades recibidas durante los pasados veinte años.

–Y ahora, señor –prosiguió Gonsuké–, ¿quisieran ustedes enseñarme hoy, como lo prometieron hace veinte años, cómo se llega a ser *sennin* y a alcanzar juventud eterna e inmortalidad?

“Y ahora ¿qué hacemos?”, suspiró el doctor al oír el pedido. Después de haberlo hecho trabajar durante veinte largos años por nada, ¿cómo podría en nombre de la humanidad decir ahora a su sirviente que nada sabía respecto al secreto de los *sennin*? El doctor se desentendió diciendo que no era él sino su mujer quien sabía los secretos.

–Usted tiene que pedirle a ella que se lo diga –concluyó el doctor y se alejó torpemente.

La mujer, sin embargo, suave e imperturbable, dijo:

–Muy bien, entonces se lo enseñaré yo, pero tenga en cuenta que usted debe hacer lo que yo le diga, por difícil que le parezca. De otra manera, nunca podría ser un *sennin*; y además, tendría que trabajar para nosotros otros veinte años, sin paga, de lo contrario, créame, el Dios Todopoderoso lo destruirá en el acto.

–Muy bien, señora, haré cualquier cosa por difícil que sea –contestó Gonsuké. Estaba muy contento y esperaba que ella hablara.

–Bueno –dijo ella–, entonces trepe a ese pino del jardín.

Desconociendo por completo los secretos, sus intenciones habían sido simplemente imponerle cualquier tarea imposible de cumplir para ase-

gurarse sus servicios gratis por otros veinte años. Sin embargo, al oír la orden, Gonsuké empezó a trepar al árbol, sin vacilación.

–Más alto –le gritaba ella–, más alto, hasta la cima.

De pie en el borde de la baranda, ella erguía el cuello para ver mejor a su sirviente sobre el árbol; vio su *haori* flotando en lo alto, entre las ramas más altas de ese pino tan alto.

–Ahora suelte la mano derecha.

Gonsuké se aferró al pino lo más que pudo con la mano izquierda y cautelosamente dejó libre la derecha.

–Suelte también la mano izquierda.

–Ven, ven, mi buena mujer –dijo al fin su marido atisbando las alturas–. Tú sabes que si el campesino suelta la rama, caerá al suelo. Allá abajo hay una gran piedra y, tan seguro como yo soy doctor, será hombre muerto.

–En este momento no quiero ninguno de tus preciosos consejos. Déjame tranquila. ¡Eh! ¡Hombre! Suelte la mano izquierda. ¿Me oye?

En cuanto ella habló, Gonsuké levantó la vacilante mano izquierda. Con las dos manos fuera de la rama ¿cómo podría mantenerse sobre el árbol? Después, cuando el doctor y su mujer retomaron aliento, Gonsuké y su *haori* se divisaron desprendidos de la rama, y luego... y luego... Pero ¿qué es eso? ¡Gonsuké se detuvo! ¡se detuvo! en medio del aire, en vez de caer como un ladrillo, y allá arriba quedó, en plena luz del mediodía, suspendido como una marioneta.

–Les estoy agradecido a los dos, desde lo más profundo de mi corazón. Ustedes me han hecho un *sennin* –dijo Gonsuké desde lo alto.

Se le vio hacerles una respetuosa reverencia y luego comenzó a subir cada vez más alto, dando suaves pasos en el cielo azul, hasta transformarse en un puntito y desaparecer entre las nubes.

**Ryonosuke Akutagawa** (1892-1927) fue un escritor japonés cuya obra, en general cuentos cortos, refleja la vida del Japón feudal. Tuvo una vida trágica y fugaz, atormentado por la psicosis de su madre y sus propios fantasmas, pero logró dar vida a una obra prodigiosa. Se lo encuadra en la generación neorrealista que surgió a finales de la Primera Guerra Mundial. Considerado el padre del cuento japonés, se suicidó a los 35 años.

# PERDIENDO VELOCIDAD

Samanta Schweblin

Tego se hizo unos huevos revueltos, pero cuando finalmente se sentó a la mesa y miró el plato, descubrió que era incapaz de comérselos.

–¿Qué pasa? –le pregunté.

Tardó en sacar la vista de los huevos.

–Estoy preocupado –dijo–, creo que estoy perdiendo velocidad.

Movió el brazo a un lado y al otro, de una forma lenta y exasperante, supongo que a propósito, y se quedó mirándome, como esperando mi veredicto.

–No tengo la menor idea de qué estás hablando –dije–, todavía estoy demasiado dormido.

–¿No viste lo que tardo en atender el teléfono? En atender la puerta, en tomar un vaso de agua, en cepillarme los dientes... Es un calvario.

Hubo un tiempo en que Tego volaba a cuarenta kilómetros por hora. El circo era el cielo; yo arrastraba el cañón hasta el centro de la pista. Las luces ocultaban al público, pero escuchábamos el clamor. Las cortinas terciopeladas se abrían y Tego aparecía con su casco plateado. Levantaba los brazos para recibir los aplausos. Su traje rojo brillaba sobre la arena. Yo me encargaba de la pólvora mientras él trepaba y metía su cuerpo delgado en el cañón. Los tambores de la orquesta pedían silencio y todo quedaba en mis manos. Lo único que se escuchaba entonces eran los paquetes de pochoclo y alguna tos nerviosa. Sacaba de mis bolsillos los fósforos. Los llevaba en una caja de plata, que todavía conservo. Una caja pequeña pero tan brillante que podía verse desde el último escalón de las gradas. La abría, sacaba un fósforo y lo apoyaba en la lija de la base de la caja. En ese momento todas las miradas estaban en mí. Con un movimiento rápido surgía el fuego. Encendía la soga. El sonido de las chispas se expandía hacia todos lados. Yo daba algunos pasos actorales hacia atrás, dando a entender que algo terrible pasaría –el público

atento a la mecha que se consumía–, y de pronto: Bum. Y Tego, una flecha roja y brillante, salía disparado a toda velocidad.

Tego hizo a un lado los huevos y se levantó con esfuerzo de la silla. Estaba gordo, y estaba viejo. Respiraba con un ronquido pesado, porque la columna le apretaba no sé qué cosa de los pulmones, y se movía por la cocina usando las sillas y la mesada para ayudarse, parando a cada rato para pensar, o para descansar. A veces simplemente suspiraba y seguía. Caminó en silencio hasta el umbral de la cocina, y se detuvo.

–Yo sí creo que estoy perdiendo velocidad –dijo.

Miró los huevos.

–Creo que me estoy por morir.

Arrimé el plato a mi lado de la mesa, nomás para hacerlo rabiar.

–Eso pasa cuando uno deja de hacer bien lo que uno mejor sabe hacer –dijo–. Eso estuve pensando, que uno se muere.

Probé los huevos pero ya estaban fríos. Fue la última conversación que tuvimos, después de eso dio tres pasos torpes hacia el living, y cayó muerto en el piso.

Una periodista de un diario local viene a entrevistarme unos días después. Le firmo una fotografía para la nota, en la que estamos con Tego junto al cañón, él con el casco y su traje rojo, yo de azul, con la caja de fósforos en la mano. La chica queda encantada. Quiere saber más sobre Tego, me pregunta si hay algo especial que yo quiera decir sobre su muerte, pero ya no tengo ganas de seguir hablando de eso, y no se me ocurre nada. Como no se va, le ofrezco algo de tomar.

–¿Café? –pregunto.

–¡Claro! –dice ella. Parece estar dispuesta a escucharme una eternidad. Pero raspo un fósforo contra mi caja de plata, para encender el fuego, varias veces, y nada sucede.

**Samanta Schweblin** es una narradora argentina que vive en Berlín, Alemania, donde dicta talleres literarios. Traducida a numerosas lenguas, publicó, entre otros, los libros de cuentos: *La furia de las pestes*, *Siete casas vacías*, *Pájaros en la boca* y *El núcleo del disturbio*; y también, las novelas *Distancia de rescate* y *Kentukis*.

# EXISTE UN HOMBRE QUE TIENE LA COSTUMBRE DE PEGARME CON UN PARAGUAS EN LA CABEZA

Fernando Sorrentino

Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza. Justamente hoy se cumplen cinco años desde el día en que empezó a pegarme con el paraguas en la cabeza. En los primeros tiempos no podía soportarlo; ahora estoy habituado.

No sé cómo se llama. Sé que es un hombre común, de traje gris, algo canoso, con un rostro vago. Lo conocí hace cinco años, en una mañana calurosa. Yo estaba leyendo el diario, a la sombra de un árbol, sentado en un banco del bosque de Palermo. De pronto, sentí que algo me tocaba la cabeza. Era este mismo hombre que, ahora, mientras estoy escribiendo, continúa mecánica e indiferentemente pegándome paraguazos.

En aquella oportunidad me di vuelta lleno de indignación: él siguió aplicándome golpes. Le pregunté si estaba loco: ni siquiera pareció oírme. Entonces lo amenacé con llamar a un vigilante: imperturbable y sereno, continuó con su tarea. Después de unos instantes de indecisión y viendo que no desistía de su actitud, me puse de pie y le di un puñetazo en el rostro. El hombre, exhalando un tenue quejido, cayó al suelo. En seguida, y haciendo, al parecer, un gran esfuerzo, se levantó y volvió silenciosamente a pegarme con el paraguas en la cabeza. La nariz le sangraba, y, en ese momento, tuve lástima de ese hombre y sentí remordimientos por haberlo golpeado de esa manera. Porque, en realidad, el hombre no me pegaba lo que se llama paraguazos; más bien me aplicaba unos leves golpes, por completo indoloros. Claro está que esos golpes son infinitamente

molestos. Todos sabemos que, cuando una mosca se nos posa en la frente, no sentimos dolor alguno: sentimos fastidio. Pues bien, aquel paraguas era una gigantesca mosca que, a intervalos regulares, se posaba, una y otra vez, en mi cabeza.

Convencido de que me hallaba ante un loco, quise alejarme. Pero el hombre me siguió en silencio, sin dejar de pegarme. Entonces empecé a correr (aquí debo puntualizar que hay pocas personas tan veloces como yo). Él salió en persecución mía, tratando en vano de asestarme algún golpe. Y el hombre jadeaba, jadeaba, jadeaba y resoplaba tanto, que pensé que, si seguía obligándolo a correr así, mi torturador caería muerto allí mismo.

Por eso detuve mi carrera y retomé la marcha. Lo miré. En su rostro no había gratitud ni reproche. Sólo me pegaba con el paraguas en la cabeza. Pensé en presentarme en la comisaría, decir: “Señor oficial, este hombre me está pegando con un paraguas en la cabeza”. Sería un caso sin precedentes. El oficial me miraría con suspicacia, me pediría documentos, comenzaría a formularme preguntas embarazosas, tal vez terminaría por detenerme.

Me pareció mejor volver a casa. Tomé el colectivo 67. Él, sin dejar de golpearme, subió detrás de mí. Me senté en el primer asiento. Él se ubicó, de pie, a mi lado: con la mano izquierda se tomaba del pasamanos; con la derecha blandía implacablemente el paraguas. Los pasajeros empezaron por cambiar tímidas sonrisas. El conductor se puso a observarnos por el espejo. Poco a poco fue ganando al pasaje una gran carcajada, una carcajada estruendosa, interminable. Yo, de la vergüenza, estaba hecho un fuego. Mi perseguidor, más allá de las risas, siguió con sus golpes.

Bajé –bajamos– en el puente del Pacífico. Íbamos por la avenida Santa Fe. Todos se daban vuelta estúpidamente para mirarnos. Pensé en decirles: “¿Qué miran, imbéciles? ¿Nunca vieron a un hombre que le pegue a otro con un paraguas en la cabeza?”. Pero también pensé que nunca habrían visto tal espectáculo. Cinco o seis chicos empezaron a seguirnos, gritando como energúmenos.

Pero yo tenía un plan. Ya en mi casa, quise cerrarle bruscamente la puerta en las narices. No pude: él, con mano firme, se anticipó, agarró el picaporte, forcejeó un instante y entró conmigo.

Desde entonces, continúa golpeándome con el paraguas en la cabeza. Que yo sepa, jamás durmió ni comió nada. Simplemente se limita a pegarme. Me acompaña en todos mis actos, aun en los más íntimos. Recuerdo que, al principio, los golpes me impedían conciliar el sueño; ahora, creo que, sin ellos, me sería imposible dormir.

Con todo, nuestras relaciones no siempre han sido buenas. Muchas veces le he pedido, en todos los tonos posibles, que me explicara su proceder. Fue inútil: calladamente seguía golpeándome con el paraguas en la cabeza. En muchas ocasiones le he propinado puñetazos, patadas y –Dios me perdone– hasta paraguazos. Él aceptaba los golpes con mansedumbre, los aceptaba como una parte más de su tarea. Y este hecho es justamente lo más alucinante de su personalidad: esa suerte de tranquila convicción en su trabajo, esa carencia de odio. En fin, esa certeza de estar cumpliendo con una misión secreta y superior.

Pese a su falta de necesidades fisiológicas, sé que, cuando lo golpeo, siente dolor, sé que es débil, sé que es mortal. Sé también que un tiro me libraría de él. Lo que ignoro es si el tiro debe matarlo a él o matarme a mí. Tampoco sé si, cuando los dos estemos muertos, no seguirá golpeándome con el paraguas en la cabeza. De todos modos, este razonamiento es inútil: reconozco que no me atrevería a matarlo ni a matarme.

Por otra parte, en los últimos tiempos he comprendido que no podría vivir sin sus golpes. Ahora, cada vez con mayor frecuencia, me hostiga cierto presentimiento. Una nueva angustia me corroe el pecho: la angustia de pensar que, acaso cuando más lo necesite, este hombre se irá y yo ya no sentiré esos suaves paraguazos que me hacían dormir tan profundamente.

**Fernando Sorrentino** nació y reside en Buenos Aires. Es periodista, profesor de Literatura y narrador. Sus relatos se caracterizan por mezclar imaginación y humor. Algunos títulos de sus libros: *Cuentos del Mentiroso*, *La venganza del muerto* y *Aventuras del capitán Bancalari*.

# Todos los juegos, el juego

---

# EL SUEÑO DEL PIBE

Silvina Rocha

Estamos en el siglo XXI. Existen los aviones y los trenes bala, pero a mi tío Clemente se le metió en la cabeza lo del globo y no hubo forma de hacerlo cambiar de idea.

Le ofrecimos pagarle entre todos un viaje a París, o a las Islas Maldivas, pero no hubo caso, lo suyo no era cuestión de paisaje. Él decía que quería volar despacio, parejo y corto. No le importaba el destino.

Para Clemente era como el sueño del pibe y todos terminamos tras eso, solo para darle el gusto, porque nos convencía más eso que imaginarlo en ala delta o parapente.

Nos pusimos a averiguar en qué lugar prestaban un servicio de vuelo en globo. Resultó que acá nomás, en Luján, te llevan a pasear en globo. Un viaje precioso y muy seguro, rezaba el folleto, entonces, una mañana partimos todos a ver cómo Clemente realizaba su sueño.

Un viaje en globo sonaba muy romántico, así que la tía Elvira se prendió en seguida. Estoy casi seguro de que al tío le hubiera gustado hacerlo solo, pero ¡quién podía oponerse al deseo de la tía! Para Clemente se trataba de una aventura, de cumplir un deseo anheladísimo; para la tía, de una experiencia exótica.

Clemente cargaba con una cámara de fotos enorme, el celular y una video. Planeaba filmar de todas las formas posibles. La tía cargaba una canasta con una botella de champagne, un ramo de flores (no sé por qué) y unos sanguichitos de miga para engañar al estómago.

Desde el principio estaba claro que sus deseos eran bien distintos. Elvira fue vestida como para embarcar en un trasatlántico. No logramos convencerla de ponerse zapatillas. Se debe haber arrepentido porque la partida era de madrugada, no había salido el sol y ella andaba con sandalias de taco y camisa de volados en pleno mayo.

Viajar en globo no es como muchos piensan, no tiene nada que ver con comprar un ticket y saber que salís a tal hora. No. Hay que llegar al lugar, esperar que los técnicos chequeen si el tiempo acompaña, midan el viento, y lo más importante, decidan ahí mismo dónde aterrizar.

Ahí estábamos todos, en la penumbra, viendo cómo la enorme tela a fuerza de aire caliente se transformaba en globo, preguntándonos qué cornos hacíamos a las seis de la mañana, en un paraje desolado, muertos de frío. Pero después, con solo verle la cara al tío, nos quedaba clarísimo.

Elvira tiritaba pero no quería quejarse, porque ella también había invertido mucha ilusión en el asunto. Había imaginado muchas cosas, como una “nueva” declaración de amor de mi tío, una renovación de votos a seiscientos metros de altura.

Clemente parecía estar en otro planeta. Bueno, algo de razón tenía, porque todos estábamos en un lugar extraño, haciendo cosas fuera de lo común.

Los técnicos midieron el viento y resolvieron que el aterrizaje sería a unos seis kilómetros del punto de partida, en un llano. Vimos elevarse el globo, con la tía Elvira saludando como primera dama en el día de asunción, a Clemente filmando a dos manos y al piloto con cara circunspecta, como si se tratara del despegue de un cohete de la NASA.

El globo se fue elevando y pasó a ser un punto lejano en el cielo de nubes grises. A los diez minutos, lo perdimos de vista.

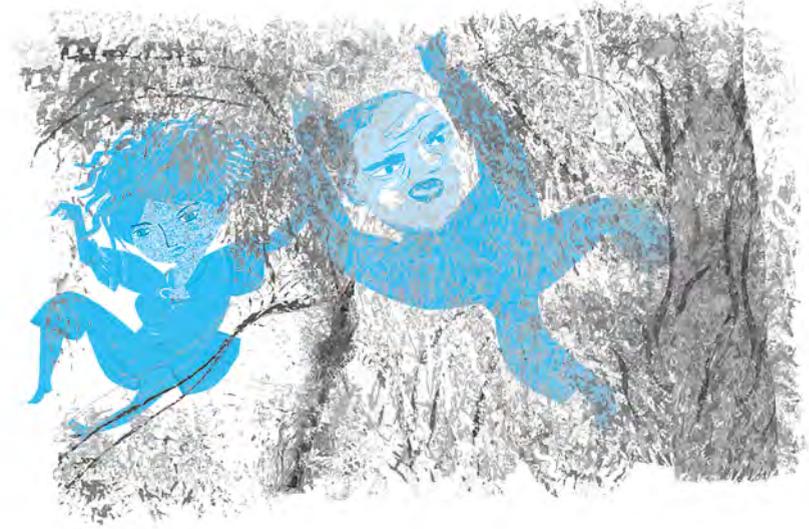
Noté que el viento que me pegaba de lleno en la cara, ahora me daba en la espalda, pero no quise preocuparme ni comentarlo para no alarmar a nadie ¡Justo el día en el que el tío iba a cumplir su sueño!

Al rato, los dos técnicos que habían quedado en tierra se consultaban entre ellos y hablaban agitados por el comunicador con el piloto de la nave.

El viaje duraba media hora, pero a los cuarenta minutos el viento era otro, los técnicos se veían nerviosos y el ambiente se había caldeado. Algo había fallado.

–Los perdimos –nos anunció uno de los técnicos mientras se subía a la camioneta para ir en busca de los viajeros extraviados.

Todos nos miramos sin entender ¿Cómo? ¿Tan difícil era controlar un globo? ¿No era un viaje archiseguro? Pero en vez de ponernos a discutir, nos subimos al auto y los seguimos.



Tardamos como una hora en dar con los viajeros, después de andar por caminos y no caminos, los encontramos colgados de un árbol en un bosque de eucaliptos, a seis kilómetros, pero en dirección opuesta.

La tía Elvira estaba desencajada, con el pelo ensortijado, gritando como un loro para que la bajaran de una vez. El tío, entre que la quería ahorcar para callarla y ponerse a llorar, porque había perdido su video y la cámara de fotos, pero al que no pudimos dejar de mirar fue al piloto, en pleno ataque de risa.

Resultó que la tía, no tuvo mejor idea que convidarle champagne y ni un solo sanguchito (los sándwiches se los manducaron entre ella y el tío a los cinco minutos del despegue). Piloto “entonado” y rotación de vientos: pésima combinación.

Es cierto que después del susto tuvieron como dos años de contar esta anécdota en cada reunión familiar, y siempre nos reímos, hasta la última vez, en que a Clemente se le ocurrió comentar su nuevo deseo, un anhelo que lleva guardado, aun desde antes que el del globo.

Ahora está dale que dale con lo del submarino. Mejor no les cuento.

**Silvina Rocha** nació en San Miguel de Tucumán. Además de escritora, es cantante y compositora. Ha publicado *Mateo y su gato rojo*, *Las ovejas de Lala*, *Por qué los elefantes prefieren jugar a la mancha*, *Mi Reino* y *Pajaritos en la cabeza*, entre otros títulos. Este texto está tomado de su libro *Cuentos del absurdo* (inédito).

# EL ÚLTIMO ENTRENADOR

Juan Sasturain

Me lo encuentro de casualidad el sábado en Adrogué, en el cumpleaños de la hijita de un amigo. Salta el apellido que es raro, poco frecuente, y enseguida asocio a ese viejo, ese abuelo materno sentado casi de regalo a un costado de la mesa puesta en el extremo del living, con los recuerdos de infancia.

De las figuritas, no. No es un jugador pero es un nombre y una vaga cara del fútbol. Aprovecho que los pibes se van al patio a devastar lo que queda de un jardín con más calas que pensamientos y le busco la memoria con una pregunta respetuosa, como tocar a un oso despeluchado con un palo a través de las rejas:

–Su apellido me suena –le digo mientras nuestras manos convergen sobre la fuente de masitas–. Lo asocio con el fútbol de los cuarenta y cinco, cuando yo era chico, ¿puede ser?

Tras un momento me confirma que sí, que es él, y el reconocimiento al que no está acostumbrado lo ilumina un poco, apenas, como las velitas de esa torta de nena, sin jugadores, que espera en medio de la mesa.

–Ya nadie se acuerda.

–No crea.

Nos trenzamos a charlar y no sé bien cómo, pero al rato, mientras los otros destapan botellas, nosotros estamos en el dormitorio –porque esa es su casa, la de siempre– destapando una caja de alevosos recuerdos.

–Ese año que usted dice salimos campeones –revuelve, encuentra–. Fíjese, acá estoy yo.

Y me señala lo evidente, lo alevoso de su figuración. Es la foto de una revista y él está parado a un costado, el penúltimo de la fila de arriba, entre un colado habitual y un marcador de punta de los que todavía no se llamaban así.

–Qué pinta.

Tiene bigotitos, el jopo tieso de Gomina o Ricibrill y una E bien grande de pañolenci pegada –acaso con broches– en medio del pecho. El rompevientos –así se llamaban los inevitables buzos azules de gimnasia de entonces– está algo descolorido y los pantalones abombachados se le ajustan a la cintura un poco demasiado arriba, le dan un aire ridículo. El equipo, los colores del equipo que enfrenta a la cámara en dos niveles –atrás y de pie, la defensa; abajo y agachados los delanteros del siete al once, y el nueve con la pelota–, no importa demasiado ni viene al caso. Pero la cancha está llena.

–Linda foto –digo, porque es linda foto en serio.

–Psé.

Me muestra otra parecida de esa época, de un diario, y después otra más, posterior, coloreada a mano al estilo fotógrafo de plaza. Ya el equipo es otro y las tribunas detrás, mucho más bajas. El rompevientos –es el mismo, estoy seguro de que es el mismo– está un poco más descolorido.

Pone las tres fotos en fila y me dice, me sorprende:

–No estoy.

–Cómo que no.

Y por toda respuesta, contra toda evidencia, pone el dedo en el epígrafe, va de jugador en jugador, de nombre en nombre, y el suyo en todos los casos brilla –como el Ricibrill– por su ausencia.

–No era costumbre, supongo –y me siento estúpido.

–No era el tiempo, todavía –recuerda sin ira.

–Claro.

Él sigue revolviendo, elige y me alcanza. Y yo pienso que ese hombre de destino lateral, anónimo adosado al margen del grupo de los actores con una E grotesca en el uniforme de fajina era casi, para entonces, como un mecánico junto al piloto consagrado, o como el veterano de nariz achata-da que se asoma al borde del ring junto al campeón. Su lugar estaba ahí, al ras del pasto; su función se acababa entre semana.

–No era el tiempo todavía –repite.

Y sabe que llegó empírico y temprano y se metió de costado en la foto en que salió borrado.



–En esa época había pedicuros, dentistas, porteros... –dice de pronto con extraño énfasis–. Era el nombre de lo que hacían. Ahora les dicen podólogos, odontólogos, encargados... Esas boludeces, como si fuera más prestigioso... Y yo era entrenador.

–No director técnico.

–Pts... Ni me hable, por favor... –y se le escapa cierta furia sorda, muy masticada.

–No le hablo. Tiene razón.

Compartimos en silencio certezas menores, módicos resentimientos.

–Vinieron con la exigencia del diploma –dice de pronto.

–Claro.

Me sumo a su fastidio y de ahí saltamos a desmenuzar los detalles, el contraste: el banquito con techo, el verso táctico, el vestuario aparatoso y la pilcha elegida para salir el domingo, esa que nunca se puso. Cuando quiero atenuar tanta simpleza sin lastimarlo, se me adelanta:

–Le digo: no se lo cambio.

–Le creo.

En eso, los primeros padres que vienen a recoger a sus niños irrumpen en el dormitorio y entre disculpas se llevan los pulóveres, las camperas apiladas sobre la cama grande. Entra la mujer de mi amigo, incluso.

–Ah, papá... estabas acá –y suspira como si encontrarlo en una casa de tres habitaciones fuera un trabajo–. Y siempre con esas cosas viejas. Sabés que no te hace bien.

Ella me mira como si yo tuviera alguna culpa que sin duda tengo y se lo lleva, lo saca de la vieja cancha despoblada para que vaya a saludar a alguien que se va o se sume para la foto con la nieta que –lo sé– no le interesa.

El veterano me mira resignado.

–Ha sido un gusto.

Asiente y se lo llevan. Apenas se resiste.

Me quedo solo y guardo las viejas revistas que han quedado abiertas sin pudor ni consuelo. No es cuestión de que cualquiera meta mano ahí. Después busco mi propio abrigo y escucho los ruidosos comentarios del living. Me imagino que para las fotos familiares el viejo se debería poner una remera grande con la letra A de Abuelo, para que al menos alguno pregunte quién es.

Pero no me quedo para verificarlo. Me basta con sentir o imaginar que he conocido al último entrenador.

**Juan Sasturain**, escritor y periodista argentino, estudió Letras y enseñó literatura. Se distinguió como periodista (trabajó en *Superhumor*, *Clarín* y *Página/12*), además de escribir celebrados guiones de historietas, como *Perramus*, junto al ilustrador Alberto Breccia. Publicó una decena de novelas, en las que abundan el humor, el género policial y la literatura juvenil, con títulos tan conocidos como *Brooklyn y medio*, *Los Galochas* y *Dudoso Noriega*. Actualmente dirige la Biblioteca Nacional.

# LA PESCA

Albert Camus

Es conocido el chiste del loco que estaba pescando en una bañera.

Un médico con ciertas nociones psiquiátricas le preguntó: “¿Hay pique?”.

El loco le respondió con rigor: “Claro que no, imbécil, ¿no ves que es una bañera?”.

**Albert Camus** nació en África en 1913 y murió en Francia en 1960. Se lo considera uno de los más grandes escritores en lengua francesa. Escribió algunas novelas que hoy son clásicos universales, como *El extranjero* y *La peste*. En 1957 recibió el Premio Nobel de Literatura.

# CRUZAR EL CANAL

Griselda Gambaro

Cuando uno nada en aguas abiertas siempre hay un barquito que nos sigue para marcarnos la ruta porque es fácil perderse en tanta agua.

El barquito lleva tres o cuatro personas que nos cuidan, nos dan de beber y nos dicen cuánto nos falta. A veces una de ellas se arroja al agua y nada un rato con nosotros para acompañarnos. Cuando esto sucede, yo pienso que en lugar de un nadador me acompaña un delfín, y cuando el nadador ya no da más y sube al barco, yo sigo y sigo, con el delfín.

Me zambullí en el Canal y con las primeras brazadas reconocí el agua, un agua gris y fría. El cielo estaba encapotado, lloviznaba y había relámpagos. Era horrible.

Sin embargo, yo me sentía animada, fresca como una lechuga. ¡Tenía tantas ganas de cruzar el Canal! ¿Llovía, relampagueaba? ¡No me importaba! Hendía el agua sin ningún esfuerzo, con la facilidad de un pájaro en el aire o de un atún tras la comida.

Cuando espiaba por encima del hombro, veía la costa de Inglaterra a mis espaldas. Se iba alejando, hasta que en un momento espí y ya no la vi.

¡Qué susto me llevé!

No había costa ni hacia atrás ni hacia adelante.

¿Dónde estaba la tierra?

Los del barco me decían que iba bien, que avanzaba, que siguiera nadando. Pero yo desconfiaba. ¿Dirían la verdad?

– ¡Claudio! – grité, acercándome al barco–. ¿Decís la verdad?

– ¡Sí! – gritó, haciéndome señas de que me apartara y siguiera mi camino–. Ya cubriste la mitad del trayecto. ¡Adelante! Tranquila.

¡Qué fácil para él!

Estaba sola en medio de toda esa agua negra, no veía el horizonte ni las estrellas porque diluviaba. ¿Y si nunca aparecía la costa? ¿Si me ahogaba

en esa oscuridad, a pesar de lo bien que nadaba? ¿Si Claudio y los del barquito no pudieran salvarme?

¡Quería estar en casa, con mi mamá!

En cambio, estaba allí. Avanzaba, pero yo me sentía clavada en el mismo lugar, como si fuera un ancla.

Y cuando después de no sé cuántas horas, ya iba a renunciar y a pedir que me subieran al barco, vi adelante unas luces. ¡Francia! ¡Era la costa de Francia!

¡Vaya si había nadado a pesar de mis dudas!

Sentí una nueva energía recorriéndome el cuerpo.

Esa costa me animó. Atrayéndome como un imán, me decía: ¡Vení, estás cerca, estás cerca!

Y lo estaba. Pensé que llegaría enseguida. Hacía más de nueve horas que nadaba y aunque lo hiciera como los indios, para quienes entre mar y tierra no había diferencia, yo ya quería pisar la costa. Como estaba cerca veía los detalles, veía unas luces, las de Boulogne sur Mer, la ciudad donde murió San Martín. Llegaría en media hora, menos también, en línea recta. ¡Olé, olé!

Pero no fue así. ¿Línea recta? ¡Qué va! Una ilusión.

La marea me mandó de un lado a otro, yo creía avanzar derecho, y en cambio, si avanzaba un metro en línea recta, me desviaba dos para un costado, dos más para el otro costado. El trecho cortito me costó tres horas, dando más vueltas que el dibujo de una huella digital.

– ¡Vas bien, vas bien! – me gritaban los del bote.

No sé si por las luces que veía, yo ya no quería estar en casa, con mi mamá. Quería vencer la marca que me llevaba de un lado a otro y decir: ¡cruce el Canal!

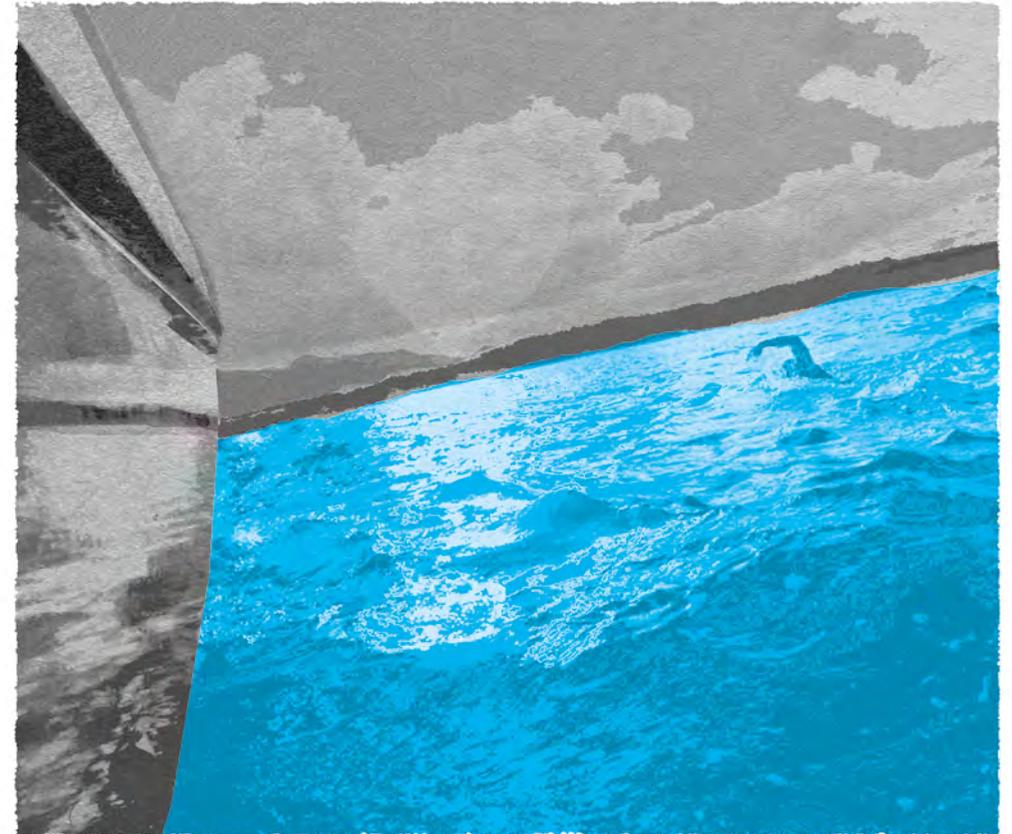
¡Y finalmente lo conseguí!

No podía creerlo cuando el agua me faltó como para poder nadar y me puse de pie, con pequeñas olas rozándome las rodillas.

La marea me había apartado de Boulogne sur Mer, toqué tierra en un lugar pelado, cerca de una casamata, una mole abandonada de cemento que algún loco había construido para la guerra.

Todos mis compañeros me abrazaron, engrasada como estaba. Por el Handy llamaron a un transporte que nos vino a buscar poco después.

Y mientras mis compañeros bromeaban y se reían felices porque yo había cruzado el Canal, comían sándwiches y bebían gaseosa, yo, en el asiento de atrás de la combi, de tan cansada me dormí como un tronco y no disfruté nada.



**Griselda Gambaro** nació en Buenos Aires y es una de las más respetadas escritoras del país. Reconocida dramaturga, es en el género teatral donde ha logrado mayor reconocimiento con obras como *Las paredes* y *La malasangre*. Su novela más conocida es *El mar que nos trajo*. Otros títulos: *Ganarse la muerte*, *Dios no nos quiere contentos*, *Lo impenetrable*. Este cuento se tomó de su novela para jóvenes *A nadar con María Inés*, basada en la vida real de una nena que, a los cuatro años, perdió media pierna derecha en un accidente de tránsito, pero reorganizó su vida y pudo un día cruzar a nado el canal de la Mancha, en Inglaterra.

# LA TERRAZA DE DON PEDRO

Oswaldo Pellín

Se asomaba al balcón de su terraza, ajeno a todo, como quien está navegando en alta mar y otea un lejano horizonte. Desde abajo los vecinos que pasaban, le gritaban,

– ¡Buenas tardes, don Pedro!

Él hacía un imperceptible gesto, respondiendo apenas.

En musculosa, apoyaba sus codos en la balaustrada de su azotea e inclinado hacia adelante fumaba, incansable y pensativo.

Mucho tiempo después, me convencí de que aquel hombre poseía una carcajada fantasmal y podría haber sido el personaje de una película de terror. Pero lo teníamos ahí, en el barrio, y era lamentablemente nuestro.

Al llegar la primavera, rompía con su contemplación, y era casi siempre el primero en remontar un barrilete. Nosotros, desde abajo, tratábamos de adivinar si ese año mostraría una bomba o una estrella. Sabíamos que, en cualquier caso, ostentaría su larga cola de trapo que, como una serpiente emplumada, corcovearía revoleando su temible extremo. Allí, perfectamente cosida, la mitad de una hoja de afeitar orientada con su filo hacia arriba, hacía las veces de tajante colmillo. Él se encargaría, mediante las maniobras de recoger y aflojar el ovillo del hilo del que pendía su cometa, de cortar los hilos de los otros barriletes que se remontaban desde la calle.

Cuando lo lograba, porque no faltaban los que lo desafiaban, emitía aquella carcajada impregnada de un placer maligno. Entonces el barrilete derrotado caía desde lo alto hasta perderse a lo lejos, sin sustento y sin esperanzas, como un pájaro herido.

Mi amigo Lucho, ayudado por su padre, había construido un barrilete muy liviano al que le había colocado no una mitad, sino dos mitades de navajita en su cola. Nadie le avisó nada a don Pedro.

Una siesta, Lucho salió sin llamar la atención y empezó su remontar. Enseguida, como un águila cebada, la estrella de Don Pedro inició su despegue y se fue a la caza del barrilete de Lucho. Los que estábamos allí nos arrimamos a él, temblando. Aunque igual, comenzamos a alentarlos y a hacerlo nuestro favorito.

Pronto, el griterío se hizo frenético. Venciendo el sopor de la hora, los vecinos se asomaban a las puertas para presenciar el duelo.

Lucho, con maestría, aflojó todo su ovillo y allí donde había más brisa, su delgada cometa tomó un vuelo hasta una altura casi insuperable.

La estrella, trabajosamente, lo buscaba, pero sin poder alcanzar su altura. Lucho estaba en inmejorables condiciones de tomar la iniciativa y de hacer planear, hacia abajo y sin riesgos, su barrilete.

Preparando el ataque, aflojó los últimos metros de hilo que le quedaban, para recogerlos repentinamente, rozando con su cola dentada, como en una falsa caricia de amor, el hilo de la estrella de don Pedro. El hilo se cortó y el barrilete terminó destrozándose entre los cables de un poste de alumbrado, doscientos metros más allá.

Lucho bajó el suyo y, en medio de una gran algarabía, el vecindario lo levantó en andas.

Cuando miramos hacia la terraza, don Pedro ya no estaba, y no apareció hasta que las brisas se apaciguaron y junto con ellas la temporada de los barriletes. Porque aquella primavera fuimos nosotros, los del llano, los reyes del cielo.

**Oswaldo Pellín** nació en Buenos Aires, pero reside en Neuquén, donde ejerce como médico pediatra, y es también escritor. Algunos de sus libros: *Cauces de la memoria* y *Afuera de nosotros y otros cuentos*, de donde se tomó este relato.

# EL EXTRAÑO FÚTBOL DE LOS MAYAS

Luis Gruss

Cuando los antiguos mayas eran libres, honraban a sus dioses jugando al fútbol hasta morir. A Chichén Itzá, Tulum y otras ciudades llegaban los equipos seleccionados entre los mejores representantes de la raza. Cuerpos bien formados y lujosamente ataviados se medían en certámenes que a veces duraban semanas enteras.

El juego de pelota, como lo llamaban, tenía poco que ver en realidad con el fútbol actual. El balón, confeccionado con hule macizo, era extraordinariamente pesado. Los jugadores –que la multitud alentaba con murmullos tan suaves como la brisa de Cancún– corrían por el campo haciendo gala de una extrema precisión y rapidez.

Las estrictas reglas fijadas por los sacerdotes les impedían tocar la pelota con las manos; solo podían impulsarla con golpes de cadera, piernas y brazos.

Pero lo más extraño de todo era el trágico desenlace de los partidos. Porque debido a que el juego era considerado una ceremonia esencialmente religiosa, el equipo ganador era premiado con la decapitación inmediata de todos sus integrantes.

La sangre derramada de estos inigualables deportistas servía entre otras cosas para aplacar el enojo de los dioses y fertilizar la tierra, un privilegio que ninguno de los elegidos osaba despreciar. Los perdedores, en cambio, compensaban esa terrible humillación con la posibilidad de retornar a sus aldeas junto a sus hijos y mujeres, cantando alabanzas al maíz y a las doradas manzanas del sol. Cambiaban el sacrificio heroico y triunfal por una vida sin gloria.

Hoy resulta demasiado fácil deducir que, a veces, perder es casi la única manera de ganar.



**Luis Gruss** nació en Buenos Aires. Estudió Letras en la Universidad Nacional de Buenos Aires y Astronomía en la Universidad Nacional de La Plata. Es poeta, narrador, docente y periodista. Autor de poemas, relatos y ensayos publicó, entre otros, *Poemas*, *Manaos*, *Letras de diario*, *Malos Poetas*, *Lo inalcanzable*, *El silencio* y *Finlandeses*.

# MIGUELITO, MI JUGADOR FAVORITO

Guillermo Saavedra

Esta es la historia increíble  
del tremendo Miguelito:  
un jugador irrompible,  
un ídolo del fútbol.

Siendo un bebé regordete,  
jugaba solo en la cuna.  
Cuando pateaba el chupete,  
lo mandaba hasta la Luna.  
A los siete años cumplidos,  
debutó en el Juvenil:  
a mil goles por partido,  
hizo cuatrocientos mil.  
A los catorce era un genio  
ya mundialmente famoso;  
hacía goles hasta en sueños  
o en paisajes montañosos.  
Goleó en Mercurio y en Marte,  
en Tanganika y Pompeya;  
y si querés enterarte,  
le hizo un golazo a una estrella.

Esta es la increíble historia  
de Miguelito, el mejor.  
¿No te gustó, zanahoria?  
Te regalo un alfajor.

**Guillermo Saavedra** nació y vive en Buenos Aires. Es poeta, editor y crítico cultural de gran trayectoria. Ha publicado varios libros de poesía para adultos, entrevistas con narradores argentinos, prólogos y antologías, además de libros de poesía para niños.

## Clásicos y tradiciones

---

# GULLIVER EN EL PAÍS DE LOS ENANOS

Jonathan Swift

Lemuel Gulliver fue un médico que, a finales del siglo XVII, se embarcó como cirujano a bordo de un gran velero que se llamaba *Antílope*, que zarpó del puerto de Bristol, Inglaterra, en el año 1699. Navegaron durante mucho tiempo, hasta que avistaron unas tierras extrañas en el extremo sur de un continente hasta entonces desconocido. Allí los recibió una tormenta feroz, y en medio de la borrasca, Gulliver se lanzó al mar sin esperar a que el barco se hundiera, cosa que finalmente sucedió.

Así fue como nadó y nadó hasta llegar a unas costas después de varias horas de mantenerse a flote, hacer la plancha y volver a nadar. Al final, ya agotadas sus fuerzas, las olas lo arrojaron a una playa donde se quedó profundamente dormido.

Pero la gran sorpresa lo esperaba al despertar. Porque en cuanto abrió los ojos descubrió que tenía las manos atadas y era prisionero de una raza de personas de un tamaño 10 o 12 veces menor que un ser humano, o sea gente de unos 15 centímetros de altura, quienes le informaron rápidamente que ese país era una isla llamada Liliput y que el Antílope se había hundido y no había otros sobrevivientes.

Reaccionando lentamente, Gulliver preguntó por qué lo tenían atado y uno de los hombrecitos, que usaba un palito como bastón porque era muy anciano, le tocó la cabeza y la nariz con el bastoncito y eso le produjo cosquillas que le provocaron un estornudo. ¡Y se produjo una catástrofe! Porque todos los enanitos cercanos volaron por el aire y fueron a caer a varios metros. Especialmente algunos que caminaban arriba de él, por su cuerpo, y salieron despedidos mientras los demás corrían a esconderse.

Gulliver consiguió desatarse las ligaduras, se puso de pie y llamó a los enanitos en el idioma de estos, porque conocía todas las lenguas.

–No teman, amiguitos –les dijo–. Solo soy un náufrago y necesito ayuda. No quiero molestar a nadie.

Los liliputienses, que así se llamaban los de Liliput, se acercaron poco a poco, y lentamente fueron entrando en confianza a medida que quien para ellos era un gigante, les sonreía y hablaba amablemente su mismo idioma.

Como todo náufrago que llega a tierra, Gulliver sentía mucha hambre. Pidió de comer y enseguida los enanitos le dieron una abundante comida, para lo cual cada uno debió aportar víveres y fueron muy generosos, si se piensa que los víveres que para ellos debían durar un mes Gulliver se los tragaba rápidamente.

Por supuesto, más animado, Gulliver les dio las gracias y se puso a conversar con ellos. Que le contaron que su rey se llamaba Lilipín Primero, que era muy justo y bueno, y que estaban en guerra con los enanitos de un país vecino.

–Yo daré cuenta de vuestros enemigos –les prometió Gulliver, y todos quedaron encantados de tenerlo como nuevo aliado, pues para ellos Gulliver era un gigante. Así que lo llevaron a presencia del rey Lilipín y su esposa Lilipina, que justo venían hacia allí en una carroza tirada por seis ratones.

Gulliver les hizo una gran reverencia, y el rey, enterado de la simpatía del gigante, le pidió consejo:

–¿Qué harías si tu casa aquí con nosotros fuera atacada? La defenderías, ¿verdad?

Gulliver, que ya simpatizaba con sus salvadores en la playa, le dijo al rey:

–Ahora esta es mi casa, y es claro que voy a defenderla. Los enemigos de Liliput son ya los míos.

Justo en ese momento se produjo un tumulto en la calle por la llegada de un mensajero, que, aterrado y casi sin aire, comunicó al rey que los enemigos del reino vecino se acercaban a la isla en muchos barcos, una flota enorme dispuesta a invadirlos y someterlos.

El rey y Gulliver fueron rápidamente a la playa, seguidos de todo el pueblo. Y vieron en el horizonte cientos de barcos que avanzaban hacia la

isla, cargados de soldados, pequeños. Que enseguida entraron en pánico porque no estaban armados.

Entonces Gulliver los tranquilizó diciéndoles que, para él, esa flota de barquitos eran lo mismo que nada. Y se metió en el agua y agarró los barcos, que para él eran como de juguete, y empezó a darlos vuelta. Los soldados enemigos, igualmente chiquitos que los liliputienses, se desesperaron y empezaron a huir en los barcos que todavía no habían sido dados vuelta, o nadando. Y solo cuando los vio alejarse, Gulliver volvió a tierra, riendo a carcajadas, y llamó a sus nuevos amigos, que estaban asombrados por su poder y valentía. Y como todos los enanitos quedaron lógicamente muy agradecidos, ahí nomás organizaron una fiesta que duró varios días, proclamándolo héroe de Liliput.

Gulliver pasó varios años en ese país, y los enemigos, horrorizados por la derrota de su armada, nunca más se atrevieron a provocarlos.

Y así vivieron en paz hasta que un día llegó a la isla un barco enorme, una fragata de muchas velas, y como Gulliver quería ver a su familia, anunció al rey que aprovecharía para volver a su tierra, a su mundo.

Aunque con enorme pena, el rey Lilipín Primero aceptó que se fuera. Y todo el pueblo, gentes pequeñas pero de grandes y nobles sentimientos, lo saludaron con lágrimas y sonrisas, y le pidieron que volviera alguna vez, en cuanto le fuera posible.

Gulliver dijo que a él también le dolía abandonar a un pueblo tan bueno y prometió que volvería alguna vez. Y enseguida se embarcó en la nave que lo llevaría de vuelta a su casa y su familia, mientras los liliputienses agitaban sus pañuelos despidiendo al gigante amigo hasta que el barco desapareció en el horizonte.

**Jonathan Swift** (1667-1745) fue un escritor y clérigo irlandés, autor de las más feroces sátiras sobre la naturaleza humana. *Los viajes de Gulliver* es la narración más larga de toda la obra de Swift, ha dado lugar a muchas obras e interpretaciones, y es hoy un clásico de la literatura inglesa y universal. Esta versión es de **Mempo Giardinelli**.

# EL VASO DE LECHE

Manuel Rojas

Afirmado en la barandilla de estribor, el marinero parecía esperar a alguien. Tenía en la mano izquierda un envoltorio de papel blanco, manchado de grasa en varias partes. Con la otra mano atendía la pipa.

Entre unos vagones apareció un joven delgado; se detuvo un instante, miró hacia el mar y avanzó después, caminando por la orilla del muelle con las manos en los bolsillos, distraído o pensando.

Cuando pasó frente al barco, el marinero le gritó en inglés:

–*I say, look here!* (¡Oiga, mire!)

El joven levantó la cabeza y, sin detenerse, contestó en el mismo idioma:

–*Hello! What?* (¡Hola! ¿Qué?)

–*Are you hungry?* (¿Tiene hambre?)

Hubo un breve silencio, durante el cual el joven pareció reflexionar y hasta dio un paso más corto que los demás, como para detenerse; pero al fin dijo, mientras dirigía al marinero una sonrisa triste:

–*No, I am not hungry! Thank you, sailor.* (No, no tengo hambre. Muchas gracias, marinero.)

–*Very well.* (Muy bien.)

Sacose la pipa de la boca el marinero, escupió y colocándosela de nuevo entre los labios, miró hacia otro lado. El joven, avergonzado de que su aspecto despertara sentimientos de caridad, pareció apresurar el paso, como temiendo arrepentirse de su negativa.

Un instante después un magnífico vagabundo, vestido inverosímilmente de harapos, grandes zapatos rotos, larga barba rubia y ojos azules, pasó ante el marinero, y este, sin llamarlo previamente, le gritó:

–*Are you hungry?*

No había terminado aún su pregunta cuando el atorrante, mirando con ojos brillantes el paquete que el marinero tenía en las manos, contestó apresuradamente:

–*Yes, sir, I am very hungry!* (Sí, señor, tengo harta hambre.)

Sonrió el marinero. El paquete voló en el aire y fue a caer entre las manos ávidas del hambriento. Ni siquiera dio las gracias y abriendo el envoltorio calentito aún, sentose en el suelo, restregándose las manos alegremente al contemplar su contenido. Un atorrante de puerto puede no saber inglés, pero nunca se perdonaría no saber el suficiente como para pedir de comer a uno que hable ese idioma.

El joven que pasara momentos antes, parado a corta distancia de allí, presenció la escena.

Él también tenía hambre. Hacía tres días justos que no comía, tres largos días. Y más por timidez y vergüenza que por orgullo, se resistía a pararse delante de las escalas de los vapores, a las horas de comida, esperando de la generosidad de los marineros algún paquete que contuviera restos de guisos y trozos de carne. No podía hacerlo, no podría hacerlo nunca. Y cuando, como es el caso reciente, alguno le ofrecía sus sobras, las rechazaba heroicamente, sintiendo que la negativa aumentaba su hambre.

Seis días hacía que vagaba por las callejuelas y muelles de aquel puerto. Lo había dejado allí un vapor inglés procedente de Punta Arenas, puerto en donde había desertado de un vapor en que servía como muchacho de capitán. Estuvo un mes allí, ayudando en sus ocupaciones a un austríaco pescador de centollas, y en el primer barco que pasó hacia el norte embarcose ocultamente. Lo descubrieron al día siguiente de zarpar y enviáronlo a trabajar en las calderas. En el primer puerto grande que tocó el vapor lo desembarcaron, y allí quedó, como un fardo sin dirección ni destinatario, sin conocer a nadie, sin un centavo en los bolsillos y sin saber trabajar en oficio alguno.

Mientras estuvo allí el vapor, pudo comer, pero después... La ciudad enorme, que se alzaba más allá de las callejuelas llenas de tabernas y posadas pobres, no le atraía; parecía un lugar de esclavitud, sin aire, oscura, sin esa grandeza amplia del mar, y entre cuyas altas paredes y calles rectas la gente vive y muere aturdida por un tráfigo angustioso.

Estaba poseído por la obsesión del mar, que tuerce las vidas más lisas y definidas como un brazo poderoso una delgada varilla. Aunque era muy joven había hecho varios viajes por las costas de América del Sur, en di-

versos vapores, desempeñando distintos trabajos y faenas, faenas y trabajos que en tierra casi no tenían explicación.

Después que se fue el vapor anduvo esperando del azar algo que le permitiera vivir de algún modo mientras volvía a sus canchas familiares; pero no encontró nada. El puerto tenía poco movimiento y en los contados vapores en que se trabajaba no lo aceptaron.

Ambulaban por allí infinidad de vagabundos de profesión; marineros sin contrata, como él, desertados de un vapor o prófugos de algún delirio; atorrantes abandonados al ocio, que se mantienen de no se sabe qué, mendigando o robando, pasando los días como las cuentas de un rosario mugriento, esperando quién sabe qué extraños acontecimientos, o no esperando nada, individuos de las razas y pueblos más exóticos y extraños, aun de aquellos en cuya existencia no se cree hasta no haber visto un ejemplar.

Al día siguiente, convencido de que no podría resistir mucho más, decidió recurrir a cualquier medio para procurarse alimentos.

Caminando, fue a dar delante de un vapor que había llegado la noche anterior y que cargaba trigo. Una hilera de hombres marchaba, dando la vuelta, al hombro los pesados sacos, desde los vagones, atravesando una planchada, hasta la escotilla de la bodega, donde los estibadores recibían la carga. Estuvo un rato mirando hasta que atreviose a hablar con el capataz, ofreciéndose. Fue aceptado y animosamente formó parte de la larga fila de cargadores.

Durante el tiempo de la jornada trabajó bien; pero después empezó a sentirse fatigado y le vinieron vahídos, vacilando en la planchada cuando marchaba con la carga al hombro, viendo a sus pies la abertura formada por el costado del vapor y el murallón del muelle, en el fondo de la cual, el mar, manchado de aceite y cubierto de desperdicios, glogloteaba sordamente.

A la hora de almorzar hubo un breve descanso y en tanto que algunos fueron a comer en los figones cercanos y otros comían lo que habían llevado, él se tendió en el suelo a descansar, disimulando su hambre.

Terminó la jornada completamente agotado, cubierto de sudor, reducido ya a lo último. Mientras los trabajadores se retiraban, se sentó en unas bolsas acechando al capataz, y cuando se hubo marchado el último acercose a él y confuso y titubeante, aunque sin contarle lo que le sucedía, le preguntó si podían pagarle inmediatamente o si era posible conseguir un adelanto a cuenta de lo ganado.

Contestole el capataz que la costumbre era pagar al final del trabajo y que todavía sería necesario trabajar el día siguiente para concluir de cargar el vapor. ¡Un día más! Por otro lado, no adelantaban un centavo.

–Pero –le dijo–, si usted necesita, yo podría prestarle unos cuarenta centavos... No tengo más.

Le agradeció el ofrecimiento con una sonrisa angustiada y se fue. Le acometió entonces una desesperación aguda. ¡Tenía hambre, hambre, hambre! Un hambre que lo doblegaba como un latigazo; veía todo a través de una niebla azul y al andar vacilaba como un borracho. Sin embargo, no había podido quejarse ni gritar, pues su sufrimiento era oscuro y fatigante; no era dolor, sino angustia sorda, acabamiento; le parecía que estaba aplastado por un gran peso. Sintió de pronto como una quemadura en las entrañas, y se detuvo. Se fue inclinando, inclinando, doblándose forzosamente y creyó que iba a caer. En ese instante, como si una ventana se hubiera abierto ante él, vio su casa, el paisaje que se veía desde ella, el rostro de su madre y el de sus hermanos, todo lo que él quería y amaba apareció y desapareció ante sus ojos cerrados por la fatiga...

Después, poco a poco, cesó el desvanecimiento y se fue enderezando, mientras la quemadura se enfriaba despacio. Por fin se irguió, respirando profundamente. Una hora más y caería al suelo.

Apuró el paso, como huyendo de un nuevo mareo, y mientras marchaba resolvió ir a comer a cualquier parte, sin pagar, dispuesto a que lo avergonzaran, a que le pegaran, a que lo mandaran preso, a todo; lo importante era comer, comer, comer. Cien veces repitió mentalmente esta palabra; comer, comer, comer, hasta que el vocablo perdió su sentido, dejándole una impresión de vacío caliente en la cabeza.

No pensaba huir; le diría al dueño: “Señor, tenía hambre, hambre, hambre, y no tengo con qué pagar... Haga lo que quiera”.

Llegó hasta las primeras calles de la ciudad y en una de ellas encontró una lechería. Era un negocio muy claro y limpio, lleno de mesitas con cubiertas de mármol. Detrás de un mostrador estaba de pie una señora rubia con un delantal blanquísimo.

Eligió ese negocio. La calle era poco transitada. Habría podido comer en uno de los figones que estaban junto al muelle, pero se encontraban llenos de gente que jugaba y bebía.

En la lechería no había sino un cliente. Era un vejete de anteojos, que, con la nariz metida entre las hojas de un periódico, leyendo, permanecía inmóvil, como pegado a la silla. Sobre la mesita había un vaso de leche a medio consumir. Esperó que se retirara, paseando por la acera, sintiendo que poco a poco se le encendía en el estómago la quemadura de antes, y esperó cinco, diez, hasta quince minutos. Se cansó y parose a un lado de la puerta, desde donde lanzaba al viejo unas miradas que parecían pedradas.

¿Qué diablos leería con tanta atención? Llegó a imaginarse que era un enemigo suyo, quien, sabiendo sus intenciones, se hubiera propuesto entorpecerlas. Le daban ganas de entrar y decirle algo fuerte que le obligara a marcharse, una grosería o una frase que le indicara que no tenía derecho a permanecer una hora sentado, y leyendo, por un gasto reducido.

Por fin el cliente terminó su lectura, o por lo menos, la interrumpió. Se bebió de un sorbo el resto de leche que contenía el vaso, se levantó pausadamente, pagó y dirigióse a la puerta. Salió; era un vejete encorvado, con trazas de carpintero o barnizador.

Apenas estuvo en la calle, afirmóse los anteojos, metió de nuevo la nariz entre las hojas del periódico y se fue, caminando despacito y deteniéndose cada diez pasos para leer con más detenimiento.

Esperó que se alejara y entró. Un momento estuvo parado a la entrada, indeciso, no sabiendo dónde sentarse; por fin eligió una mesa y dirigióse hacia ella; pero a mitad de camino se arrepintió, retrocedió y tropezó en una silla, instalándose después en un rincón.

Acudió la señora, pasó un trapo por la cubierta de la mesa y con voz suave, en la que se notaba un dejo de acento español, le preguntó:

–¿Qué se va a servir?

Sin mirarla, le contestó:

–Un vaso de leche.

–¿Grande?

–Sí, grande.

–¿Solo?

–¿Hay bizcochos?

–No; vainillas.

–Bueno, vainillas.

Cuando la señora se dio vuelta, él se restregó las manos sobre las rodillas, regocijado, como quien tiene frío y va a beber algo caliente. Volvió la señora y colocó ante él un gran vaso de leche y un platito lleno de vainillas, dirigiéndose después a su puesto detrás del mostrador. Su primer impulso fue beberse la leche de un trago y comerse después las vainillas, pero en seguida se arrepintió; sentía que los ojos de la mujer lo miraban con curiosidad. No se atrevía a mirarla; le parecía que, al hacerlo, conocería su estado de ánimo y sus propósitos vergonzosos y él tendría que levantarse e irse, sin probar lo que había pedido.

Pausadamente tomó una vainilla, humedeciola en la leche y le dio un bocado; bebió un sorbo de leche y sintió que la quemadura, ya encendida en su estómago, se apagaba y deshacía. Pero, en seguida, la realidad de su situación desesperada surgió ante él y algo apretado y caliente subió desde su corazón hasta la garganta; se dio cuenta de que iba a sollozar, a sollozar a gritos, y aunque sabía que la señora lo estaba mirando no pudo rechazar ni deshacer aquel nudo ardiente que le estrechaba más y más.

Resistió, y mientras resistía comió apresuradamente, como asustado, temiendo que el llanto le impidiera comer. Cuando terminó con la leche y las vainillas se le nublaron los ojos y algo tibio rodó por su nariz, cayendo dentro del vaso. Un terrible sollozo lo sacudió hasta los zapatos.

Afirmó la cabeza en las manos y durante mucho rato lloró, lloró con pena, con rabia, con ganas de llorar, como si nunca hubiese llorado.

Inclinado estaba y llorando, cuando sintió que una mano le acariciaba la cansada cabeza y que una voz de mujer, con un dulce acento español, le decía:

–Llore, hijo, llore...

Una nueva ola de llanto le arrasó los ojos y lloró con tanta fuerza como la primera vez, pero ahora no angustiosamente, sino con alegría, sintiendo que una gran frescura lo penetraba, apagando eso caliente que le había estrangulado la garganta. Mientras lloraba pareció que su vida y sus sentimientos se limpiaban como un vaso bajo un chorro de agua, recobrando la claridad y firmeza de otros días.

Cuando pasó el acceso de llanto se limpió con su pañuelo los ojos y la cara, ya tranquilo. Levantó la cabeza y miró a la señora, pero esta no le miraba ya, miraba hacia la calle, a un punto lejano, y su rostro estaba triste. En la mesita, ante él, había un nuevo vaso de leche y otro platillo colmado de vainillas; comió lentamente, sin pensar en nada, como si nada le hubiera pasado, como si estuviera en su casa y su madre fuera esa mujer que estaba detrás del mostrador.

Cuando terminó ya había oscurecido y el negocio se iluminaba con una bombilla eléctrica. Estuvo un rato sentado, pensando en lo que le diría a la señora al despedirse, sin ocurrírsele nada oportuno.

Al fin se levantó y dijo simplemente:

–Muchas gracias, señora; adiós...

–Adiós, hijo... –le contestó ella.

Salió. El viento que venía del mar refrescó su cara, caliente aún por el llanto. Caminó un rato sin dirección, tomando después por una calle que bajaba hacia los muelles. La noche era hermosísima y grandes estrellas aparecían en el cielo de verano. Pensó en la señora rubia que tan generosamente se había conducido e hizo propósitos de pagarle y recompensarla de una manera digna cuando tuviera dinero; pero estos pensamientos de gratitud se desvanecían junto con el ardor de su rostro, hasta que no quedó ninguno, y el hecho reciente retrocedió y se perdió en los recodos de su vida pasada.

De pronto se sorprendió cantando algo en voz baja. Se irguió alegremente, pisando con firmeza y decisión.

Llegó a la orilla del mar y anduvo de un lado para otro, elásticamente, sintiéndose rehacer, como si sus fuerzas interiores, antes dispersas, se reunieran y amalgamaran sólidamente.

Después la fatiga del trabajo empezó a subirle por las piernas en un lento hormigueo y se sentó sobre un montón de bolsas.

Miró el mar. Las luces del muelle y las de los barcos se extendían por el agua en un reguero rojizo y dorado, temblando suavemente. Se tendió de espaldas, mirando el cielo largo rato. No tenía ganas de pensar, ni de cantar, ni de hablar. Se sentía vivir, nada más.

Hasta que se quedó dormido con el rostro vuelto hacia el mar.



**Manuel Rojas** (1896–1973) nació en Buenos Aires, pero vivió la mayor parte de su vida en Chile. Es autor de cuentos, novelas, poemas y ensayos. De formación autodidacta, escolarizado hasta los once años, fue Premio Nacional de Literatura en Chile. Publicó, entre otros libros, *Tonada del transeúnte*, *El delincuente*, *El vaso de leche* y otros cuentos, *Lanchas en la bahía*, *Hijo de ladrón*, *Mejor que el vino*, *Punta de rieles*, *El hombre de la rosa*, *Sombras contra el muro* y un manual y una historia breve de la literatura chilena.

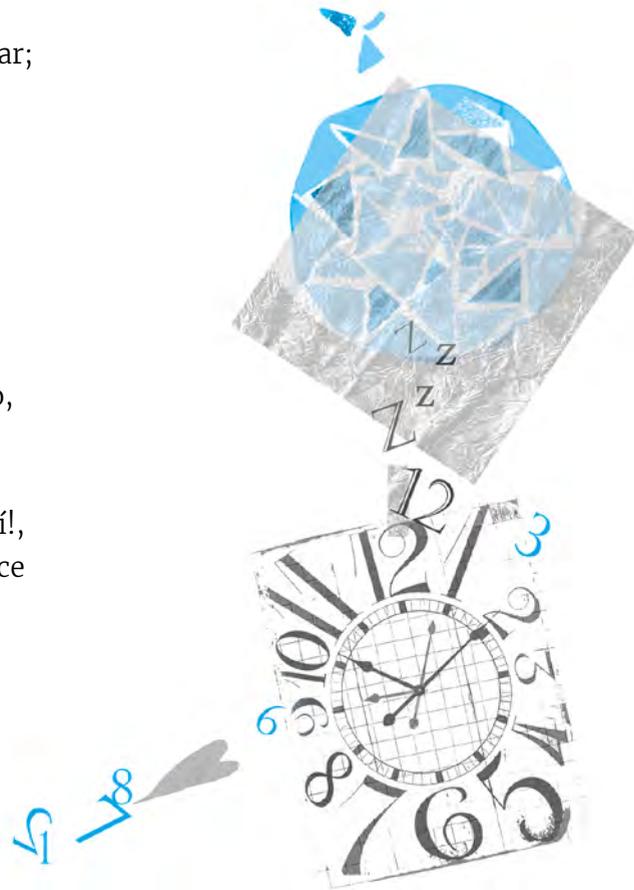
# A LA UNA TE MIRÉ

Anónimo

A la una te miré,  
a las dos te empecé a amar;  
a las tres te pude hablar  
y a las cuatro te admiré.

A las cinco me ausenté,  
a las seis ya no te vi;  
cuando a las siete volví  
hallé tu cariño escaso;  
no hiciste a las ocho caso,  
a las nueve huí de ti.

Dieron las diez, ¡ay de mí!,  
un amor que era de bronce  
se desvaneció a las once  
y a las doce me dormí.



Cancionero popular de Jujuy, recopilado por [Juan Alfonso Carrizo](#) (1895-1957), quien fuera el más destacado investigador argentino sobre poesía oral tradicional. Incluye juegos infantiles, danzas y canciones. Carrizo indagó en los orígenes americanos y europeos de las composiciones y las comparó con las recopiladas por otros investigadores en el mundo. Disponible en la Biblioteca Digital Miguel de Cervantes.

# LOS INDIANOS

Laura Ávila

Manuel corrió descalzo hasta alcanzar el patio de los estudiantes. Se paró para tomar aliento y ver si todavía lo seguían. No distinguía gran cosa en la oscuridad.

– ¡Indiano! –le gritaron–. ¡Te raparemos sin hacer espuma!

Manuel se refugió tras la estatua de Fray Luis de León que había en un ángulo poco iluminado.

En el patio aparecieron tres de los estudiantes mayores. Venían en su búsqueda para bautizarlo, ahora que había entrado en la Universidad de Salamanca, en pleno corazón de España. Pero Manuel no quería ningún bautismo, y menos de esos tres que ahora estaban jugando con una navaja.

– ¿Cómo quieres que te recortemos las patillas?

Las risas duras de los estudiantes sonaron en la noche. En ese momento salió la luna y la sombra delgada de Manuel se proyectó en las baldosas.

– ¡Ahí está!

Los tres mayores no le dieron tiempo a huir: lo derribaron de una zancadilla y lo agarraron del pelo. Manuel trató de zafarse tirando patadas.

En el fondo, casi contra la muralla de la universidad, apareció un chico de primer año rumbo a la letrina. Estaba en camisa de dormir y al ver lo que estaba pasando se detuvo en medio del patio con cara de nada. Entre las manos llevaba una bacina.

– ¡Largo de aquí! –se envalentonó el de la navaja.

El chico de la bacina se acercó a paso lento. Manuel, desde el piso, vio que la tenía llena hasta los topes.

– Me voy cuando yo quiero –dijo–. Estás hablando con el subteniente Pío Tristán.

– Estoy hablando con otro indiano, aunque tenga galones.

Los mayores se echaron a reír. Pío Tristán se puso rojo. Con un gesto rápido tiró el contenido de la bacina en la cara del de la navaja y le dio una patada que lo desarmó. Tuvo tiempo de pegar dos o tres bacinazos sobre las cabezas de los agresores, hasta que soltaron a Manuel y se dieron a la fuga.

Manuel se tocó los cabellos para ver si todavía los tenía. Pío Tristán lo contemplaba sin emoción, como si nada hubiera pasado.

–Al menos te ahorraste el camino hasta la letrina –dijo finalmente Manuel.

–¡Qué acento raro tienes! –dijo Pío Tristán.

–Es de Buenos Aires. ¿Y vos, de dónde sos?

–Nací en el Perú, pero soy buen español.

–¿De verdad sos subteniente? –dijo Manuel incorporándose.

–Soy soldado desde los siete años. Ahora cumpliré catorce.

–Yo voy a cumplir dieciséis. Me llamo Manuel.

–¿Manuel qué?

–Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano.

–¿Qué clase de nombre es Corazón? Venga, Belgrano estará bien para nombrarte.

En Salamanca hacía furor el billar. Los mejores jugadores eran alumnos de la universidad, y tenían gran reputación entre sus compañeros.

Apenas Pío le enseñó a jugar, Manuel descubrió que se podían calcular los golpes del juego a través de operaciones matemáticas. Con eso empezó a ganar bastantes partidos.

Se iba acostumbrando a Salamanca, pero extrañaba mucho su tierra americana. Así se lo confesó un día a Tristán en la casa de billares, pensando que Pío compartía ese sentimiento. Pero Pío Tristán lo miró como si se hubiera vuelto loco:

–¡España es nuestra verdadera casa, Belgrano! América es una colonia española.

–Sí, pero mis padres están ahí.

–¿Y qué? Cuando sea mayor viviré aquí y nadie recordará que nací en el Perú.



–¿Dónde queda el Perú? –dijo una vocecita a sus espaldas. Era Iris, la moza de la casa de billares, una chica muy linda que servía anís.

–Muy lejos –dijo Tristán, terminando la conversación.

Esa noche los dos volvieron tarde de la casa de billares. Encontraron cerradas las puertas de la universidad y tuvieron que escalar la muralla para aterrizar en el patio.

Había algunos alumnos mayores fumando junto a la estatua.

–¡Mirad! ¡Ahora caen indios del cielo! –dijo uno.

–La próxima vez te caeremos en la cabeza –dijo Manuel, mientras Pío le mostraba los puños. Si bien los miraron con bronca, no se atrevieron a meterse con ellos. Los dos juntos imponían respeto. Manuel tuvo una sonrisa de pura satisfacción, pero la cara de Pío estaba sombría.

Los dos llegaron al cuarto y se acostaron. Alrededor, los otros dormían.

–Belgrano –dijo Pío en la oscuridad–. ¿Qué me dices de la chica de los billares? ¿Te gusta?

–No sé.

–Entonces, apártate, porque la quiero para mí.

–Tendrías que preguntarle a ella su parecer –dijo Manuel, algo molesto.

–Ella te preferiría a ti.

–¡No sé!

–Nunca sabes nada. Eres un crío, un niño de mamá que extraña su estúpida aldea.

–Al menos quiero algunas cosas. Vos siempre estás demostrando que todo te importa un bledo, Pío.

–¡No me llames Pío! ¡Yo soy el subteniente Tristán! –gritó el chico, despertando a sus compañeros de cuarto. Agarró sus mantas y se fue hasta el final del pasillo, despojando al de la última cama para estar lo más lejos posible de Belgrano.

Toda Salamanca se dio cuenta enseguida que los indios ya no eran amigos. Esto inició una época muy mala para los dos: a Belgrano lo raparon a cero y a Pío le llenaron las botas de pis. Manuel hervía de rabia, pero solo no podía defenderse. Siempre eran más, siempre le estaban recorriendo su condición de extranjero.

Un día se organizó un torneo entre todos los alumnos de Salamanca. El premio era una placa de marfil con los colores de la universidad.

Manuel se entrenó especialmente. Sabía que, si ganaba ese torneo, iba a ganarse el respeto de todos.

La noche del torneo la casa de billares estaba repleta. Manuel comenzó a jugar con una precisión casi sobrenatural, hasta que solo quedaron concursando él, un alumno de Teología y Pío Tristán.

Iris paseaba entre las mesas sin perderse detalle de la contienda.

El alumno de Teología perdió y Tristán y Belgrano se encontraron frente a frente.

Pío tiró primero: tenía una puntería terrible. Manuel pensó que sería un feroz soldado, con esa mirada asesina y certera. Pero Pío quiso ganar enseguida y el taco se le resbaló de entre los dedos.

Belgrano no perdonó. Lentamente, pero con tiros seguros, dominó el partido.

Cuando hizo la carambola final, todos estallaron en aplausos, tirando al aire sus gorras. Iris se acercó hasta él y lo besó. Era el primer beso que le daban a Manuel.

Tristán salió de la casa de billares sin darle la mano, siquiera.

Pero Manuel, a pesar de su victoria, no se sentía contento. Así que salió tras Pío y lo encontró en la calle, sentado en el cordón de la vereda.

Se sentó junto a él y le ofreció la placa del premio:

–Es tuya. Vos me enseñaste a jugar.

–Venga, no seas estúpido. La has ganado tú –dijo Pío.

–Sí, pero no la quiero. No quiero ganarle a nadie acá.

–No te molestarán, los has conquistado. Ahora eres un español, como ellos.

El tono de Pío era amargo. Belgrano entendió que él también, a su modo, se sentía perdido lejos de su casa.

–Yo prefiero ser un indio, Pío –le dijo–. Los indios... Los americanos, tenemos que estar juntos. Pase lo que pase. Es la única forma de que nos dejen en paz.

Tristán lo miró. Belgrano estaba serio, sentado bajo los faroles de la calle. Lentamente tomó la placa de manos de su amigo, y se quedó mirando sus colores.

–Eres un sentimental, Belgrano –dijo al fin.

–Mi segundo nombre es Corazón.

Pío Tristán se rio. Era la primera risa sincera que Manuel oía desde que había llegado a Salamanca. Y de repente comprendió por qué. Porque era una risa parecida a la suya, una risa nacida y criada en América, esa América que para bien o para mal los estaba esperando.

**Laura Ávila** nació en Buenos Aires. Es guionista, novelista y realizadora cinematográfica. Sus obras combinan divulgación histórica argentina con aventura, acción y recreación de la vida cotidiana. Publicó, entre otros, las novelas *La Rosa del río*, *La sociedad secreta de las hermanas Matanza*, *El pan de los patricios*, *Final cantado* y *Los espantados del Tucumán*.

# EL ZORRO Y EL GALLO

Cuento tradicional  
de la provincia de Córdoba

En cierta ocasión, vivía en una tapera abandonada un gallo viejo y bastante astuto.

Había pasado mucho tiempo sin que nadie lo molestara, pero últimamente merodeaba un zorro por el lugar. Esto lo tenía muy preocupado y estaba siempre alerta, dispuesto a refugiarse sobre los árboles al menor ruido.

Mientras tanto el zorro había inventado las mil y una formas para cazarlo. Cada vez tenía más ganas de comer al gallo pero no podía encontrar la manera de atraparlo.

Hasta que una tarde el zorro apareció con un diario debajo del brazo y tranquilamente fue a sentarse al pie del árbol donde se había subido el gallo, lo desdobló y comenzó a leer.

De pronto le dijo:

–¿Ha visto, compadre, lo que dice el diario?

–No –contestó el gallo.

–Entonces ¿no sabe nada del nuevo decreto que se ha dictado para los animales?

–No.

–¿Cómo no sabe algo tan importante? –insistió el zorro.

–No, no sé nada, compadre –contestó el gallo.

–Se lo voy a leer, el nuevo decreto dice así: que el zorro no le puede hacer nada al gallo; ni el perro y el hombre le pueden hacer nada al zorro, porque desde hoy todos tenemos que vivir en armonía.

–¡Ah, sí, qué bien! –exclamó el gallo.

–Bájese, compadre, y léalo usted mismo.

–No, no, gracias...

–¡Bájese, no sea desconfiado, compadre!

–Hoy es muy tarde, mejor, mañana... –replicó el gallo.

–¡Bájese! Yo no puedo hacerle nada; ya oyó lo que dice el decreto.

–¿Está seguro que el zorro no le puede hacer nada al gallo?

–Sí, acá está escrito.

–¿Está seguro que el perro no le puede hacer nada, compadre? –volvió a preguntar el gallo viendo que por el norte se acercaba una gran polvareda .

–Sí... ¿Por qué? –quiso saber el zorro.

–Porque lo veo venir con el hombre.

–¿Y de qué lado vienen, me puede decir? –preguntó impaciente el zorro.

–Por el sur, compadre –mintió el gallo.

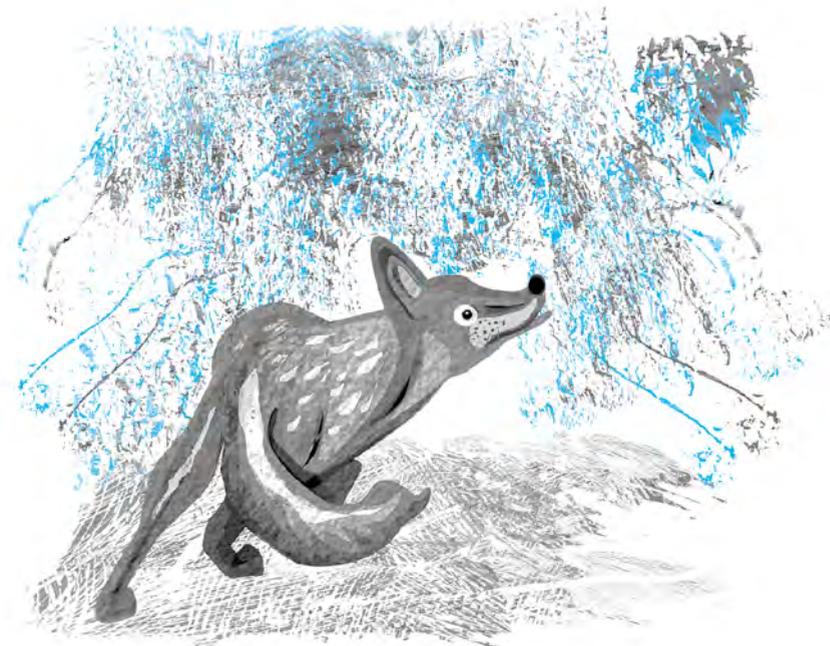
Y el zorro salió corriendo como bala.

Al ratito se encontró justo frente a los perros. Al verlos pegó tal espantada, que en el aire dio media vuelta y retomó el camino andado con los perros pisándole los talones.

Cuando pasó debajo del árbol donde estaba el gallo, este le gritó:

–¡Muéstreles el decreto, compadre, muéstreles el decreto!

–¡Qué va! ... ¡Estos no entienden de decreto! –exclamó el zorro.



Tomado de *Leyendas argentinas*, compilación de Paulina Martínez, Eva Rey y Pirucha Romera.

# LOS GITANOS UNA VEZ FUERON PÁJAROS

Jorge Nedich

Alguna vez los gitanos fueron pájaros que volaban, libres, de un lugar a otro. Así lo cuenta una leyenda gitana de hace muchas, muchas navidades.

Los gitanos eran pájaros y volaban libres de un lugar a otro, hermosos pájaros que cantaban canciones felices.

Un día vieron un palacio de oro, y encandilados bajaron todos en bandada a ver qué había ahí.

Sorprendidos, repararon en que allí vivían otros pájaros y aves, gallinas, patos y pavos, que ya no podían volar. Maravillados con la visita, les ofrecieron a los pájaros gitanos joyas y golosinas para que se quedaran en su castillo.

Los pájaros gitanos contemplaban a ojos llenos las riquezas y el oro. Hasta que uno de ellos vio cómo la avaricia dañaba a su bandada y los llamó a retomar el vuelo. Pero sus pájaros no lo escucharon y como él no quería quedarse en esa jaula aunque fuese de oro, se marchó, hundiéndose en una nube.

Recién entonces los pájaros gitanos reaccionaron, pero con tanto peso por las joyas que habían acumulado ya no podían volar.

Entonces, una pluma roja de sangre llegó flotando hasta ellos, y cuando tocó el suelo las joyas que estaban adheridas a sus plumas cayeron al piso, y ellos, aunque ahora livianos, ya no podían volar.

La pluma roja, en cambio, movida por la brisa de Navidad, se fue por los caminos y los gitanos supieron que ya no volverían a volar jamás, pero siguiendo la pluma roja fueron libres otra vez. Y así, caminando por el mundo, fueron perdiendo sus plumas y transformándose para siempre en mujeres y hombres con alma de pájaros.



**Jorge Nedich** nació en Sarandí, provincia de Buenos Aires. De origen gitano, hasta los 17 años vivió de manera nómada. En 1999 ingresó a la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, sin tener completa primaria ni secundaria. Hoy es profesor universitario sin dejar de lado su activismo gitano. Entre sus textos publicados se encuentran *Ursari*, *Leyenda Gitana* y *Gitanos para su bien o su mal*, galardonada con el segundo premio en el concurso internacional “Amico Rom” (Italia, 1995). También publicó las novelas infantiles vinculadas al mundo del fútbol *La primera vez que fui a La Bombonera*, *Dos desafíos* y *De Boquita a la selección*.

# EL TIGRE Y EL ZORRO

Cuento tradicional  
de la provincia de Tucumán

Cierto día el zorro encontró a su tío el tigre comiendo una presa y le dijo:

–Deme un poquito, que tengo el estómago vacío.

–No –le contestó el tigre y se la comió toda, dejando solo una pata y algunas pieles.

Entonces el zorro le volvió a decir:

–Tío tigre, deme esa pata que tengo el estómago vacío.

–No, que es para tu tía tigre –le contestó rápidamente.

Y como estaba muy lleno se echó a dormir una siesta.

El zorro, sentado a cierta distancia, esperó a que estuviera bien dormido y sin hacer el menor ruido le sacó una de las pieles, hizo una bolsita, la llenó de avispas y se la ató a la cola.

Después se alejó un poco y gritó:

–¡Tío... huya que viene persiguiéndolo la policía!

El tigre despertó sobresaltado y al oír los gritos del zorro salió a todo correr escuchando siempre detrás suyo el ruido que hacían las avispas, creyendo que eran sus temidos perseguidores.

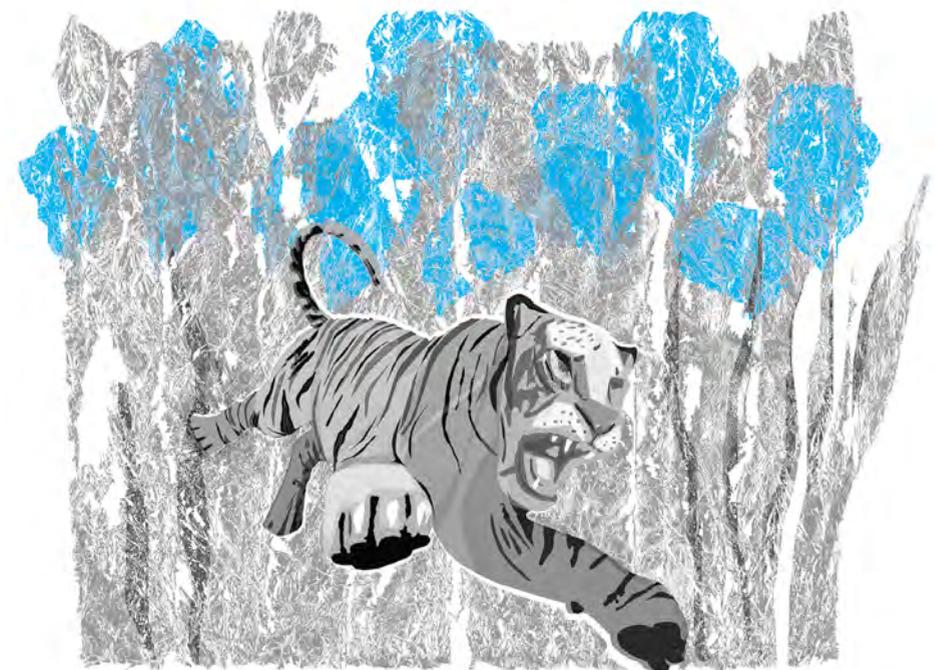
Mientras tanto el zorro muerto de risa se dio un festín con la pata que había quedado.

El tigre siguió corriendo con todo lo que le daban sus patas hasta que no pudo más y cuando ya se iba a dar por vencido, descubrió la broma.

Le dio tanta rabia que juró dar un escarmiento a su sobrino.

Enfurecido fue a su cueva y llamó a su mujer con la que se puso de acuerdo; luego se tiró al suelo simulando estar muerto. Mientras tanto, la señora tigre invitaba para el velorio al quirquincho, a la charata\*, a la comadreja y a otros conocidos.

\* Charata: ave gallinácea semejante a un pavo silvestre.



También buscó al zorro y le dijo:

–Sobrino zorro, tu tío ha muerto y te nombró tutor de tus primos. Es necesario que vayas a nuestra casa para hacerte cargo de ellos.

El zorro no muy convencido fue al velorio. Al llegar a la puerta vio a su tío tendido en medio de la cueva, pero como desconfiaba dijo:

–¡Qué raro! Había oído decir que los muertos cuando están bien muertos quedan moviendo la cola.

Entonces el tigre sacudió fuertemente la cola para convencerlo y el zorro, al verlo, dio media vuelta y dijo:

–Muerto que mueve la cola es porque no está muerto. ¡Patitas... para cuándo si no para ahora!

Y salió corriendo.

El tigre sorprendido, se levantó de un salto y mientras lo veía alejarse, gritó furioso:

–¡Ah, sobrino, me embromaste otra vez!

Tomado de *Leyendas argentinas*, compilación de Paulina Martínez, Eva Rey y Pirucha Romera

# LOS ENANITOS Y EL ZAPATERO

Hermanos Grimm

Hace muchísimos años, en una aldea pequeña, vivía un anciano zapatero. Era muy trabajador, pero se había empobrecido tanto, que apenas tenía cuero para fabricar un par de zapatos. Un solo par. Preocupado, una tarde cortó y preparó las piezas para concluir el trabajo al día siguiente.

–Mañana temprano terminaré –dijo a su esposa–. Mis ojos son débiles y no veo bien la luz de la vela.

Se durmió inquieto y se despertó al amanecer. Cuando se asomó al taller, no pudo creer lo que veía. ¡Los zapatos estaban terminados! Sorprendido, los miró en detalle. ¡Perfectos! Entusiasmado con la idea de venderlos muy bien, los puso en la vidriera. Al instante apareció un cliente que pagó por ellos cuatro veces su valor. ¡Qué alegría! Con ese dinero, el anciano compró cuero para fabricar no uno, sino dos pares. Antes de la caída del sol, cortó las piezas, las dejó sobre la mesa, y apenas oscureció se fue a dormir. A la mañana siguiente, allí estaban los dos pares de zapatos, impecables. Volvió a venderlos a buen precio, compró más cuero para hacer el doble de zapatos, los preparó, y se fue a dormir... Y así se repitió la historia, noche tras noche.

–¿Quién nos estará ayudando? –pensó en voz alta el zapatero–. ¿Y si hoy nos quedamos despiertos para averiguarlo? –propuso a su mujer.

Y así hicieron. Escondidos tras unas cortinas, esperaron. A medianoche, vieron aparecer por una rendija a unos seres pequeñitos que se movían con gracia, canturreaban y reían. Iban descalzos, vestían ropa liviana y llevaban sombreritos puntiagudos. En unos minutos, manejando con destreza agujas, hilos, martillos y clavos, fabricaron los zapatos más primorosos que algún zapatero haya visto. Una vez terminada la tarea, se fueron como habían llegado.



–¡Asombroso!–exclamó la mujer del zapatero–. Estos hombrecitos han estado haciendo el trabajo. ¡Pero van desabrigados! ¿Y si coso ropas para ellos? También podrías fabricar zapatos para sus piecitos, ¿no?

El zapatero celebró la idea. Esa noche, entonces, en lugar de los cortes de cuero, dejaron la ropa diminuta, y se escondieron para verlos.

–¡Qué linda esta casaca verde! –decía uno de ellos mientras se la ponía.

–¡Hermosos estos pantalones! –comentó otro–. Y ahora que estamos vestidos como señores, ¡ya no queremos ser zapateros!

Y así fue nomás. Nunca volvieron al taller de nuestro amigo. Pero él ya no los necesitaba: gracias a su ayuda, su negocio había prosperado muchísimo. Toda la aldea volvió a comprar zapatos, zuecos, sandalias y botines. Lo que nadie entendía era por qué, en todos los pares, aparecía grabada la imagen de un enanito con un sombrero puntiagudo.

Este cuento maravilloso fue compilado por los hermanos **Jacob** y **Wilhelm Grimm**, quienes lo publicaron en 1812. La versión que aquí se ofrece fue realizada por la escritora **Graciela Pérez de Lois**.

# EL POMBERO

## VIGILANTE DE LAS SIESTAS

Ser mítico guaraní,  
descrito por Guillermo Barrantes

El Pombero es un enano velludo, panzón y de brazos largos, que usa sombrero de paja y un gran bastón brillante. Protege a los pájaros de la selva. Su silbido es similar al piar de un pollito, pero más agudo y prolongado. Aseguran que quien lo escucha no puede evitar sentir un escalofrío.

A los niños que se escapan de sus casas a la hora de la siesta para matar pájaros, el Pombero se les aparece de improviso, porque sus pisadas no se escuchan, y se los lleva lejos para que se pierdan en el bosque.

Su casa está en los montes, pero a veces, pasa la noche en las viviendas abandonadas, las taperas o, incluso, en algún gallinero donde se come todos los huevos.

A pesar de su fea apariencia, es un ser enamoradizo que ronda a las mujeres que recorren solas el campo o el monte. Si logra conquistar a alguna dama, tendrá un hijo con ella y querrá quedarse con el niño para convertirlo en Pombero.

Los primeros que lo vieron fueron los guaraníes. En algunas regiones lo llaman *py-ragüé* que en lengua guaraní significa “pies con plumas” o “pies velludos”, en alusión a su andar silencioso.

### El antídoto

Las mujeres que andan solas por los campos lucen collares de ruda macho y de ajo para mantenerlo alejado. Pero los niños, para estar a salvo, deben respetar el horario de la siesta.

### La ofrenda

El Pombero protege a aquellos que le dejan ofrendas de tabaco, miel o botellas de caña durante treinta noches seguidas, colgadas en un árbol de la casa.

Los guaraníes constituyen una gran familia originaria extendida en países como Paraguay, Brasil, Bolivia y Argentina. Desde sus comienzos fueron un pueblo selvático y guerrero, dueño de un sorprendente universo espiritual y religioso que han sabido mantener hasta la actualidad. Han desarrollado también una poderosa mitología que puebla de enanos y monstruos el paisaje del litoral. El más conocido de todos es el *Pombero* que describe [Guillermo Barrantes](#) en su *Paseo de los seres míticos argentinos: guía-bestiaria*. Un *bestiario* es un catálogo de seres imaginarios.



# PAÍ LUCHÍ: LOS CAMINOS

Beatriz Actis

## Los caminos

La provincia de Santa Fe, República Argentina, está atravesada por una innumerable cantidad de caminos.

Hay caminos rectos y sinuosos, largos y cortos, con zanjas y sin zanjas, cercanos y lejanos entre sí, y hasta con forma de caracol.

Vistos en conjunto, forman un mapa que se parece a una red de pescadores, a una manta tejida al crochet, a un cielo con constelaciones construidas con líneas imaginarias trazadas entre las estrellas.

Hay caminos que unen a las ciudades con los pueblos, con las colonias y también con simples caseríos dispersos en el campo.

Algunos de esos poblados tienen nombres de mujeres, como Aurelia, María Juana, Rafaela, Alejandra o Eusebia y Carolina, por ejemplo.

Otros, de vegetales: Los Cardos, El Trébol, Sauce Viejo, Chañar Ladeado, Las Rosas, Las Palmeras.

Algunos, de animales: Gato Colorado, Venado Tuerto, Las Bandurrias, El Gusano, Las Garzas.

Por todos estos caminos ha desandado sus pasos el célebre Paí Luchí.

Él mismo me lo ha contado.

Cada vez que Paí Luchí llega a uno de esos lugares, mira a su alrededor, cierra los ojos y es entonces cuando le da como una especie de ataque que no puede detener: empieza a hacerle promesas a todo el mundo.

Se para en el centro de la plaza, al lado del mástil, y acompañándose con algún elemento de percusión o simplemente a viva voz comienza a prometer las cosas más variadas, por ejemplo:

*Traeré oculistas para “Venado Tuerto”.*

*Un lápiz para “Pozo Borrado”.*

*Enderezaré al mismísimo “Chañar Ladeado”.*

*Les conseguiré novio a “Rafaela”, a “Alejandra” y a “María Juana”.*

*Y, de paso, un malón y una tribu para que el “Cacique Aracaiquín” se entretenga.*

Le encanta prometer. Es como una especie de manía.

Algunos dicen, incluso, que sus promesas se cumplen, como si fueran milagros.

Otros le han propuesto que se postule para gobernador.

Él no ha querido.

Prefiere seguir deambulando por los caminos y haciendo promesas:

*Haré nacer brotes nuevos en “Sauce Viejo”.*

*Conseguiré frazadas para “Malabrigo”.*

*Agujas para “Sastre”.*

*Velas para “San Javier”, “San Lorenzo” y “San Jerónimo Norte”.*

*A la localidad de “El Gusano” la llamaremos: “La Futura Mariposa”.*

*A “San José de la Esquina” lo acercaremos a “San José del Rincón”, para que no se sienta solo.*

Etcétera.

Nunca se sabrá si sus promesas son o serán, en algún momento, cumplidas.

Pero Paí Luchí parece decirle a la gente lo que la gente quiere oír.

**Beatriz Actis** es autora de *Lágrimas de sirena* (novela), *Misterio en el cementerio* (cuentos) y *La oveja imaginaria* (poesía), entre más de treinta libros de literatura para niños y jóvenes. También escribe libros de educación y de literatura para adultos. Obtuvo los premios Fondo Nacional de las Artes (en cuento y novela), Municipal de Córdoba y Municipal de Rosario (ambos en cuento), entre otros. Es profesora en Letras por la Universidad del Litoral. Reside en Rosario.

# ¿POR QUÉ SOPLA EL VIENTO ZONDA?

Oche Califa

Las vastas regiones montañosas de lo que hoy es el noroeste argentino –con sus hermosos valles y sus ríos caudalosos– y las inmediatas a la cordillera de los Andes –que forman lo que se denomina Cuyo– estaban habitadas por una buena cantidad de pueblos que vivían del cultivo de la tierra y la caza de animales. Todos ellos fueron, luego, incluidos dentro del gran Imperio Inca y, finalmente, dominados por los españoles.

Entre los numerosos y muy variados animales que poblaban esas regiones se destacaban las vicuñas y guanacos, y muchos tipos de aves. La Pachamama, diosa de la Tierra, les había enseñado a cuidarlos y a no cazarlos más allá de lo necesario, para que no se extinguieran, y había encargado al Coquena para que eso se cumpliera.

El Coquena, al que también llamaban Yastay, era otro dios menor, con poder para castigar a los que no cumplieran y premiar a los que sí lo hicieran. Todos sabían de su existencia y algunos decían haberlo visto más de una vez, caminando por las montañas en actitud vigilante.

Pero en la región de los huarpes, que es la de Cuyo, había un joven cazador llamado Huampi, al que no le gustaba hacer caso de la Pachamama y el Coquena. Y allí donde veía un guanaco, una vicuña, un zorro, un suri o ñandú y hasta una pequeña perdiz pretendía cazarlo. Muchas veces sin necesidad.

El Coquena, un buen día, le advirtió que no lo hiciera. Pero Huampi, nada. Eso sorprendió al Coquena, porque por lo general los cazadores lo obedecían, así que lo habló con la Pachamama, que decidió ella misma amonestar a Huampi.



Fue inútil. El desobediente cazador siguió haciendo de las suyas, mantando sin necesidad a cuanto animal se le cruzara.

Entonces la Pachamama, cansada ya de tal cosa, le envió a Huampi un viento fuerte, seco y caliente, que se arremolinó a su alrededor, lo alzó en el aire y los arrojó contra las murallas rocosas de los Andes.

Así nació el viento zonda. Y se dice que cada vez que sopla es porque alguien ha vuelto a desobedecer a la Pachamama.

El zonda es un viento cálido y seco, característico de la región andina que va desde las provincias de Catamarca y La Rioja hasta la de San Juan y Mendoza (en esta última es donde más se siente), que sopla entre mayo y octubre, eleva mucho la temperatura y provoca grandes polvaredas. Coquena es el dios protector de los animales, según la mitología de los diaguitas-calchaquíes. Esta versión de **Oche Califa** formará parte del segundo tomo del *Libro mítico de los porqué*.



# Índices y créditos legales

---

## Índice de autoras y autores

AUTOR/A	TÍTULO	GÉNERO	PÁG
Ábalos, Jorge W.	“La noche”	Cuento	114
Accame, Jorge	“La curva del duende”	Cuento	88
Actis, Beatriz	“Paí Luchí y la verdad de las cosas”	Cuento	176
Akutagawa, Ryonosuke	“Sennin”	Cuento	119
Ancalao, Liliana	“Oración para esperar el colectivo” (versión bilingüe mapuzungun)	Poesía	36
Anónimo	“A la una te miré”	Canción popular	160
Anónimo	“El zorro y el gallo”	Cuento tradicional	166
Anónimo	“El tigre y el zorro”	Cuento tradicional	170
Arciniegas, Triunfo	“El pequeño caballo que comía nubes al desayuno”	Cuento	74
Ávila, Laura	“Los indianos”	Novela	161
Baranda, María	“Si miras mis codos”	Poesía	14
Barrantes, Guillermo	“El Pombero, vigilante de las siestas”	Ser mítico guaraní	174
Bécquer, Gustavo Adolfo	“Rimas X y XIV”	Poesía	46
Bellessi, Diana	“Marea de mi corazón”	Poesía	60
Benegas, Mar	3 poemas breves	Poesía	34
Birmajer, Marcelo	“El otro fin”	Fábula	78
Blasco, Martín	“El ahogado avaro”	Cuento	54
Bodoc, Liliana	“Un decreto incomprendido”	Cuento	106
Bombara, Paula	“Puntadas”	Cuento	112
Bornemann, Elsa	“Puentes”	Poesía	67
Cabuchi, Susana	2 poemas	Poesía	39
Califa, Oche	“¿Por qué sopla el viento Zonda?”	Leyenda	178
Camus, Albert	“La pesca”	Chiste	138
De Santis, Pablo	“Último piso”	Cuento	86
Dolina, Alejandro	“Magia”	Cuento	104
Durini, Ángeles	“Lorenzo Horizonte”	Cuento	57
Esopo	“Androcles y el león”	Fábula	72
Esopo / Babrio	“La hormiga y la cigarra”	Fábula	71
Ferrada, María José	“Los anteojos”	Poesía	85
Ferro, Beatriz	“Alegato final”	Poesía	35
Filloy, Juan	“Palíndromos”	Palíndromos	40
Fracchia, Eduardo	“Antipoema”	Poesía	38
Galeano, Eduardo	“El mundo”	Microficción	13
Gambaro, Griselda	“Cruzar el canal”	Novela	139
García Lorca, Federico	“Los reyes de la baraja”	Poesía	56

AUTOR/A	TÍTULO	GÉNERO	PÁG
Genovese, Alicia	“Honras”	Poesía	25
Gimenez, Eduardo Abel	“Camina”	Poesía	22
Giordano, Pablo	“La frazada asesina”	Cuento	110
Grimm, Hermanos (versión de G. Pérez de Lois)	“Los enanitos y el zapatero”	Cuento tradicional	172
Gruss, Luis	“El extraño fútbol de los mayas”	Microficción	144
Huidobro, Norma	“Más linda que nunca”	Cuento	62
Iannamico, Roberta	“Las cosas”	Poesía	28
Kosiak, Fernando	“La conquista”	Cuento	101
Lagmanovich, David	“Los ojos”	Microficción	79
Leite, Julio	“Cómo hacer un pan”	Poesía	24
Malatesta, Roberto	“Estrellas”	Poesía	77
Masin, Claudia	“Ella abre la tarde...”	Poesía	66
Moisés, Juan Carlos	“El querido”	Poesía	68
Muñoz Valenzuela, Diego	“El ángel”	Microrrelato	31
Muñoz, Rosabetty	“Hay ovejas y ovejas”	Poesía	80
Nedich, Jorge	“Los gitanos una vez fueron pájaros”	Leyenda	168
Ortiz, Juan L.	“A la orilla del río”	Poesía	44
Paz, Octavio	“Decir: Hacer”	Poesía	32
Pellín, Osvaldo	“La terraza de don Pedro”	Cuento	142
Pushkin, Alexander	“El águila y el cuervo”	Fábula	82
Renard, Jules	“El picapedrero”	Cuento	118
Rocha, Silvina	“El sueño del pibe”	Cuento	131
Rojas, Manuel	“El vaso de leche”	Cuento	152
Roldán, Gustavo	“Amor de dragón”	Cuento	43
Saavedra, Guillermo	“Miguelito, mi jugador favorito”	Poesía	146
Saki	“El cuentista”	Cuento	16
Saracino, Luciano	“El recolector de lo que sobra”	Cuento	100
Sasturain, Juan	“El último entrenador”	Cuento	134
Schuff, Nicolás	“El caminante nocturno”	Cuento	94
Schweblin, Samanta	“Perdiendo velocidad”	Cuento	124
Sorrentino, Fernando	“Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza”	Cuento	126
Swift, Jonathan	“Gulliver en el país de los enanos”	Novela	149
Urretabizkaya, Rafael	“Gallinas”	Poesía	76
Valenzuela, Luisa	“Palabras parcas”	Microrrelato	29
Vallejos, Beatriz	4 poemas brevísimos	Poesía	30
Veiravé, Alfredo	“Los lapachos han vuelto a florecer”	Poesía	26
Wapner, David	2 poemas	Poesía	55
Wilde, Oscar	“El ruiseñor y la rosa”	Cuento	47
Yunque, Álvaro	“Mocho y el espantapájaros”	Cuento	95
Zepeda, Eraclio	“Don Chico que vuela”	Cuento	90

## Índice de autoras, autores y obras de la colección

Ábalos, J. W., <i>La noche</i> , III, 114	Califa, O., <i>Amor fugaz</i> (versión), I, 174; <i>Amor imposible</i> (versión), II, 168; <i>¿Por qué sopla el viento Zonda?</i> (versión), III, 178
Accame, J., <i>Caída al cielo</i> , II, 128; <i>La curva del duende</i> , III, 88	Calvo, M., <i>Poema</i> , II, 21
Actis, B., <i>Paí Luchí y la verdad de las cosas</i> , III, 176	Camus, A., <i>La pesca</i> , III, 138
Aguirre, V., <i>Arturo</i> , II, 102	Cinetto, L., <i>Romance del sapo</i> , II, 56
Ak'abal, H., <i>De animales terrestres</i> , I, 108; <i>De animales que vuelan</i> , I, 109	Clemente, H., <i>Mirando el corcho</i> , II, 104
Akutagawa, R., <i>Sennin</i> , III, 119	Colasanti, M., <i>La niña y el cordero</i> , I, 139; <i>El gato</i> , II, 44
Alberti, R., <i>Bailecito de bodas</i> , I, 33	Comino, S., <i>¿Lobo está?</i> , II, 76
Ancalao, L., <i>Oración para esperar el colectivo / Ngellipun ñngümafíel ti colectivo</i> , III, 36	Darío, R., <i>Margarita</i> , II, 27
Andricaín, S., <i>Ronda</i> , I, 47	de Ibarbourou, J., <i>Canciones de Natacha</i> , I, 34
Anónimo, <i>Vamos al baile</i> , I, 19; <i>Víbora, víbora de la mar</i> , I, 20; <i>Tengo, tengo, tengo</i> , I, 21; <i>Allí está la luna</i> , I, 22; <i>Adivinanzas populares de Latinoamérica</i> , I, 26; <i>Una vieja virueja</i> , I, 29; <i>La señora Ching</i> , I, 30; <i>Quién dirá que ha visto</i> , I, 31; <i>Pobrecito, mi poncho</i> , I, 32; <i>Cortando vientos / Huayras pitispa</i> , I, 42; <i>Canción de la chipa</i> , I, 43; <i>Dormí, hijito, dormí / O olec, o olec</i> , I, 44; <i>Llora el niño / Gumayta puñén may</i> , I, 45; <i>Una mala jugada</i> , I, 119; <i>Romancillo del señor don Gato</i> , I, 123; <i>La piedra de hacer sopa</i> (versión de Ma. T. Andruetto), I, 166; <i>El trueque</i> , I, 173; <i>El compromiso de cada mañana</i> , I, 175; <i>De cómo el algarrobo protegió a los comechingones</i> , II, 170; <i>A la una te miré</i> , III, 160; <i>El zorro y el gallo</i> , III, 166; <i>El tigre y el zorro</i> , III, 170	De Santis, P., <i>Una gota de tinta</i> , II, 147; <i>Último piso</i> , III, 86
Aparicio, C. H., <i>Canción para decir con pena</i> , II, 132	Devetach, L., <i>Nombrecito</i> , I, 49; <i>Yo, ratón</i> , I, 127
Arciniegas, T., <i>El pequeño caballo que comía nubes al desayuno</i> , III, 74	Dolina, A., <i>Magia</i> , III, 104
Asencio, P., <i>Preguntas</i> , II, 16	Doumerc, B., <i>El pueblo que no quería ser gris</i> , II, 84
Ávila, L., <i>Los indios</i> , III, 161	Drennen, O., <i>Está allí todavía</i> , II, 114
Banchs, E., <i>Bajó un pajarito rojo</i> , II, 23	Durini, Á., <i>Lorenzo Horizonte</i> , III, 57
Baranda, M., <i>Si miras mis codos</i> , III, 14	Eggers Lan, M., <i>Maru, la distraída</i> , I, 74
Barrantes, G., <i>El Yaguarón, una serpiente hambrienta</i> (versión), II, 178; <i>El Pombero, vigilante de las sietas</i> (versión), III, 174	Escalada Salvo, R., <i>El duende de la siesta</i> , I, 171
Basch, A., <i>El surubí y el mar</i> , I, 121; <i>Un auto no es un avión</i> , II, 88	Escudero, L., <i>Mamboretá</i> , I, 17
Bécquer, G. A., <i>Rimas 10 y 14</i> , III, 46	Esopo, <i>Androcles y el león</i> (versión de M. Giardinelli), III, 72
Bellessi, D., <i>Marea de mi corazón</i> , III, 60	Esopo / Babrío, <i>La hormiga y la cigarra</i> , III, 71
Benegas, M., <i>El pan, La niña tabú, La niña elegida</i> ; III, 34	Falbo, G., <i>Un mojado miedo verde</i> , I, 142
Berenguer, M., <i>El flautista que quería volar</i> , II, 130	Fernández Moreno, B., <i>Luna verde</i> , I, 35
Bertolino, R., <i>Los nidos</i> , II, 45	Ferrada, M. J., <i>Los anteojos</i> , III, 85
Bialet, G., <i>Tres osos y la niña</i> (versión), I, 163	Ferrari, A., <i>Las orejas</i> , I, 53
Bierce, A., <i>Diccionario del diablo</i> , II, 144	Ferro, B., <i>Tacirupeca-Caperucita</i> , I, 14; <i>Alegato final</i> , III, 35
Birmajer, M., <i>Piel de león</i> , II, 70; <i>El otro fin</i> , III, 78	Filloy, J., <i>Palíndromos</i> , III, 40
Blasco, M., <i>El ahogado avaro</i> , III, 54	Fracchia, E., <i>Antipoema</i> , III, 38
Bodoc, L., <i>Un decreto incomprendido</i> , III, 106	Galeano, E., <i>El mundo</i> , III, 13
Bombara, P., <i>Kibú</i> , II, 68; <i>Puntadas</i> , III, 112	Gambaro, G., <i>Cruzar el canal</i> , III, 139
Bornemann, E., <i>Cuéntico bóbico, para una nénica aburrída</i> , I, 15; <i>La trenza más larga</i> , I, 62; <i>Pueblo de aire</i> , II, 81; <i>Puentes</i> , III, 67	García Lorca, F., <i>Nana del caballo grande</i> , I, 52; <i>Los reyes de la baraja</i> , III, 56
Bustamante, N., <i>Estaba la verde paloma</i> , I, 104	Gardella, M., <i>El astronauta</i> , II, 108
Cabal, G., <i>Miedo</i> , I, 135; <i>Barbapedro</i> , II, 90	Garibaldi, M. I., <i>Origami</i> , II, 133
Cabuchi, S., <i>Canto, Ceremonia</i> ; III, 39	Gattari, F., <i>Historia de un pulóver azul</i> , I, 83
	Genovese, A., <i>Honras</i> , III, 25
	Giardinelli, M., <i>El pequeño héroe holandés</i> (versión), II, 180
	Gimenez, E. A., <i>Camina</i> , III, 22
	Giordano, P., <i>La frazada asesina</i> , III, 110
	Giulietti, M., <i>La escalera</i> , II, 113
	Grau, D., <i>De colores</i> , II, 26
	Grimm, Hnos., <i>Rapunzel, la muchacha de la torre</i> (versión de M. Giardinelli), I, 157; <i>Los enanitos y el zapatero</i> (versión de G. Pérez de Lois), III, 172
	Grimm / Perrault, <i>Caperucita Roja</i> , I, 153
	Grupo Canticuénticos, <i>El mamboretá</i> , II, 32
	Gruss, L., <i>El extraño fútbol de los mayas</i> , III, 144
	Gudiño Kieffer, E., <i>Giraluna</i> , I, 177
	Güiraldes, R., <i>Quietud</i> , II, 30
	Hernández, J., <i>El gaucho Martín Fierro</i> , I, 48
	Hernández, M., <i>El conejito</i> , I, 100

Huidobro, N., *Más linda que nunca*, **III**, 62  
 Iannamico, R., *Las cosas*, **III**, 28  
 Itsvansch, Abel *regala soles*, **I**, 81  
 Jiménez, J. R., *Platero y yo*, **II**, 37  
 Kaufman, R., *Hermanos mellizos*, **I**, 25  
 Kosiak, F., *La conquista*, **III**, 101  
 Lacau, M. H., *Canción con ola*, **I**, 13  
 Lagmanovich, D., *Los ojos*, **III**, 79  
 Lardone, L., *Los picucos*, **II**, 109  
 Leguizamón, M., *Canción repetida*, **II**, 31  
 Leite, J., *Cómo hacer un pan*, **III**, 24  
 Lillo, M., *Por una noche* (versión), **II**, 163  
 Lima, J., *Loro hablando solo*, **I**, 106  
 Loureiro, C., *Uma*, **II**, 18  
 Lugones, L., *El carpintero*, **II**, 34  
 Luján, J., *Lago*, **I**, 38; *Tumba, tumba retumba*, **I**, 38; *¡Oh, los colores!*, **I**, 39  
 Machado, A., *Pegasos, lindos pegasos*, **I**, 36  
 Macjús, C., *Mal día para ser mala*, **II**, 151  
 Mainé, M., *El jardín del abuelo*, **II**, 142; *Rulos*, **I**, 87  
 Malatesta, R., *Estrellas*, **III**, 77  
 Malpica, T., *Peregrina*, **II**, 140  
 Mariño, R., *El avispon Mobuto salva una vida*, **I**, 71; *El héroe*, **II**, 41  
 Martí, J., *Hombre sincero*, **II**, 87  
 Martín, C., *Juego*, **I**, 28  
 Martínez, C., *Zaida y su primer día de clases*, **II**, 118  
 Martínez, G., *Limericks*, **I**, 40  
 Masin, C., *Ella abre la tarde...*, **III**, 66  
 Medina, M., *Maraña*, **I**, 148  
 Meloni, A. L., *Agua de lluvia*, **II**, 20  
 Mitoire, H., *El monstruo del guarapo*, **II**, 154  
 Mó, M. R., *La gata y la luna*, **I**, 110; *Perlas de bruja*, **II**, 150  
 Moisés, J. C., *El querido*, **III**, 68  
 Monterroso, A., *La mosca que soñaba que era un águila*, **II**, 127  
 Montes, G., *Así nació Nicolodo*, **I**, 66; *Bicho raro*, **I**, 111  
 Montes, J. M., *El baile nupcial*, **II**, 96  
 Moyano, L., *Nana para un lobo miedoso*, **I**, 145  
 Muñoz, R., *Hay ovejas y ovejas*, **III**, 80  
 Muñoz Lascano, P., *Una noche de muchos días*, **II**, 148  
 Muñoz Valenzuela, D., *El ángel*, **III**, 31  
 Nedich, J., *Los gitanos una vez fueron pájaros* (versión), **III**, 168  
 Niño, J. A., *Preguntario*, **I**, 16  
 Novick Freyre, V., *El caracol mochilero*, **II**, 40  
 Obligado, R., *Yaguarón*, **II**, 179  
 Ortiz, J. L., *A la orilla del río*, **III**, 44  
 Osés, B., *El secreto del oso hormiguero*, **I**, 11; *En voz baja*, **I**, 115; *La niña duermo*, **I**, 115  
 Palermo, M. A., *El robo del fuego* (versión), **II**, 173  
 Paz, O., *La exclamación*, **II**, 13; *Decir: Hacer*, **III**, 32  
 Pellicer, C., *Vuelo de voces*, **I**, 105  
 Pellín, O., *La terraza de don Pedro*, **III**, 142  
 Pérez Aguilar, G., *La niña del libro*, **I**, 50  
 Pérez Alonso, M., *Fiesta noctámbula*, **II**, 62  
 Pérez Sabbi, M., *Hay fantasmas en mi cuarto*, **I**, 137  
 Perrault, C., *El gato con botas*, **II**, 71  
 Pescetti, L., *Mariposa, a tu boda llegas tarde*, **I**, 46; *Rafles*, **I**, 78  
 Pisos, C., *Colores*, **I**, 24  
 Pombo, R., *Los huevos de oro*, **I**, 172; *La pobre viejecita*, **II**, 14

Popol Vuh, *La creación de los animales*, **II**, 161  
 Prokófiev, S., *Pedro y el lobo*, **I**, 169  
 Pushkin, A., *El águila y el cuervo*, **III**, 82  
 Quiroga, H., *Historia de dos cachorros de coatí y de dos cachorros de hombre*, **I**, 91; *La guerra de los yacarés*, **II**, 47  
 Ramos, M. C., *La reina*, **I**, 131  
 Renard, J., *El picapedrero*, **III**, 118  
 Repún, G., *Un plan maestro*, **II**, 121  
 Reyes, Y., *Receta para dormir*, **I**, 54  
 Rivera, I., *Intriga*, **I**, 51; *La casa del árbol*, **I**, 69; *La llave de Josefina*, **II**, 24  
 Rocha, S., *El sueño del pibe*, **III**, 131  
 Rodríguez Romero, N., *La cometa infinita*, **II**, 60  
 Rojas, M., *El vaso de leche*, **III**, 152  
 Roldán, G., *Desafío mortal*, **I**, 128; *Como si el ruido pudiera molestar*, **II**, 63; *Amor de dragón*, **III**, 43  
 Roldán, L., *El árbol de sal* (versión), **II**, 166  
 Ruiz, C., *Anaconda*, **II**, 46  
 Saavedra, G., *Miguelito, mi jugador favorito*, **III**, 14,6  
 Saki, *El cuentista*, **III**, 16  
 Saracino, L., *El recolector de lo que sobra*, **III**, 100  
 Sarquís, C., *Una historia de cóndores*, **II**, 66  
 Sasturain, J., *El último entrenador*, **III**, 134  
 Schuff, N., *El caminante nocturno*, **III**, 94  
 Schujer, S., *Palabras*, **II**, 22  
 Schujer, S. / Baggio, M., *Luna lanar*, **I**, 23  
 Schwebelin, S., *Perdiendo velocidad*, **III**, 124  
 Sevilla, F., *Carnaval en el zoo*, **I**, 116  
 Shua, A. M., *Todos los no*, **I**, 76; *Fiestita con animación*, **II**, 99  
 Siemens, S., *El corazón de una bruja*, **II**, 157  
 Smania, E., *Cambalache*, **II**, 94  
 Sorrentino, F., *Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza*, **III**, 126  
 Storni, A., *La silla*, **II**, 17  
 Suárez, P., *Conejo negro, conejo secreto*, **II**, 136  
 Swift, J., *Gulliver en el país de los enanos* (versión de M. Giardinelli), **III**, 149  
 Tablada, J. J., *Sandía*, **I**, 37  
 Tallón, J. S., *Canción del niño que vuela*, **I**, 107  
 Tejo, H., *Magia de primavera*, **I**, 18  
 Tolstói, L., *La ratoncita niña*, **I**, 179  
 Urretabizkaya, R., *Gallinas*, **III**, 76  
 Vaccarini, F., *Lobo hambriento*, **II**, 58  
 Valentino, E., *El ombúlobo*, **I**, 146  
 Valenzuela, L., *Palabras parcas*, **III**, 29  
 Vallejos, B., *La imagen, El grito, Tarjeta de humo, La garza*; **III**, 30  
 Vega, L. de, *Los ratones*, **I**, 132  
 Veiravé, A., *Los lapachos han vuelto a florecer*, **III**, 26  
 Vera, E., *Ratita gris y ratita azul*, **I**, 98  
 Villafaña, J., *La vuelta al mundo*, **I**, 57; *Romancillo del viejo ratón*, **II**, 38  
 Walsh, M. E., *La regadera misteriosa*, **I**, 60; *Marcha de Osías*, **I**, 102  
 Wapner, D., *¿Latía?*, *La música*; **III**, 55  
 Weiss, M., *Cumpleaños de dinosaurio*, **I**, 124  
 Wilde, O., *El ruiseñor y la rosa*, **III**, 47  
 Wolf, E., *La familia invisible*, **II**, 82  
 Yunque, A., *Generosidad*, **II**, 172; *Mocho y el espantapájaros*, **III**, 95  
 Zepeda, E., *Don Chico que vuela*, **III**, 90

## Créditos legales

### “La noche”

© Jorge Washington Ábalos  
 © Editorial Losada S. A.

-

### “La curva del duende”

© Jorge Accame

-

### “Paí Luchi: los caminos”

© Beatriz Actis

-

### “Oración para esperar el colectivo”

© Liliana Ancalao

-

### “El pequeño caballo que comía nubes al desayuno”

© Triunfo Arciniegas

-

### “Los indios”

© Laura Ávila

© Editorial Crecer Creando S. A.

-

### “Si miras mis codos”

© María Baranda

© Fondo de Cultura Económica

-

### “El pombero”

© Guillermo Barrantes En: *Paseo de los seres míticos argentinos: guía–bestiaria*, Buenos Aires, Tecnópolis / Presidencia de la Nación, 2014.

-

### “Marea de mi corazón”

© Diana Bellessi

-

### “El pan”, “La niña tabú”,

### “La niña elegida”

© Mar Benegas

© Litera Libros

-

### “El otro fin”

*Fábulas salvajes*

© 1996, Marcelo Birmajer.

© 2015, Ediciones Santillana S. A.

-

### “El ahogado avaro”

© Martín Blasco. En *La vida de Nasrudin*, Grupo Editorial Planeta.

-

### “Un decreto incomprendido”

© Liliana Bodoc

© Editorial Norma, 2010

-

### “Puntadas”

© Paula Bombara

-

### “Puentes”

© Herederos de Elsa Bornemann

c/o Schavelzon Graham

Agencia Literaria

www.schavelzongraham.com

-

### “Canto” y “Ceremonia”

© Susana Cabuchi

-

### “¿Por qué sopla el viento Zonda?”

© Oche Califa

-

### “El zorro y el gallo”

© Paulina Martínez, Eva Rey

y Pirucha Romera

© Editorial Sigmar

-

### “El tigre y el zorro”

© Paulina Martínez, Eva Rey

y Pirucha Romera

© Editorial Sigmar

-

### “Último piso”

© Pablo de Santis

© Ediciones Colihue S. R. L.

-

### “Magia”

© Alejandro Dolina

-

### “Lorenzo horizonte”

© Ángeles Durini

-

### “Los anteojos”

© María José Ferrada

-

### “Alegato final”

© Herederos de Beatriz Ferro

-

### “Palíndromos”

© Juan Filloy / *Karcino*

© Herederos de Juan Filloy

-

### “Antipoema”

© Eduardo Antonio Fracchia.

En *Antipoesías* / Eduardo Fracchia

1° ed. Resistencia : Contexto

Libros, 2017

-

### “El mundo”

© Fideicomiso Eduardo Galeano

© 2010, Siglo XXI Editores

Argentina

-

### “Cruzar el canal”

*A nadar con María Inés*

© 2007, Griselda Gambaro.

© 2016, Ediciones Santillana S. A.

-

### “Honras”

© Alicia Genovese

-

### “Camina”

© Eduardo Abel Gimenez

-

### “La frazada asesina”

Pablo Giordano en *Enserio*,

Ediciones de la Terraza 2019,

Creative Commons

bit.ly/enseriopdf

-

### “El extraño fútbol de los mayas”

© Luis Gruss

© Editorial Atril

-

### “Más linda que nunca”

© 2010 Norma Huidobro

© 2020 del Naranjo

-

### “Las cosas”

© Roberta Iannamico

-

### “La conquista”

© Fernando Ariel Kosiak

-

### “Los ojos”

© Heredera de David

Lagmanovich

-

### “Cómo hacer un pan”

© Julio José Leite

-

### “Estrellas”

© Roberto Daniel Malatesta

-

### “Ella abre la tarde...”

© Claudia Masin

-

### “El querido”

© Juan Carlos Moisés

-

**“Hay ovejas y ovejas”**

© Rosabetty Muñoz

-

**“El ángel”**

© Diego Muñoz Valenzuela

-

**“Los gitanos una vez fueron pájaros”**

es un cuento oral popular gitano: en versión libre de Jorge Nedich.

-

**“A la orilla del río”**

© Juan L. Ortiz

-

**“Decir: Hacer”**

© “Árbol adentro”, en *Lo mejor de Octavio Paz*, Seix Barral, 1989.

-

**“La terraza de Don Pedro”**

© Osvaldo Pellin

© Ruedamares / de Neuquén

-

**“Los enanitos y el zapatero”**

© Graciela Pérez de Lois

-

**“El sueño del pibe”**

© Silvina Rocha

-

**“El vaso de leche”**

© Sucesión Manuel Rojas, 2020

-

**“Amor de dragón”**

© Gustavo Roldán

-

**“Miguelito, mi jugador favorito”**

© Guillermo Saavedra

-

**“El recolector de lo que sobra”**

© Luciano Saracino

© Luciano Saracino & Poly

Bernatene

-

**“El último entrenador”**

© Juan Sasurain

-

**“El caminante nocturno”**

© Nicolás Schuff

-

**“Perdiendo velocidad”**

Samanta Schwebelin “Perdiendo

velocidad”. *DISTANCIA DE*

*RESCATE* © 2014, Samanta

Schwebelin

-

**“Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza”**

© Fernando Sorrentino

-

**“Gallinas”**

© Rafael Urretabizkaya.

En *Informe sobre aves y otras*

*cosas que vuelan*. Publicado por

Ediciones de la Grieta (2011-2014)

y reeditado por el Ministerio de

Cultura y Educación de Neuquén

(2017).

-

**“Palabras parcas”**

© Luisa Valenzuela

-

**“La imagen”, “El grito”,**

**“Tarjeta de humo”, “La garza”**

© Herederos de Beatriz Vallejos

-

**“Los lapachos han vuelto a florecer”**

© Alfredo Veiravé (1985)

*Radar en la Tormenta*, Buenos

Aires. Editorial Sudamericana.

-

**“¿Latía?”, “La música”**

© David Wapner

© Calibroscoپی ediciones

-

**“Mocho y el espantapájaros”**

© Álvaro Yunque

-

**“Don Chico que vuela”**

© Herederos de Eraclio Zepeda

-

Agradecemos a las autoras y los autores, así como a sus editoras y editores, quienes han autorizado la publicación gratuita de estos textos para que puedan llegar a docentes y estudiantes de todo el país.

Libro de distribución gratuita. Prohibida su venta.

# Leer es tu derecho.

El **Plan nacional de lecturas** es la iniciativa del Ministerio de Educación de la Nación para garantizar a todos y todas su derecho a leer.

Porque leer abre mundos, distribuye libros y lecturas digitales en escuelas, bibliotecas escolares y en espacios alternativos.

Con actividades en el espacio público, convida literatura a las familias y ayuda a construir entornos sociales amigables hacia los libros y la lectura.

Ofrece formación a docentes, responsables de bibliotecas y otros mediadores para armar una red de comunidades lectoras.